ANTOLOGIA DE LA POESIA LIRICA GRIEGA

SIGLOS VII—IV A.C.

Selección, prólogo y traducción de
CARLOS GARCIA GUAL

ALIANZA EDITORIAL

Antología de la poesía lírica griega

(Siglos VII-IV a. C.)

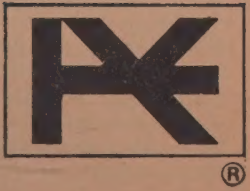
ALEXIS AQUINO PEREZ

Sección: Clásicos

Antología de la poesía lírica griega
(Siglos VII-IV a. C.)

Selección, prólogo y traducción de
Carlos García Gual

El Libro de Bolsillo
Alianza Editorial
Madrid



Primera edición en «El Libro de Bolsillo»: 1980
Quinta reimpresión en «El Libro de Bolsillo»: 1996

Reservados todos los derechos. De conformidad con lo dispuesto en el art. 534-bis del Código Penal vigente, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes reprodujeren o plagiaren, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica fijada en cualquier tipo de soporte sin la preceptiva autorización.

© De la traducción y prólogo: Carlos García Gual
© Ed. cast.: Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1980, 1983, 1986, 1989, 1993, 1996
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid; teléf. 393 88 88
ISBN: 84-206-1782-2
Depósito legal: M. 41.616-1995
Impreso en Closas-Orcoyen, S. L. Polígono Igarsa
Paracuellos de Jarama (Madrid)
Printed in Spain

Traidor el traductor, como dice el adagio italiano, lo es siempre. La traducción es oficio de exactitud imposible, y en la versión de una a otra lengua siempre se pierden cosas y se añaden, en el arduo trasvase. Pero el traductor de poesía, ése sí que es un traidor redomado, cien veces traidor, al querer nombrar con otras palabras, al evocar con otros sones, lo que el poeta expresó con precisión irrepetible, con pasión lúcida, con hiriente acuidad. Como decía Mallarmé, la poesía está hecha con palabras, no con ideas ni con pensamientos. Reside en el matiz, en la evocación, en la prestancia de frases y sonidos que, inevitablemente, van unidos a la lengua original. El traductor de poemas está condenado a la traición y al fracaso.

Y, sin embargo, algo queda en el tortuoso empeño de verter a otra lengua unos poemas. Se difumina el color, el tono no tiene la acendrada alegría, la tersura fónica ni la musicalidad del original; pero, con todo, tal vez se rescate en nuevas palabras el dolorido sentir, las imágenes esenciales, la personalidad individual del poeta originario. Tal vez, en fin, la traición valga la pena, si lo rescatado es superior a lo perdido, si la deformación no es excesiva, si la palidez prosaica de la nueva versión

no impide la lectura admirada ni el entendimiento emotivo. El traductor, falsificador convicto y confeso, encuentra sus disculpas, diciendo, diciéndose, que está sirviendo a una comunicación universal, que colabora en la difusión de la poesía por encima de las barreras de las lenguas como barreras locales, que la tarea de leer a todos los poetas en su idioma de origen sería imposible, etc. Todo traidor tiene sus excusas; de alguna validez, puede ser.

Por otra parte, la distancia entre las dos lenguas implicadas en el proceso de la traducción puede hacer más sensible o menos ese proceso de trasvase poético. En el caso de verter unos poemas compuestos en griego antiguo, con una antigüedad de unos veinticinco siglos de lejanía a nosotros, lo perdido inevitablemente es mucho: la sonoridad y la musicalidad originales, ya que el griego antiguo era una lengua de acento musical, y el ritmo estaba basado en la alternancia marcada de sílabas largas y breves, según unos esquemas métricos que no coinciden con los de nuestra métrica tradicional, y además la mayoría de estos poemas se cantaban con unas tonadas que no conocemos, al son de instrumentos como la lira, que ha servido para dar nombre a este tipo de creación literaria, «lírica». Por otra parte, la inconmensurabilidad entre los campos semánticos del griego antiguo y el castellano actual es tremenda; los vocablos utilizados por los viejos poetas helénicos tienen unas connotaciones sociales y culturales que es imposible reproducir en una versión, y que sólo comprendemos mejor a través de una serie de estudios y notas eruditas de que aquí no podemos echar mano. Seamos conscientes de toda esa distancia antes de abordar el arduo ejercicio de la lectura de estos poemas vertidos con un sincero deseo de fidelidad al original.

En nombre de esa fidelidad, de reducir la traición a lo indispensable, prescindamos de pedir galas prestadas a la traducción. No es del todo preciso, creemos, que las traducciones de poesía, esas *belles infidèles,* compren más belleza a costa de mayor infidelidad. No vale la pena apartarse del sentido del original para tomar prestados adornos —nuevos metros, eufonías de nuevo cuño, rotundidades expresivas modernas, etc.—. Acaso sean más bellas sin excesivos adornos, y mejor que sean bellas

un tanto descoloridas que demasiado pintadas, o que lo intenten ser así al menos.

Por otra parte, la oposición que algunos estudiosos del tema han querido señalar entre la estricta fidelidad al texto original y la traducción con libertad y estilo elegante me parece que se arriesga a incurrir en una fácil exageración. La exactitud total es imposible, como cualquier teoría de la traducción suele destacar, porque las estructuras sintácticas y las redes semánticas entre dos lenguas diversas difieren. Pero hay ciertos límites de precisión, modos diversos de presentar en otras palabras los mismos contenidos, de sugerir los mismos efectos, etc. El problema de la traducción no debe plantearse más que en términos relativos. Cada lengua tiene sus recursos, y éstos cobran un valor que puede variar según el contexto y el sistema en que se encuadran. (Por ejemplo, está claro que el hipérbaton y el libre orden de palabras tienen en las lenguas clásicas un valor expresivo muy notable que las lenguas románicas no pueden reproducir con claridad, pero también es evidente que el castellano con un orden de palabras de relativa libertad en comparación con otras lenguas modernas, tiene unas posibilidades expresivas que no debe desaprovechar el traductor.) Bien, no quisiera alargarme más en estas reflexiones generales, que podrían concluir en dilemas obvios o en la repetición de más perogrulladas. Sólo quiero apuntar aquí, inicialmente, una cautela: la versión de los poemas de la lírica griega es un reflejo pálido de lo que fueron esos poemas. Como a las viejas estatuas, nada puede devolverles sus colores frescos, ni los miembros perdidos; sin embargo, todavía es posible gustar de la gracia de sus sonrisas arcaicas y los ojos almendrados y de la inimitable elegancia de unos bucles, peinados al desgaire hace mil quinientos años, y de unos pliegues de la túnica ribeteada de rojo que deja entrever un pecho o el garbo de un andar presuroso.

Queda por tratar un segundo tema: la posible arbitrariedad en la selección de poemas de una antología como la presente. No voy a intentar justificarla por extenso. Tan sólo quisiera aclarar algunos puntos. He preferido ofrecer los poemas más antiguos de la lírica griega, deteniéndome en el umbral de la época helenística. En cuanto a la lírica arcaica he traducido frag-

mentos a veces muy breves, restos exiguos de famosos poemas, que nos han llegado como briznas sueltas, pequeñas piezas de la tesela de un mosaico perdido desde muchos siglos atrás. Así doy casi todos los fragmentos de los poetas arcaicos, al menos aquellos que suponen una frase sugestiva o un par de versos, de Arquíloco, Safo, Alceo o Simónides. En otros poetas, como en el caso de Teognis o de Píndaro, doy una muestra, escogiendo algunos de los poemas que me parecen más significativos de su obra. Por lo reducido del espacio de esta antología he dejado de incluir en ella pasajes líricos de los grandes trágicos atenienses, y también he prescindido de Aristófanes, aunque los cantos corales del teatro ateniense sean, en cierto modo, la más clara muestra de la lírica coral clásica, junto con los epinicios de Píndaro, tan extraño a nuestra sensibilidad en algunos respectos. Ese criterio personal que me ha guiado es, lo sé muy bien, muy discutible. No ofrece una visión cabal del desarrollo de la poesía lírica griega, pues ¿cómo olvidar que algunos pasajes homéricos, como el encuentro de Héctor y Andrómaca en el Canto VI de la *Ilíada,* merecen figurar, con todo derecho, en cualquier muestra de la poesía helénica de tema amoroso o sentimental? ¿Cómo imaginar que se conoce la poesía lírica griega, prescindiendo de la de época helenística, cuyo refinamiento y preciosismo supone la coronación de la tradición lírica precedente? No voy a defender esta breve selección contra quien quiera reprocharle algo como eso. Pero tenía a mi disposición un espacio limitado y he decidido optar por lo más arcaico, y por los fragmentos más truncos, pero más sugerentes en su misma sencillez de leve resto ruinoso. He pensado además que al lector interesado en la poesía de autores con una obra más extensa, por ejemplo en Eurípides o en Teócrito, le es más conveniente leer traducciones más completas y no contentarse con unos cortos pasajes. En el caso de Píndaro, autor de especial dificultad, lo he incluido aquí porque es imposible presentar una antología de la poesía helénica donde no figure quién es su máximo exponente en el campo de la lírica coral doria. (Por otra parte, creo que no existe en castellano ninguna traducción completa de su obra poética que tenga una mediana calidad.)

Para la selección de los fragmentos de la poesía arcaica el traductor moderno no encuentra grandes facilidades. Es tan mínimo lo que nos queda de esa gran época creadora que uno puede fácilmente recogerlo casi todo. La tradición de copistas y filólogos antiguos a los que debemos la conservación de lo que conocemos hoy de la literatura antigua, se ha mostrado, a partir de la época postalejandrina, muy desdeñosa de esos viejos poetas. Sus poemas eran difíciles, muy lejanos —por su frescura, su sencillez, su cinismo, su obscenidad incluso— a la concepción literaria de los lectores de los primeros siglos cristianos, y a los del período bizantino. Los monjes doctos o los copistas de oficio encargados de la transmisión de los textos antiguos no tenían interés en conservar esos lamentos líricos tan poco educativos, tan escandalosos y tan ininteligibles para ellos. Platón, Aristóteles, los oradores, etc., tuvieron una atención secular de la que carecieron los viejos líricos, los primeros poetas líricos del Occidente. La desidia, la censura y el olvido dejaron reducida la lírica griega a unas pavesas, a chispas y reflejos perdidos en el almacén de la tradición clásica.

Bajo el epígrafe general de «lírica» reunimos varios géneros poéticos que los griegos distinguían con precisión, diversos tanto por su origen como por su métrica y por su representación social. La elegía, el yambo, la mélica, los poemas monódicos, los corales, las odas y los epigramas, alternan en las páginas heterogéneas y hospitalarias de esta breve antología. La lírica griega cubría, como señalamos, géneros muy varios. El adjetivo *lyriká* indica sólo que tales poemas podían cantarse al son de la *lyra*. Pero luego cada poeta componía según las normas de un género muy bien definido formalmente, en unas convenciones formales que tienen un sentido histórico y una significación social muy determinada. Probablemente la poesía más cercana a lo que en un sentido actual llamaríamos «lírica» es el *melos* eólico, es decir, la poesía personal de Safo, Alceo y Anacreonte, mientras que resulta, al pronto, chocante considerar líricos los epinicios pindáricos, destinados a un coro festivo que conmemora religiosamente una victoria «deportiva». De todos modos, no es éste el momento de señalar los tipos de metros y los contextos históricos de unos u otros poemas. Voluntariamente hemos prescindido de todo aparato erudito, de

Χόρα

las notas explicativas y de referencias arqueológicas. (Tan sólo hemos compuesto unas líneas muy contadas de introducción a cada poeta, que pueden omitirse en una rápida lectura.) Ni siquiera hemos anotado variantes de cierto interés. Tan sólo hemos dejado los puntos suspensivos que marcan lagunas, tan repetidas y tan incontables, en la transmisión de estos poemillas maltrechos. Nuestra enumeración de los poemas y fragmentos de cada autor no tiene, y es obvio comentarlo, ninguna pretensión filológica. Es sólo un modo tosco de facilitar la presentación. Entre paréntesis se da el número del poema en la edición de E. Diehl, *Anthologia Lyrica Graeca,* edición antigua y superada en varios respectos, pero que resulta la más cómoda para citar en todos los casos, sin variar las referencias a más ediciones.

Las bellezas de la forma métrica, el ritmo y la sonoridad de estos poemas antiguos desaparecen en cualquier versión moderna. No nos hemos empeñado en sustituir con algún recurso fonético o rítmico de nuestro idioma la cadencia ni la forma métrica de los versos griegos. Tan sólo, y de modo casual y accesorio, en algunas elegías hemos preferido un cierto orden de acentos que recuerda la entonación dactílica del verso griego; pero no nos hemos esmerado en este artilugio. Confiamos, en cambio, que sí hemos sido fieles al sentido de las frases y de los poemas, en la medida de nuestro saber.

La selección refleja, me parece, la riqueza de motivos de la lírica arcaica y clásica, una poesía que no tiene aún el amaneramiento ni el rebuscado refinamiento de la poesía helenística, y sí, en cambio, una espontaneidad y un frescor inigualables. La poesía lírica es, como toda la poesía griega, un producto muy ajustado a unas normas formales muy fijas, y está muy encorsetada por unas pautas tradicionales prefijadas; es, en cierta medida (aunque menos que la épica) una poesía formular, muy influida por la dicción homérica y por un lenguaje literario un tanto artificial. Pero, por encima de todos estos rasgos convencionales y por encima de los esquemas prefijados, por encima de lo típico de algunos motivos y escenas y epítetos e imágenes, es de una estupenda originalidad, que refleja la personalidad de cada uno de estos primeros poetas de Occidente. Ya los latinos, como los europeos posteriores, imitaron a sus

ejemplos griegos. Poetas que muchas veces, como sucede con Anacreonte, por ejemplo, son más conocidos por su influencia que por las briznas de su obra auténtica; que se nos aparecen, tal Safo o Empédocles, como figuras casi míticas, quedan representados en esta antología con fidelidad.

Creo que, aún a través del pálido reflejo de la versión de tan mutilados y menudos restos, puede percibir el lector la claridad poética de ese mundo literario, que es el alba de la poética occidental. Es una poesía ingenua y sencilla, con unos motivos esenciales que se reiteran: la muerte, el mar, las lanzas, los dioses variopintos, los caballos, las muchachas de gráciles tobillos y párpados pintados, el elogio de la juventud, la fugacidad del tiempo, los colores brillantes, las flores y la luna de Safo, el reclamo de la gloria, el fulgor del oro y del sol, la nostalgia, la invitación al goce, el amor penetrante, el vino que da alegría y olvido, etc. Podemos admirar la gracia de las estatuas arcaicas directamente, la de esas *korai* y *kouroi* de ojos almendrados y sonrisa perenne, que son muestras del arte contemporáneo a esta literatura que conocemos a través de la mediación de otro idioma. Y el asombro y la admiración aún es posible suscitarlos al acercarnos a esos viejos maestros.

Pero algo hay en la poesía que nos llega, *malgré tout,* con un impacto impar. Tal vez la sensación de la queja contra el tiempo, de la urgencia de la pasión, de lo irrepetible del individuo, se pronuncia aquí con tonos más audaces y sinceros, y las palabras poéticas guardan un aroma que perdura y un color que las estatuas han perdido y que las prosas transmiten mitigado.

No olvidemos que los griegos consideraban la poesía como algo muy importante para la comprensión del mundo y la vida. Se tomaban muy en serio a sus poetas. Ellos eran los primeros educadores del pueblo, en una sociedad sin dogmas religiosos ni sacerdotes con libros sagrados ni tradiciones rígidas. La poesía servía de cauce para expresar doctrinas e ideas nuevas, y para conservar los mitos y criticarlos, y se cantaba en las fiestas y en los banquetes privados. Los primeros filósofos fueron también poetas. Luego los filósofos más abstractos y profesionales trataron de descartar a sus viejos competidores en la tarea educativa. El filósofo platónico quería vetar a los poetas y echarlos

de *la República,* por herejes. Pero la mayoría de los griegos hasta la época final del helenismo pensaban de otro modo.

No nos vamos a alargar sobre estos temas ahora. Sólo quisiera insistir en el color y la vida que estos poemas, estos trozos —supervivientes en citas ocasionales de eruditos, o en fragmentos de papiro restituidos por las arenas egipcias tras muchos siglos— conservan. Un colorido chillón y sugestivo, como el que evocan unas líneas de E. Faure, con las que voy a concluir este vago prólogo:

«No hay colorido sin costumbres turbias y violentas. En todo caso, Grecia coloreó a sus dioses durante el desarrollo de sus artes, no sólo hasta que alcanzaron su plenitud, sino muy probablemente hasta su ruina final. Jaspeados de tonos azules y rojos, tan llenos de vida como las mujeres y los hombres, se animaban con el día, celebraban las fiestas de la luz y sus sorpresas, y en lo más recóndito de las sombras se sentía en el crepúsculo su agitación. Eran de los que bullían bajo la Acrópolis, gente de los puertos orientales, atareada, ruidosa, franca y familiar; salían de sucias callejas, mundo de perros vagabundos que se disputan restos de entrañas, piezas sangrantes de cabrito y cordero en los mostradores, frutos, especias amontonadas, telas teñidas, bisutería, esquinas llenas de color, de gritos y de llamadas, de olores a ajo, a podrido y aromáticos. Hay niños desnudos, equívocos mercaderes, marineros curtidos por los vientos, mujeres de ojos pintados y ropas chillonas. Los templos y monumentos están cubiertos de ocre, de bermellón, de azul y de oro con los tonos del cielo, con los tonos púrpuras y verdosos que invaden el espacio marino, violetas y azules del mar, con los tonos de la tierra, de su vestido de pobres labrantías y de plantas secas, lechosos olivares, cipreses negros, del mismo modo que sus formas se asocian con las formas siempre presentes de los sinuosos golfos y de las colinas.»

C. García Gual, enero 1980.

Nota bibliográfica mínima

1. *Ediciones de los textos griegos:*

E. Diehl, *Anthologia Lyrica Graeca,* Leipzig, 1954, 3.ª ed.

E. Lobel & D. Page, *Poetarum Lesbiorum Fragmenta,* Oxford, 1955.

D. L. Page, *Poetae Melici Graeci,* Oxford, 1962.

H. Diels & W. Kranz, *Fragmente der Vorsokratiker,* I, Berlín, 1961, 10.ª ed.

M. L. West, *Iambi et Elegi Graeci,* 2 t., Oxford, 1971-1972.

2. *Traducciones castellanas:*

J. Ferraté, *Líricos griegos arcaicos,* Barcelona, 1968.
F. Rodríguez Adrados, *Elegíacos y yambógrafos arcaicos,* I-II, Barcelona, 1956 y 1959.
F. Rodríguez Adrados, *Lírica griega arcaica,* Madrid, 1980.

3. *Estudios:*

C. M. Bowra, *Greek Lyric Poetry,* Oxford, 1961, 2.ª ed.
C. M. Bowra, *Pindar,* Oxford, 1964.
C. Calame (ed. del vol. col.), *Rito e poesia corale in Grecia. Guida storica e critica,* Bari, 1977.
M. Fernández Galiano, *Safo,* Madrid, 1958.
H. Fraenkel, *Dichtung und Philosophie des frühen Griechentums,* Munich, 1969, 3.ª ed.
H. Koller, *Musik und Dichtung im frühen Griechentum,* Berna, 1963.
A. Lesky, *Historia de la literatura griega,* trad. esp., Madrid, 1968.
J. S. Lasso de la Vega, *De Safo a Platón,* Barcelona, 1976.
H. Maehler, *Die Auffassung des Dichterberufs im frühen Griechentum,* Gotinga, 1963.
A. Ortega, *El despertar de la lírica en Europa,* Salamanca, 1974.
F. Rodríguez Adrados, *Orígenes de la lírica griega,* Madrid, 1976.
W. Schadewaldt, *Safo,* trad. esp., Buenos Aires, 1973.
M. Treu, *Von Homer zur Lyrik,* Munich, 1955.
O. Tsagarakis, *Self-Expression in Early Greek Lyric Elegiac and Iiambic Poetry,* Wiesbaden, 1977.

Quisiera recordar al lector que me he limitado en esta nota a las ediciones básicas (por descontado hay muchas más, e incluso más recientes y críticas para autores sueltos), a las versiones castellanas más importantes y amplias (existen otras más antiguas o de algún poeta suelto), y a los estudios que a mí me parecen más interesantes sobre los distintos aspectos de esta tradición poética. (La bibliografía erudita sobre la lírica griega es amplísima. He evitado mencionar artículos recogidos en revistas especializadas y procurado citar los libros que son, en cierto modo, estudios fundamentales o los que proporcionan una información más cabal y actual.) [Nota de C. García Gual.]

CALINO Y TIRTEO

Las elegías de Calino y Tirteo tienen un mismo tema: son cantos de exhortación al combate, poesía patriótica. Hay en ellos muchos ecos, en expresiones formularias y en tópicos, de la poesía homérica. Pero tras estas referencias intencionadas a la tradición épica laten nuevos acentos: los del espíritu ciudadano de la época hoplítica. No se trata de celebrar las hazañas individuales de unos héroes que combaten por su propio honor y un botín personal, sino de dar ánimo a aquellos que van a exponer su vida por salvar a la ciudad, a las mujeres y a los niños. No disminuye el éxito de la batalla la furia de los nobles descendientes de los dioses, ni serán los duelos entre afamados caudillos quienes sentencien el triunfo o la derrota, sino la resistencia de los que traban como un muro sus redondos escudos en formación cerrada, los soldados de a pie que con un pesado arnés metálico avanzan en una lenta falange, empalmando sus escudos y erizando sus lanzas. La gloria o el deshonor será el premio que la ciudad acuerde a su coraje o su cobardía. «Morir en vanguardia es para un joven hermoso», dice el lema patriótico que enarbolan estos poetas, recogiendo de Homero el ideal de «la bella muerte». Y lo más terrible es el exilio y la huida infamante. Propaganda bélica, pero poesía también, al servicio de una ideología política.

Calino en Efeso, y Tirteo en Esparta pregonan así los ideales bélicos de una edad que no es ya la de los héroes, sino la de los ciudadanos que luchan por sus hogares y patria —como lo hacía Héctor en la Ilíada—, prometiendo una gloria que se funda en la memoria colectiva para quienes cumplen con su deber. Al lector moderno esta poesía le resulta demasiado conocida, pero en el siglo VII a. C. era algo nuevo.

CALINO DE ÉFESO
(Fl. alrededor de 650 a. C.)

1 (1 D)

¿Hasta cuándo estaréis así echados? ¿Cuándo tendréis, muchachos,
ánimo de combate? ¿Vergüenza no sentís ante vuestros vecinos
de tan extremo abandono? ¿Confiáis en que es tiempo de paz
cuando ya la guerra arrebata a todo el país?
...
... Y que cada uno, al morir, arroje el último dardo.
Honroso es, en efecto, y glorioso que un hombre batalle
por su tierra, sus hijos, y por su legítima esposa
contra los adversarios. La muerte vendrá en el momento
en que la hayan urdido las Moiras. Que todos avancen
empuñando la espada y albergando detrás del escudo
un corazón valeroso, apenas se trabe el combate.
Porque no está en el destino de un hombre escapar
a la muerte, ni aunque su estirpe viniera de dioses.
A menudo rehúye alguno el combate y el son de los dardos,
se pone a cubierto, y en casa le alcanza la muerte fatal.
Pero ése no va a ser recordado ni amado por el pueblo,
y al otro, si cae, lo lamentan el grande y el pequeño.
Pues a toda la gente le invade la nostalgia de un bravo
que supo morir. Y si acaso pervive, es rival de los héroes,
porque a su paso le admiran cual si fuera una torre del muro.
Hazañas acomete que valen por muchos, siendo él solo.

2 (3 D)

Ahora se acerca el tropel de los Cimerios feroces.

TIRTEO DE ESPARTA
(Fl. alrededor de 640 a. C.)

1 (1 D)

... Avancemos trabando muralla de cóncavos escudos,
marchando en hileras Panfilios, Hileos, y Dimanes,
y blandiendo en las manos, homicidas, las lanzas.

De tal modo, confiándonos a los eternos dioses,
sin tardanza acatemos las órdenes de los capitanes,
y todos al punto vayamos a la ruda refriega,
alzándonos firmes enfrente de esos lanceros.
Tremendo ha de ser el estrépito en ambos ejércitos
al chocar entre sí los redondos escudos,
y resonarán cuando topen los unos sobre otros...

2 (3 D)

Escucharon a Febo y de Delfos trajeron a Esparta
las profecías del dios, sus palabras de cierto final.
Así el Soberano Certero del Arco de Plata, Apolo,
el de dorada melena, les dijo en su templo suntuoso:
«Que manden en consejo los reyes que aprecian los dioses,
ellos tienen a su cargo esta amable ciudad de Esparta,
y los ancianos ilustres, y luego los hombres del pueblo,
que se pondrán de acuerdo para honestos decretos.
Que expongan de palabra lo bueno y practiquen lo justo
en todo, y que nada torcido maquinen en esta ciudad.
Y al conjunto del pueblo le atañe el poder y el triunfo.»
Así en este asunto le habló entonces Febo al pueblo.

3 (6, 7 D)

Pues es hermoso morir si uno cae en la vanguardia
cual guerrero valiente que por su patria pelea.
Que lo más amargo de todo es andar de mendigo,
abandonando la propia ciudad y sus fértiles campos,
y marchar al exilio con padre y madre ya ancianos,
seguido de los hijos y de la legítima esposa.
Porque ése será un extraño ante quienes acuda
cediendo a las urgencias de la odiosa pobreza.
Afrenta a su linaje y baldona su noble figura
y toda clase de infamia y ruindad le persigue.
Si un vagabundo así ya no obtiene momento de dicha
ninguno, ni vergüenza ni estima ninguna,
entonces con coraje luchemos por la patria y los hijos,
y muramos sin escatimarles ahora nuestras vidas.
¡Ah jóvenes, pelead con firmeza y codo a codo;
no iniciéis una huida afrentosa ni cedáis al espanto;

aumentad en vuestro pecho el coraje guerrero,
y no sintáis temor de hacer frente al enemigo!
Y a vuestros mayores, que ya no conservan ligeras rodillas,
a los viejos, no les abandonéis atrás al retiraros.
Vergonzoso es, desde luego, que caiga en vanguardia
y quede ante los jóvenes tumbado un hombre ya maduro,
que tiene ya blanca la cabeza y canosa la barba,
y queda exhalando su ánimo audaz en el polvo,
con el sexo cubierto de sangre en sus manos
—bochornoso espectáculo es ése y exige venganza—
y su cuerpo desnudo. En cambio, todo es bello en un joven,
mientras la flor flamante de amable juventud posee.
Es admirado por los hombres y suscita amor en las mujeres
mientras está vivo, y hermoso es si cae en la vanguardia.
Así que todo el mundo se afiance en sus pies
y se hinque en el suelo mordiendo con los dientes el labio.

4 (8 D)

Vamos, ya que sois del linaje de Heracles invencible,
tened valor, que aún Zeus no desvió de vosotros su rostro.
No os espante ni asuste el tropel de enemigos,
mas que cada soldado sostenga contra ellos su escudo,
y, sin tener en aprecio la vida, las Keres oscuras
de la Muerte acepte tan gratas como rayos de sol.
Sabéis cuán mortíferas son las hazañas del lúgubre Ares,
bien conocéis la furia del cruento combate,
y fuisteis por turnos los perseguidores y los perseguidos,
muchachos, hasta hartaros de acosos y huidas.
Los que se atreven, en fila cerrada, a luchar
cuerpo a cuerpo y a avanzar en vanguardia,
en menor número mueren y salvan a quienes les siguen.
Los que tiemblan se quedan sin nada de honra.
Nadie acabaría de relatar uno a uno los daños
que a un hombre le asaltan, si sufre la infamia.
Pues es agradable herir por detrás de un lanzazo
al enemigo que escapa en la fiera refriega;
y es despreciable el cadáver que yace en el polvo,
atravesado en la espalda por punta de lanza trasera.
Así que todo el mundo se afiance en sus pies,

y se hinque en el suelo, mordiendo con los dientes el labio,
cubriéndose los muslos, las piernas, el pecho y los hombros
con el vientre anchuroso del escudo redondo.
Y en la derecha mano agite su lanza tremenda,
y mueva su fiero penacho en lo alto del casco.
Adiéstrese en combates cumpliendo feroces hazañas,
y no se quede, pues tiene su escudo, remoto a las flechas.
Id todos al cuerpo a cuerpo, con la lanza larga
o la espada herid y acabad con el fiero enemigo.
Poniendo pie junto a pie, apretando escudo contra escudo,
penacho junto a penacho y casco contra casco,
acercad pecho a pecho y luchad contra el contrario,
manejando el puño de la espada o la larga lanza.
Y vosotros, tropas ligeras, uno acá y otro allá,
agazapados detrás de un escudo, tirad gruesas piedras
y asaetadlos con vuestras pulidas jabalinas,
permaneciendo cerca de los que portan armadura completa.

5 (9 D)

No quisiera recordar ni evocar con elogios a nadie
por su excelencia en correr o en la pelea de puños,
ni aunque tuviera la altura y la fuerza de un Cíclope,
y venciera en carreras al tracio Bóreas,
ni si fuera la figura más bello que Titono,
y superara en riquezas a Midas y a Ciniras,
y más regio fuera que Pélope, hijo de Tántalo,
y una lengua más dulce que Adrasto tuviera
y una fama cabal, mas careciera de ánimo de lucha.
Que no hay hombre de valer en el campo de guerra
más que el que osa presenciar la matanza sangrienta
y se lanza a enfrentarse de cerca al feroz enemigo.
Esa es la virtud, esa entre los hombres la máxima gloria,
y el más hermoso premio al alcance de un joven guerrero.
Un bien común a la ciudad y al pueblo entero es
el hombre que, erguido en vanguardia, se afirma
sin descanso, y olvida del todo la fuga infamante,
exponiendo su vida y su ánimo audaz y sufrido;
y enardece con sus palabras al que combate a su lado.
Este es el hombre que resulta valioso en la guerra.

Y pronto las feroces falanges de los enemigos rechaza,
y con su esfuerzo detiene el oleaje que trae la batalla.
Pero a quien en vanguardia caído la vida perdiera,
tras dar gloria al país, a sus gentes y a su padre,
traspasado cien veces de frente, a través de su pecho
y del escudo de forma de ombligo y su coraza,
a éste lo lloran lo mismo los viejos que los jóvenes
y con hiriente nostalgia lo añora su pueblo en conjunto.
Y su tumba y sus hijos son entre los hombres famosos,
y los hijos de sus hijos y toda su estirpe futura.
Jamás su noble fama se extinguió ni su nombre,
sino que aunque esté bajo tierra, se hace inmortal
el que ha destacado en saber resistir y en pelear
por su tierra y sus hijos, a quien el cruel Ares matara.
Mas si escapa a la Ker de una muerte doliente,
y victorioso consigue que su lanza el flamante triunfo,
todos le honran, los jóvenes como los viejos, a un tiempo,
y habrá vivido con mucha ventura antes de irse al Hades.
Al envejecer destaca entre sus conciudadanos y nadie
se atreve a faltarle en su honra y su derecho.
Todos a un tiempo, los jóvenes y los de su edad,
y aun los más viejos, le ceden su asiento en los bancos.
Que ahora intente todo hombre la cumbre de esa virtud
con su coraje alcanzar, y que nadie flojee en la guerra.

6 (18 D)

¡Adelante hijos de los ciudadanos de Esparta,
la ciudad de los bravos guerreros!
Con la izquierda embrazad vuestro escudo
y la lanza con audacia blandid,
sin preocuparos de salvar vuestra vida;
que ésa no es costumbre de Esparta.

ARQUÍLOCO DE PAROS
(Fl. alrededor de 650 a. C.)

Hijo de un noble pario y de una esclava, hubo de emigrar de su rocosa isla natal para ganarse la vida, como soldado de fortuna, con su

lanza. Conoció la guerra como un menester penoso, no como el lugar de las hazañas heroicas. Cuenta en unos versos que hicieron famoso su cinismo cómo escapó de un combate tras arrojar el escudo. Es significativa su desenvoltura al confesar tan bochornoso acto. (El escudo es, en la táctica hoplítica, el arma que protege el flanco del compañero inmediato, el emblema del coraje del guerrero, que nunca debe perderse. «Volved con el escudo o sobre el escudo», se decía en Esparta.) Al poeta, pragmático, le interesaba salvaguardar su vida, no el código del honor ni el renombre.

En amores fue desdichado. Un tal Licambes le negó, faltando a anteriores promesas, la mano de su hija Neobula, que Arquíloco amaba. Se vengó insultando a la familia con tal ferocidad que, según la leyenda, el padre y sus hijas se ahorcaron para escapar al escarnio. Con buenas razones personales, el poeta pondera como gran virtud la ecuanimidad, el talante sereno ante los embates del azar. Bastardo y mercenario, con su sentir acerbo y desarraigado, Arquíloco irrumpe en la poesía con personalidad inconfundible, al margen de los convencionalismos aristocráticos.

Los antiguos le atribuyeron la invención del yambo, verso poco noble, no apto para la épica, sí para los coloquios dramáticos, para las burlas y la sátira vulgar. En yambos y elegías dejó testimonio de su yo doliente y de su palabra mordaz.

1 (1 D)

Soy yo, a la vez, servidor del divino Enialio
y conocedor del amable don de las Musas.

2 (2 D)

En la lanza tengo mi pan negro, en la lanza
mi vino de Ismaro, y bebo apoyado en mi lanza.

3 (6 D)

Algún Sayo alardea con mi escudo, arma sin tacha,
que tras un matorral abandoné, a pesar mío.
Puse a salvo mi vida. ¿Qué me importa el tal escudo?
¡Váyase al diantre! Ahora adquiriré otro no peor.

4 (3 D)

No se van ya a tensar muchos arcos ni frecuentes
hondas, cuando a contienda Ares convoque en el llano.
De espadas será muy quejumbrosa la tarea.
Que en ese género de lucha son expertos ellos,
los dueños de Eubea, afamados por sus lanzas.

5 (5 D)

Anda, con el copón recorre los bancos de remeros
de la rauda nave, y destapa las jarras panzudas.
Y escancia el vino rojo hasta el fondo de heces.
Pues no podremos soportar sobrios esta guardia.

6 (11 D)

Ocultemos los penosos presentes del soberano Posidón.

7 (7 D)

Tus fúnebres quejas, Pericles, ningún ciudadano
censurará, ni tampoco la ciudad, entre fiestas.
Tales eran aquellos que las olas del mar bravío
sepultaron. Hinchados por las penas tenemos
los pulmones. Pero los dioses, amigo mío,
establecieron como droga para males sin remedio
la firme resignación. Ya uno, ya otro los tiene.
Hoy nos tocó a nosotros, y una sangrienta herida
lloramos. Luego alcanzará a otros. Conque al punto
resignaos y dejad ese llanto de mujeres.

8 (8 D)

Todo al hombre, Pericles, se lo dan el Azar y el Destino.

9 (9 D)

Nadie que de chismorreos del vulgo se preocupe,
Esímida, podrá gozar de muchos momentos felices.

10 (10 D)

Porque ni llorando remediaré nada, ni nada
empeoraré dándome a placeres y festejos.

11 (13 D)

Glauco, un mercenario es amigo sólo cuando lucha.

12 (18 D)

Esta (isla de Tasos) como un espinazo de asno
se encrespa, coronada de un bosque salvaje.
... Que no es un lugar hermoso ni atractivo
ni amable cual el que surcan las aguas del Siris.

13 (19 D)

Lloro las desgracias de los Tasios, no las de los Magnesios.

14 (20 D)

No me importan los montones de oro de Crises.
Jamás me dominó la ambición y no anhelo
el poder de los dioses. No codicio una gran tiranía.
Lejos está tal cosa, desde luego, de mis ojos.

15 (67a D)

Corazón, corazón, de irremediables penas agitado,
¡álzate! Rechaza a los enemigos oponiéndoles
el pecho, y en las emboscadas traidoras sostente
con firmeza. Y ni, al vencer, demasiado te ufanes,
ni, vencido, te desplomes a sollozar en casa.
En las alegrías alégrate y en los pesares gime
sin excesos. Advierte el vaivén del destino humano.

16 (58 D)

A los dioses atribúyelo todo. Muchas veces levantan
de las desdichas a hombres echados sobre el oscuro suelo;
y muchas veces derriban y tumban panza arriba
a quienes caminan erguidos. Luego hay muchos daños
y uno yerra falto de sustento y en desvarío de mente.

17 (68 D)

El ánimo de los hombres, Glauco, hijo de Leptines,
se ajusta al día que Zeus a los mortales depara,
y piensan según les conviene en sus circunstancias.

18 (64 D)

Ningún ciudadano es venerable ni ilustre
cuando ha muerto. El favor de quien vive preferimos
los vivientes. La peor parte siempre toca al muerto.

19 (74 D) El eclipse

Ningún suceso hay ya inesperado, ni increíble
ni maravilloso, cuando Zeus, Padre de los Olímpicos,
de un mediodía hizo noche, ocultando la luz

del sol brillante. Húmedo espanto sobrevino a las gentes.
Desde entonces cualquier cosa resulta creíble y esperable
a los humanos. Ninguno de nosotros se admire al verla.
Ni si las bestias agrestes truecan con los delfines
el pasto marino y tienen por más gratas que la tierra
las olas resonantes del mar, y aquéllos prefieren el monte.

20 (53 D)

Olvida Paros, y aquellos higos y el vivir del mar.

21 (54 D)

Así en Tasos confluyó la basura de toda Grecia.

22 (60 D)

No quiero un general alto y bien plantado
ni ufano de sus bucles y esmerado en afeites.
Por mí, ojalá sea un tipo pequeño y patizambo
que se mantenga firme en sus pies, todo corazón.

22 (61 D)

Siete son los muertos, que a la carrera alcanzamos,
y los matadores somos mil...

23 (55 D)

¡Que no se cierna sobre esta isla la roca de Tántalo!

23 (56 D)

Glauco, mira. Ya el mar profundo en olas se encrespa
y un alto nubarrón se eleva en los montes de Giros,
indicio de tormenta. Nos ataca, de improviso, el terror.

24 (78 D)

Bebiste vino abundante y sin mezcla,
y no aportaste siquiera tu parte,
ni viniste invitado, como amigo,
sino que tu vientre extravió a tu mente.
y te arrastró a la desvergüenza.

25 (25 D)

Jugueteaba ella con un ramo de mirto
y una linda flor del rosal...
Su melena
le aureolaba de sombra los hombros y la frente.

26 (26 D)

... De su perfumado cabello y su pecho
hasta un viejo se habría enamorado.

27 (112 D)

Tal ansia de amor me envolvió el corazón
y densa niebla derramó sobre mis ojos
robando de mi pecho el suave sentido.

28 (104 D)

Yazgo, infeliz, por la pasión vencido,
sin vida, hasta los huesos traspasado
de fieros dolores que los dioses me envían.

28 (118 D, 120 D)

Pero el perturbador deseo me domina
y no me cuido de yambos ni placeres.

30 (71 D)

Ojalá que pudiera tocar la mano de Neobula...

31 (72 D)

Y caer, presto a la acción, sobre el odre
y aplicar el vientre al vientre y mis muslos a sus muslos.

32 (29 D)

No he celebrado, padre Zeus, el festín de mis bodas.

33 (88 D)

Padre Licambes, ¿qué es lo que tramaste?
¿Quién perturbó tu entendimiento? Antes
estabas en tus cabales. Pero ahora eres
en la ciudad gran motivo de burla.

34 (89 D)
Cierta fábula hay que así cuenta:
que una vez la zorra y el águila trabaron amistad
como vecinas.

35 (94 D)
¡Oh Zeus, Padre Zeus, tuyo es el poder en los cielos,
y tú observas los hechos de los hombres,
criminales o justos, y a ti incluso te atañe
la desmesura y la justicia entre las fieras!

36 (103 D)
Muchos trucos conoce la zorra, pero el erizo uno decisivo.

37 (66 D)
Sé sólo una cosa importante: responder
con daños terribles a quien daños me hizo.

38 (113 D, 114 D)
Ya no tienes en flor tu suave piel. Que ahora
se marchita, y la arrasa el surco de la triste vejez.

39 (27 D)
No deberías untarte con perfumes, vieja como eres.

40 (88 Ad)
¡Gorda, ramera, prostituta abominable!

41 (75 D)
Escucha, Hefesto soberano, mi ruego, y mi aliado
sé propicio, y dame los favores que tú otorgas.

42 (76 D)
Siendo yo mismo el guía del peán
al son de la flauta de Lesbos...

43 (77 D)
Cómo marcar el inicio del bello canto del divino Dioniso,
el ditirambo, sé yo, cuando el vino fulmina mis entrañas.

44 (84 D)

Zeus entre los dioses es adivino que nunca miente,
ya que él mismo determina el final.

45 (120 D)

¡Ténela! ¡Salve, gran vencedor, Heracles Soberano!
¡Ténela! ¡Gran vencedor, tú y Yolao, dos bravos guerreros!
¡Ténela! ¡Salve, gran vencedor, Heracles Soberano!

SEMÓNIDES DE AMORGOS
(Fl. alrededor de 630 a. C.)

Si bien el primer fragmento de Semónides comenta un famoso verso de Homero (*Il.*, VI, 146), «el poeta de Quíos» —como en el final del *Himno a Apolo*—, el sentido de sus poemas está mucho más en la línea de la poesía hesiódica. El aspecto sentencioso y el tono pesimista de sus elegías van acompañados de un cierto afán didáctico, que entronca con la vivencia personal del poeta, testigo resignado de una época dura. Tanto en su consejo de cosechar el placer en los limitados márgenes de la existencia humana, como en su visión de la triste suerte común de los efímeros mortales, se expresa una conciencia del tiempo y del dolor inevitable muy característica de su momento.

Su famoso poema yámbico, *el catálogo de las mujeres* (fr. 7), que toca un tema de posibles antecedentes tradicionales y un tanto tópico (se halla también en Focílides, poeta algo posterior), recuerda, de un lado, la fábula, en cuanto también aquí se establece una relación entre caracteres humanos y conductas de algunas especies animales, y, de otro, la concepción de Hesíodo sobre las ventajas y desventajas de las mujeres. También esta visión se halla lejos de la más cortesana y caballeresca de la épica heroica, donde la belleza femenina y la gracia señorial eran las virtudes más notables de una esposa. Desde este enfoque más proletario, referido a un mundo de penuria, de trabajo constante y de hambre y miseria, las mujeres resultan consideradas mucho más duramente. Sólo la hija de la abeja, laboriosa y callada, vale para una vida común feliz. Como la hesiódica Pandora, la mujer resulta un ser ambiguo, dañino y seductor, pero los riesgos y taras femeninos son mucho más abundantes que sus dudosos beneficios.

1 (29 D)

Esto es lo más bello que dijo el hombre de Quíos:
«Cual la generación de las hojas, así es la de los hombres.»

Pocos mortales, en efecto, acogen en su oído este verso
y lo depositan en su pecho. Pues queda en cada uno la espe-
que en el corazón de los jóvenes arraiga. [ranza
Mientras conserva un mortal la flor muy deseable de la juventud,
tiene un ánimo ligero y piensa muchos desatinos.
Porque no recela que ha de envejecer y morir
ni, al estar sano, tiene preocupación por la fatiga.
Necios quienes tienen tal estado de mente y desconocen
cuán corto es el tiempo de la juventud y el vivir.
de los hombres. Pero tú apréndelo, y hasta el fin de tu vida
atrévete a gozar de los bienes que el vivir te depare.

2 (1 D)

Hijo mío, el retumbante Zeus domina el fin
de todo lo que es y lo dispone como quiere.
Los hombres carecen de entendimiento. Pues al día
vivimos como bestias, del todo ignorantes
de cómo la divinidad hará concluir cualquier asunto.
La esperanza y la persuasión alimentan a todos
mientras se lanzan a lo irrealizable. Unos aguardan
a que llegue un día, otros a que rueden los años.
Para el próximo no hay hombre que no espere
hacerse íntimo de la riqueza y los bienes.
Pero a uno se apresura la vejez odiosa a atraparlo
antes de que llegue a su meta. A otros penosas dolencias
los consumen. A otros, sometidos por Ares,
los despacha Hades bajo la negra tierra.
Otros, en alta mar, zarandeados por la tormenta
y los muchos embates del purpúreo oleaje,
perecen, cuando en vano tratan de sobrevivir.
Otros se cuelgan de un lazo, en triste destino,
y por propia decisión dejan la luz del sol.
Así que nada hay sin daños, sino que incontables
son las formas de muerte e imprevisibles las penas
y las calamidades de los hombres. ¡Pero ojalá me escucharan!
No anhelaríamos las desdichas ni al encontrarnos
entre duros dolores nos desgarraríamos el ánimo.

3 (2 D)

De quien murió no nos preocuparíamos,
si fuéramos sensatos, más de un día.

4 (3 D)

Largo tiempo tenemos de estar muertos,
y vivimos muy mal un corto número de años.

5 (4 D)

Del todo exento de reproches y desdichas nadie.

6 (6 D)

Ninguna cosa se lleva como botín un hombre
mejor que una buena mujer ni peor que una mala.

7 (7 D)

De modo diverso la divinidad hizo el talante de la mujer
desde un comienzo. A la una la sacó de la híspida cerda:
en su casa está todo mugriento por el fango,
en desorden y rodando por los suelos.
Y ella sin lavarse y con vestidos sucios,
revolcándose en estiércol se hincha de grasa.
A otra la hizo Dios de la perversa zorra,
una mujer que lo sabe todo. No se le escapa
inadvertido nada de lo malo ni de lo bueno.
De las mismas cosas muchas veces dice que una es mala,
y otras que es buena. Tiene un humor diverso en cada caso.
Otra, de la perra salió: gruñona e impulsiva,
que pretende oírlo todo, sabérselo todo,
y va por todas partes fisgando y vagando
y ladra de continuo, aun sin ver a nadie.
No la puede contener su marido, por más que la amenace,
ni aunque, irritado, le parta los dientes a pedradas,
ni tampoco hablándole con ternura,
ni siquiera cuando está sentada con extraños;
sino que mantiene sin pausa su irrestañable ladrar.
A otra la moldearon los Olímpicos del barro,
y la dieron al hombre como algo tarado. Porque ni el mal
ni el bien conoce una mujer de esa clase.

De las labores sólo sabe una: comer.
Ni siquiera cuando Dios envía un mal invierno,
por más que tirite de frío, acerca su banqueta al fuego.
Otra vino del mar. Esta presenta dos aspectos.
Un día ríe y está radiante de gozo.
Cualquiera de fuera que la vea en su hogar la elogia:
«No hay otra mujer más agradable que ésta
ni más hermosa en toda la tierra.»
Al otro día está insoportable y no deja que la vean
ni que se acerque nadie; sino que está enloquecida
e inabordable entonces, como una perra con cachorros.
Es áspera con todos y motivo de disgusto
resulta tanto a enemigos como a íntimos.
Como el mar que muchas veces sereno
y sin peligro se presenta, alegría grande a los marinos,
en época de verano, y muchas veces enloquece
revolviéndose en olas de sordo retumbar.
A éste es a lo que más se parece tal mujer
en su carácter: al mar que es de índole inestable.
Otra procede del asno apaleado y gris,
que a duras penas por la fuerza y tras los gritos
se resigna a todo y trabaja con esfuerzo
en lo que sea. Mientras tanto come en el establo
toda la noche y todo el día, y come ante el hogar.
Sin embargo, cuando se trata del acto sexual,
acepta sin más a cualquiera que venga.
Y otra es de la comadreja, un linaje triste y ruin.
Pues ésta no posee nada hermoso ni atractivo,
nada que cause placer o amor despierte.
Está que desvaría por la unión de Afrodita,
pero al hombre que la posee le da náuseas.
Con sus hurtos causa muchos daños a sus vecinos,
y a menudo devora ofrendas destinadas al culto.
A otra la engendró una yegua linda de larga melena.
Esta evita los trabajos serviles y la fatiga,
y no quiere tocar el mortero ni el cedazo
levanta ni la basura saca fuera de su casa,
ni siquiera se sienta junto al hogar para evitar
el hollín. Por necesidad se busca un buen marido.

Cada día se lava la suciedad hasta dos veces,
e incluso tres, y se unta de perfumes.
Siempre lleva su cabello bien peinado,
y cardado y adornado con flores.
Un bello espectáculo es una mujer así
para los demás, para su marido una desgracia,
como no sea algún tirano o un personaje
de los que regocijan su ánimo con tales seres.
Otra viene de la mona. Esta es, sin duda,
la mayor calamidad que Zeus dio a los hombres.
Es feísima de cara. Semejante mujer va por el pueblo
como objeto de risa para toda la gente.
Corta de cuello, apenas puede moverlo,
va sin trasero, brazos y piernas secos como palos.
¡Infeliz quienquiera que tal fealdad abrace!
Todos los trucos y las trampas sabe
como un mono y no le preocupa el ridículo.
No quiere hacer bien a ninguno, sino que lo que mira
y de lo que todo el día delibera es justo esto:
cómo causar a cualquiera el mayor mal posible.
A otra la sacaron de la abeja. ¡Afortunado quien la tiene!
Pues es la única a la que no alcanza el reproche,
y en sus manos florece y aumenta la hacienda.
Querida envejece junto a su amante esposo
y cría una familia hermosa y renombrada.
Y se hace muy ilustre entre todas las mujeres,
y en torno suyo se derrama una gracia divina.
Y no le gusta sentarse entre otras mujeres
cuando se cuentan historias de amoríos.
Tales son las mejores y más prudentes
mujeres que Zeus a los hombres depara.
Y las demás, todas ellas existen por un truco
de Zeus, y así permanecen junto a los hombres.
Pues éste es el mayor mal que Zeus creó:
las mujeres. Incluso si parecen ser de algún provecho,
resultan, para el marido sobre todo, un daño.
Pues no pasa tranquilo nunca un día entero
todo aquel que con mujer convive,
y no va a rechazar rápidamente de su casa al hambre,

odioso compañero del hogar, dios de mal temple.
Cuando piensa un hombre gozar de mejor ánimo
en su hogar, por gracia de los dioses o fortuna humana,
encuentra ella un reproche y se arma para la batalla.
Pues donde hay mujer no puede recibirse con agrado
ni siquiera a un huésped que acude a la casa.
La que parece, en efecto, que es la más sensata,
esa resulta ser la que más ofende a su marido,
y mientras anda él de pasmarote, sus vecinos
se ríen a su costa, viendo cuánto se equivoca.
Cada uno hará elogios recordando a su propia
mujer, y censuras cuando evoque a la de otro.
¡Y no advertimos que es igual nuestro destino!
Porque éste es el mayor mal que Zeus creó,
y nos lo echó en torno como una argolla irrompible,
desde la época aquella en que Hades acogiera
a los que por causa de una mujer se hicieron guerra.

MIMNERMO DE COLOFÓN
(Fl. alrededor de 630 a. C.)

Parece que Mimnermo compuso un largo poema de tono épico sobre la fundación de Esmirna y las luchas en la zona costera de Asia Menor, titulado la *Esmirneida,* del que nos quedan exiguos restos. Pero lo que hizo a nuestro poeta muy apreciado incluso de los alejandrinos fueron sus poemas eróticos, recogidos en su libro *Nanno,* dedicado a una cortesana de tal nombre. Calímaco calificó a Mimnermo de «dulce», por esa sensibilidad para el amor delicado y arrebatador, por ese apasionado decir que es novedad en este elegíaco. Junto a ese tono erótico destaca en él el sentido casi trágico del tiempo fugaz, del placer que se esfuma pronto, de la vida condenada a la pronta ruina física. El hedonismo y el pesimismo confluyen en esta poesía melancólica.

1 (1 D)

¿Qué vida, qué placer hay al margen de la áurea Afrodita?
Morirme quisiera cuando ya no me importen
el furtivo amorío y sus dulces presentes y el lecho,
las seductoras flores que da la juventud
a hombres y mujeres. Pues más tarde acude penosa
la vejez, que a un tiempo feo y débil deja al hombre.

De continuo agobian su mente tristes presentimientos
y no disfruta ya al contemplar los rayos del sol,
entonces es odioso a los niños, y despreciable a las mujeres.
¡Tan horrible implantó la divinidad la vejez!

2 (2 D)

Nosotros, cual las hojas que cría la estación florida
de primavera, apenas se difunde a los rayos del sol,
semejantes a ellas, por breve tiempo gozamos de flores
de juventud, sin conocer por los dioses ni el mal
ni el bien. Pero al lado se presentan las Keres oscuras,
la una con el embozo de la funesta vejez,
la otra con el de la muerte. Un instante dura el fruto
de la juventud, mientras se esparce sobre la tierra el sol.
Mas apenas ha pasado esa sazón de la vida,
entonces resulta mejor estar muerto que vivo.
Muchos males entonces asaltan el ánimo. Unas veces el hogar
se arruina y vienen los duros acosos de la miseria.
Otro, en cambio, carece de hijos, y con ese ansia extrema
emprende bajo tierra su camino hacia el Hades.
A otro le apresa una angustiosa enfermedad. Ninguno
entre los hombres hay a quien Zeus no le dé muchos males.

3 (4 D)

A Titono le dio Zeus como gracia un mal eterno:
la vejez, que es mucho peor que la espantosa muerte.

4 (5 D)

Pero dura un tiempo muy breve, como un sueño,
la juventud preciada. Luego, amarga y deforme,
la vejez sobre nuestra cabeza está pendiente,
odiosa al par que infame, que desfigura al hombre
y, envolviéndole, daña sus ojos y su mente.

5 (6 D)

Ojalá que, sin enfermedades ni penas angustiosas,
a los sesenta años me alcance la muerte fatal.

6 (10 D)

Helios, pues, consiguió su tarea para todos los días,
y jamás se le ofrece descanso ninguno, ni a él
ni a sus caballos, en cuanto la Aurora de dedos rosáceos
abandona el Océano y asciende hasta el cielo.
A él sobre el mar lo transporta su lecho encantado,
cóncavo, moldeado por las manos de Hefesto,
de oro precioso, provisto de alas, sobre las ondas del agua;
durmiendo plácido viaja desde el país de las Hespérides
a la región de los Etíopes, donde su raudo carro y corceles
le aguardan, en tanto aparece la Aurora nacida en el alba.
Y entonces se sube a su carro el hijo de Hiperión.

7 (11 D)

Nunca el gran vellocino habría Jasón rescatado
de Ea, cumpliendo hasta el fin su doliente aventura,
triunfando en la ardua empresa del violento Pelias,
y ni siquiera habrían llegado a la bella corriente de Océano
(los Argonautas, de no contar con el favor de Afrodita)
...a la ciudad de Eetes, donde los rayos del Sol veloz
se guardan en una cámara de oro, al borde del mar
Océano, adonde marchó en su viaje el divino Jasón.

HIPONACTE DE EFESO

(Fl. alrededor de 540 a. C.)

De los yambos de Hiponacte, poeta mendicante y desvergonzado, nos han llegado breves y pintorescos fragmentos muy mutilados. Empleaba palabras vulgares y exóticas y gustaba de la obscenidad y la evocación del ambiente picaresco en que vivía, como un precursor de los parásitos del *Satiricón* de Petronio, como un remoto antecedente de Villon y tantos poetas callejeros. Recurre a la parodia del estilo elevado y utiliza un verso yámbico característico: el coliambo, o «yambo cojo», que tiene una cadencia burlona. Es una lástima no saber más de este tipo desharrapado y precínico.

1 (24 D)

Hermes, querido Hermes, hijo de Maya, nacido de Cilene,
a ti te suplico, que de modo terrible tirito de frío...

Dale a Hiponacte una capa y una camisilla,
unas sandalitas y unas pantuflillas y unas
sesenta estateras de oro de la casa de enfrente.
... Dale una capa a Hiponacte, que tirito mucho
y me castañetean los dientes de frío...

2 (25 D)

Porque a mí no me diste todavía un manto
grueso, remedio del frío en invierno,
ni cubriste mis pies con gruesas pantuflas,
para que no me salgan sabañones...

3 (28 D)

A mí Pluto —que es demasiado ciego—
jamás vino a mi casa a decirme: «Hiponacte,
te voy a dar treinta minas de plata y otras
muchas cosas encima.» Es flojo de mollera.

4 (42 D)

A las desdichas abandonaré mi alma muy quejumbrosa
si es que no me mandas a toda prisa un medimno
de cebada, para hacerme con sus harinas sopa
de gachas que beber como remedio a la miseria.

5 (4 D)

Le gritó al hijo de Maya, al Príncipe de Cilene:
... «Hermes ahorcaperros, llamado en meonio Candaules,
compadre de los ladrones, ven conmigo a chillarles.»

6 (66 D)

Con poco tino piensan los que han bebido puro vino.

SOLÓN DE ATENAS
(Fl. alrededor de 600 a. C.)

Solón, que debió de nacer hacia el 640 a. C. y murió después del 560, ya en tiempos de la tiranía de Pisístrato, es una de las grandes figuras de la época arcaica. Político y legislador, viajero y poeta, mereció ser

contado, indiscutiblemente, entre los Siete Sabios. Su obra poética es, en buena parte, un comentario de su actuación política: un testimonio y una justificación también. Si las reformas de Solón no satisfacieron a muchos de los que se habían hecho ilusiones de un cambio radical y por ello abrieron cauce a la política del tirano Pisístrato, significaron mucho, sin embargo, para asentar las bases de la constitución democrática de Atenas y paliaron una tremenda crisis social, al abolir la esclavitud por deudas y contener el poder de los oligarcas. En sus dos elegías más extensas, la dedicada *A las Musas* y la del *Buen Gobierno (Eunomía)*, Solón traza los esquemas básicos de su modo de pensar: respeto a la Justicia, la *Díke,* que siempre se impone, y rechazo de la riqueza y los excesos injustos. Con ello se halla en la línea religiosa tradicional, que aprecia ante todo la *sophrosyne* y detesta la *hybris*. Entre el bando de los oligarcas y el de los demócratas exacerbados Solón se interpone, «como lindero entre los dos frentes en guerra», y sabe no caer en la tentación de asumir la tiranía. Unos versos (fragmentos 17 y 18) le sirven para exponer, con indudable orgullo, esta firme convicción en la rectitud de su actuación. Para los griegos fueron los poetas los educadores del pueblo. Solón es un claro ejemplo del valor político de la poesía. En su elegía a las Musas no les pide la memoria de las hazañas del pasado ni una voz irrestañable, sino el éxito que corresponde a su comportamiento al servicio de la ciudad y de las normas de *Díke*.

1 (1 D) A las Musas

Espléndidas hijas de Zeus del Olimpo y de Mnemósine,
Musas de Pieria, escuchadme en mi ruego.
Dadme la prosperidad que viene de los dioses, y tenga
ante los hombres por siempre un honrado renombre,
que de tal modo sea a mis amigos dulce y a mi enemigo amargo;
respetado por unos, terrible a los otros mi persona.
Riquezas deseo tener, mas adquirirlas de modo injusto
no quiero. De cualquier modo llega luego la justicia.
La abundancia que ofrecen los dioses le resulta al hombre
segura desde el último fondo hasta la cima.
Mas la que los hombres persiguen con vicio, no les llega
por orden natural, sino atraída por injustos manejos,
les viene forzada y pronto la enturbia el Desastre.
Su comienzo, como el de un fuego, nace de casi nada,
de poca monta es al principio, pero es doloroso su final.
Porque no les valen de mucho a los hombres los actos de in-
[justicia.
Es que Zeus vigila el fin de todas las cosas, y de pronto
—como el viento que al instante dispersa las nubes

en primavera, que tras revolver el hondón del mar
estéril y de enormes olas, y arrasar en los campos de trigo
los hermosos cultivos, alcanza el sublime hogar de los dioses,
el cielo, y deja luego el aire con aspecto sereno,
y brilla el fulgor del sol sobre la fértil tierra,
hermoso, y no queda ya ni una nube a la vista—
así aparece el castigo de Zeus. Que no en todo momento
es de pronta cólera como un individuo mortal.
Pero no se le oculta por siempre quien tiene un perverso
corazón; y de uno u otro modo al final lo evidencia.
Conque uno al instante paga, y otro después. Algunos escapan,
ellos, y no les alcanza la Moira fatal de los dioses,
pero ésta llega en cualquier forma más tarde. Y sin culpa pagan
sus delitos sus hijos o su descendencia más tarde.
Mas los hombres, tanto el ruin como el bueno, pensamos así.
Cada uno mantiene una elevada opinión de sí mismo
hasta que sufre su daño, y entonces se queja. Pero hasta esto
nos regocijamos, pasmados, con vanas esperanzas.
Aquel que está abrumado por enfermedades tremendas
piensa que va a tener en seguida salud.
Otro, que es cobarde, se cree un valiente guerrero,
así como hermoso quien no tiene una bella figura;
el otro, que es pobre y al que su miseria agobia,
piensa en conseguir de cualquier forma un montón de riquezas.
Se esfuerza cada uno de un modo. El uno, va errante
en las naves, tratando de llevar a su hogar la ganancia,
por el alta mar rica en peces, arrastrado por vientos terribles,
sin disponer de resguardo ninguno a su vida.
Otro, labrando la tierra de cultivo el año entero,
es un siervo a jornal, de los que tras los curvos arados se afanan.
Otro, experto en las artes de Atenea y del hábil Hefesto,
con manos de artesano consigue su sustento.
Otro, instruido en sus dones por las Musas Olímpicas,
como conocedor preciso de tan envidiable saber.
A otro lo hizo adivino el dios certero, Apolo,
y sabe prever la desgracia que a un hombre amenaza,
si le inspiran los dioses. Aunque de ningún modo
ni el presagio ni los sacrificios evitan lo fatal.
Otros ejercen el arte de Peón, el de muchos remedios,

los médicos, que ignoran el fin de su acción:
muchas veces de una pequeña molestia deriva un gran dolor
y nadie puede curarlo aplicando las drogas calmantes,
en tanto que a otro, agitado por terribles dolencias,
lo sanan al punto con sólo imponerle las manos.
La Moira es, en efecto, quien da a los humanos el bien y el mal,
y son inevitables los dones de los dioses inmortales.
En todas las acciones hay riesgo y nadie sabe
en qué va a concluir un asunto recién comenzado.
Así que uno que pretende obrar bien no ha previsto
que se lanza a un duro y enorme desastre,
y a otro, que obró mal, le concede un dios para todo
la suerte del éxito, que contrarresta su propia torpeza.
De la riqueza no hay término alguno fijado a los hombres;
pues ahora entre nosotros quien más bienes tiene
el doble se afana. ¿Quién puede saciarlos a todos?
Las ganancias, de cierto, las dan a los hombres los dioses,
y de ellas procede el desastre, que Zeus de cuando en cuando
envía como castigo, y ya uno, ya otro lo recibe.

2 (2 D) Salamina

Yo mismo como heraldo he venido de nuestra querida Salamina,
ofreciendo mi canto, el arte de mis versos, en vez de un discurso.
... ¡Querría ser yo entonces Folegandrio o bien Sicinita
en lugar de ateniense, cambiando de patria!
Porque en seguida este dicho se va a propagar por la gente:
«Ese es uno del Atica, de los que abandonaron Salamina.»
... Vayamos a Salamina, a luchar por la isla querida
y a apartar de nosotros una infamia terrible.

3 (3 D) Eunomía

No va a perecer jamás nuestra ciudad por designio
de Zeus ni a instancias de los dioses felices.
Tan magnífica es Palas Atenea nuestra protectora,
hija del más fuerte, que extiende sus manos sobre ella.
Pero sus propios ciudadanos, con actos de locura,
quieren destruir esta gran ciudad por buscar sus provechos,
y la injusta codicia de los jefes del pueblo, a los que aguardan
numerosos dolores que sufrir por sus grandes abusos.

Porque no saben dominar el hartazgo ni orden poner
a sus actuales triunfos en una fiesta de paz.
... Se hacen ricos cediendo a manejos injustos.
... Ni de los tesoros sagrados ni de los bienes públicos
se abstienen en sus hurtos, cada uno por un lado al pillaje,
ni siquiera respetan los augustos cimientos de Dike,
quien, silenciosa, conoce lo presente y el pasado,
y al cabo del tiempo en cualquier forma viene a vengarse.
Entonces alcanza a toda la ciudad esa herida inevitable,
y pronto la arrastra a una pésima esclavitud,
que despierta la lucha civil y la guerra dormida,
lo que arruina de muchos la amable juventud.
Porque no tarda en agostarse una espléndida ciudad
formada de enemigos, en bandas que sólo los malos aprecian.
Mientras esos males van rodando en el pueblo, hay muchos
de los pobres que emigran a tierra extranjera,
vendidos y encadenados con crueles argollas y lazos.
... Así la pública desgracia invade el hogar de cada uno,
y las puertas del atrio no logran entonces frenarla,
sino que salta el muro del patio y encuentra siempre
incluso a quien se esconde huyendo en el cuarto más remoto.
Mi corazón me impulsa a enseñarles a los atenienses esto:
que muchísimas desdichas procura a la ciudad el mal gobierno,
y que el bueno lo deja todo en buen orden y equilibrio,
y a menudo apresa a los injustos con cepos y grillos;
alisa asperezas, detiene el exceso, y borra el abuso,
y agosta los brotes de un progresivo desastre,
endereza sentencias torcidas, suaviza los actos soberbios,
y hace que cesen los ánimos de discordia civil,
y calma la ira de la funesta disputa, y con Buen Gobierno
todos los asuntos humanos son rectos y ecuánimes.

4 (4 D)

Lo advierto, y en mi ánimo se asientan las penas,
al ver que la tierra más vieja de Jonia declina...
... a la codicia de plata y al excesivo orgullo.
Pero vosotros sosegad vuestro audaz corazón en el pecho,
vosotros que llegasteis al hartazgo de bienes sin cuento,
y someted la ambición a medidas. Porque ni nosotros

ALEXIS AQUINO PEREZ

vamos a ceder ni os va a salir todo favorable.
... Pues muchos malos son ricos y hay buenos muy pobres;
pero nosotros no vamos a cambiarles la riqueza
por nuestra virtud, porque ésta está firme siempre,
y los dineros ahora uno y luego otro los tiene.

5 (5 D)

Al pueblo le di toda la parte que le era debida,
sin privarle de honor ni exagerar en su estima.
Y de los que tenían el poder y destacaban por ricos,
también de éstos me cuidé que no sufrieran afrenta.
Me alcé enarbolando mi escudo entre unos y otros
y no les dejé vencer a ninguno injustamente.
... Como mejor sigue el pueblo a sus jefes es cuando
no va ni demasiado suelto ni se siente forzado.
Pues el hartazgo engendra el abuso, cuando una gran prosperidad
acompaña a hombres cuya mente no está equilibrada.
... En asuntos tan grandes es difícil contentarles a todos.

6 (8 D)

Y si habéis sufrido desastres por vuestra ruindad,
no achaquéis a los dioses las culpas de éstos.
Porque a esos señores los alzasteis vosotros al darles
sus guardas y por eso lograsteis infame esclavitud.
Y es que cada uno de vosotros camina con pasos de zorro,
pero en todos reunidos reside un espíritu huero.
Pues atendéis a la lengua y palabras de un hombre artero,
y no reparáis en su acción, como si nada pasara.

7 (9 D)

Señalará a la gente mi locura un breve plazo de tiempo,
la señalará cuando se presente en público la verdad.

8 (10 D)

De la nube viene la furia de la nieve y el granizo,
y el trueno del claro relámpago nace;
por sus grandes hombres perece la ciudad, y el pueblo
en su necedad se redujo a esclavo de un monarca.

A quien en exceso se exalta no es fácil contenerlo
después, sino que es preciso pensar en todo esto ya ahora.

9 (11 D)
Por los vientos se revuelve el mar. Pero si nadie
lo mueve, es lo más justo y sereno de todo.

10 (13 D)
Dichoso el que tiene hijos queridos, caballos solípedos,
y perros de caza y un huésped en país extranjero.

11 (14 D)
En verdad que por igual son ricos quien tiene mucho oro,
plata y campos de tierra que siembra de trigo,
y caballos y mulos, y quien sólo se ocupa de esto:
de dar gozo a su vientre, su costado y sus pies,
y disfrutar, si la ocasión se lo ofrece, de una mujer
o un muchacho en sazón. A su tiempo todo es grato.
Ese es el colmo de ventura para el hombre. Pues nadie
con todas sus muchas riquezas se va hacia el Hades,
ni, ofreciendo rescate, se escapa a la muerte ni a duras
dolencias ni a la maldita vejez cuando ella acude.

12 (15 D)
No hay ningún hombre feliz, sino que miserables
son todos los mortales que el sol desde lo alto contempla.

13 (17 D)
Del todo invisible a los humanos es el designio de los dioses.

14 (20 D)
Ahora me son gratas las obras de la nacida en Chipre
y las de Dioniso y las Musas, que dan a los hombres sus goces.

15 (21 D)
Mucho mienten los aedos.

16 (22 D) A Mimnermo
Pero, si aún ahora me atiendes, suprime ese verso,
y no te enfades porque yo medité mejor que tú.

Conque cámbialo, poeta gentil, y así canta:
«Que a los ochenta años me alcance mi destino mortal.»
... Y no me llegue una muerte no llorada, sino que a mis amigos
quiero dejar, cuando muera, dolor y lamentos.
... Envejezco aprendiendo siempre muchas cosas.

17 (23 D) A Foco

«No ha sido Solón hombre sensato ni astuto;
pues dándole un dios la fortuna no la aprovechó.
Tras envolver a la presa no supo, asombrado, la gran red
recoger, falto de ánimo y errando en su tino.
Pues yo, con tal de mandar y adquirir una inmensa riqueza
y ser en Atenas tirano un solo día, habría accedido
a ser desollado después y a dejar mi familia hecha trizas.»
... Si respeté a mi patria, y de la tiranía y la amarga
violencia me abstuve, sin manchar ni afrentar mi linaje,
no me avergüenzo de ello. Pues pienso de ese modo vencer
a todos los humanos...
... Los que vinieron en pos de saqueos tenían una gran esperanza
y se creían que iban a hallar todos ellos enorme fortuna
y que yo, tras hablar suavemente, mostraría una cruel ambición.
En vano se ilusionaron entonces, y ahora se irritan contra mí,
y me miran todos de soslayo como a un enemigo, sin motivo
preciso, pues lo que dije cumplí con ayuda de los dioses.
Y no actué de otro modo en vano, ni la tiranía me atrae
para hacer cualquier cosa con violencia, ni que en la tierra
fértil de la patria igual lote tengan los malos que los buenos.

18 (24 D)

Y yo ¿por qué me retiré antes de conseguir
aquello a lo que había convocado al pueblo?
De eso podría atestiguar en el juicio del tiempo
la madre suprema de los dioses olímpicos
muy bien, la negra Tierra, a la que entonces
yo le arranqué los mojones hincados por doquier.
Antes era esclava, y ahora es libre.
Y reconduje a Atenas, que por patria les dieron
los dioses, a muchos ya vendidos, uno justa

y otro injustamente, y a otros exiliados
por urgente pobreza que ya no hablaban
la lengua del Ática, de tanto andar errantes.
Y a otros que aquí mismo infame esclavitud
ya sufrían, temerosos siempre de sus amos,
los hice libres. Eso con mi autoridad,
combinando la fuerza y la justicia,
lo realicé, y llevé a cabo lo que prometí.
Leyes a un tiempo para el rico y el pobre,
encajando a cada uno una recta sentencia,
escribí. Si otro, en mi lugar, tiene la vara,
un tipo malévolo y codicioso de bienes,
no hubiera contenido al pueblo. Si yo decido
un día lo que a los unos les gustaba entonces,
y al otro lo que planeaban sus contrarios,
esta ciudad habría quedado viuda de muchos hombres.
Frente a eso, sacando vigor de todos lados
me revolví como un lobo acosado por perros.

JENÓFANES DE COLOFÓN
(Fl. alrededor de 525 a. C.)

Jenófanes, que emigró de la jonia Colofón al sur de Italia, a Elea, al tiempo que los persas iban dominando todo el Asia Menor, es un extraño personaje, un poeta que recita de ciudad en ciudad sus rapsodias y tal vez cantos de Homero, y un filósofo con unas ideas teológicas revolucionarias. Los antiguos ya le pusieron en relación con Parménides, que podría haber sido su discípulo, en Elea. Así el Ser de Parménides retomaría los atributos del Dios Único de Jenófanes. La poesía de Jenófanes no tiene, sin embargo, la solemne seriedad ni el rigor lógico de los hexámetros de Parménides. Como uno de esos presocráticos admirables en su audacia mental, Jenófanes critica el antropomorfismo de los dioses tradicionales, predica un nuevo y único dios, mucho más abstracto, y, a la vez, expone su idea del valor del poeta como intelectual al servicio de la ciudad. En el muy conocido fragmento segundo contrasta la gloria discernida a los vencedores en los certámenes atléticos con la de los poetas y filósofos educadores de los ciudadanos. «Mejor que la fuerza de hombres y caballos es nuestra sabiduría», dice el poeta y pensador, este convecino de Pitágoras y contemporáneo de Heráclito, que critica las ideas morales de Homero y Hesíodo, y se burla —fragm. 4— de las creencias pitagóricas en la metempsicosis.

1 (1 D)

Ahora, pues, limpio está el suelo y las manos de todos,
y las copas. Trenzadas coronas nos pone uno encima,
y otro presenta en un frasco el ungüento aromático.
La crátera en medio se yergue colmada de gozo.
Otro vino hay dispuesto que dicen que nunca traiciona,
dulce en los cántaros, y con perfume de flores.
En el centro su santo aroma exhala el incienso,
y hay también agua fresca, gustosa y muy clara.
Al lado hay rubios panes y se halla la mesa admirable
cargada de queso y de miel estupenda y dorada.
El altar en el medio cubierto de flores se encuentra,
y el canto y la fiesta se extienden por toda la casa.
Conque deben, primero, los hombres sensatos a Dios
celebrar con relatos piadosos y puras palabras.
Y, tras hacer libaciones y orar ser capaces de actuar
con justicia —que nada es, pues, preferible a tal cosa—,
no hay exceso en beber cuanto puedas con tal de que llegues
sin ayuda de criado a tu casa, si no eres muy viejo.
Alaba entre todos a aquel que ha bebido y bien muestra
que su memoria y su afán la virtud de continuo persiguen,
y no se ocupa en contar las batallas de Titanes, Gigantes,
ni de Centauros tampoco —ficciones de nuestros mayores—,
sino que siempre conserva el respeto debido a los dioses.

2 (2 D)

Pero si por la rapidez de sus pies la victoria uno logra,
o en el pentatlo —allí en el recinto sagrado de Zeus,
junto al río de Pisa, en Olimpia—, o bien en la lucha,
o en el pugilato que causa tremendos dolores,
o bien en ese espantoso certamen que llaman «pancracio»,
muy ilustre se hace a los ojos de sus convecinos,
y puede alcanzar la gloriosa «proedría» en los Juegos,
y recibir alimentos a cargo del público erario,
y de su ciudad un regalo, que tenga por premio.
Incluso lo puede lograr con caballos todo eso,
sin ser tan valioso como yo. Pues mejor que la fuerza
de los caballos y los hombres es nuestro saber.
Pero todo eso se juzga con mucho desorden; injusto

es preferir al saber verdadero la fuerza corpórea.
Pues, aunque en el pueblo se encuentre un buen luchador,
o un campeón del pentatlo o un as de la palestra,
o alguien ligero de pies, que es lo más apreciado
en las pruebas de fuerza que van a certamen,
por eso no va la ciudad a tener buen gobierno.
Mínimo gozo consigue sacar la ciudad de eso,
de que alguno compita y venza en la orilla de Pisa.
Pues tal hecho no va a engrosar los tesoros del pueblo.

3 (3 D)

Habiendo aprendido de los lidios inútiles lujos
mientras estaban exentos de odiosa tiranía,
acudían al ágora no menos de mil en total,
con mantos teñidos de púrpura todos,
jactanciosos, ufanos de sus muy cuidadas melenas,
impregnados de ungüentos de aroma exquisito.

4 (6 D)

Ahora me dirijo a otro tema, y voy a indicar el camino
.....
Y cuentan que un día, al ver que apaleaban a un perro
a su paso, se compadeció y pronunció esta frase:
«Deja de darle más golpes, porque es, sí, el alma
de un amigo, que he reconocido al oírle chillar.»

5 (7 D)

Son ya sesenta y siete los años en que ando
paseando mi pensar a lo largo de la tierra de Grecia.
Desde mi nacimiento habían pasado entonces veinticinco
si es que sé yo hablar verazmente sobre esto.

6 (10 D)

A los dioses todo han atribuido Homero y Hesíodo
cuanto entre humanos es causa de escarnio y reproche:
robar, cometer adulterio, y el mutuo engañarse.

7 (12 D)

Mas piensan los mortales que hubo un nacer de los dioses
y que tienen, como ellos, vestidos y voz y figura.

8 (13 D)

Pero si manos tuvieran los bueyes, caballos y leones,
para pintar con sus manos y crear, como hombres, sus obras,
también pintarían figuras de dioses y harían sus cuerpos
los caballos igual a caballos y los bueyes a bueyes,
tales cual cada animal su figura tuviera.

9 (14 D)

Los Etíopes afirman que sus dioses son chatos y negros,
y los Tracios los tienen de ojos azules y pelirrojos.

10 (16 D)

No todo al comienzo enseñaron los dioses a los hombres,
mas, con el tiempo, buscando ellos logran hallar lo mejor.

11 (18 D)

Estas cosas se suelen decir cabe el fuego en invierno,
reclinado en un blando sofá, tras de haber bien comido,
bebiendo un dulce vinillo y royendo garbanzos:
«¿Quién eres, de qué gente, y qué años cuentas, amigo?
¿Cuál era tu edad a la llegada del Medo?»

12 (19 D)

Hay un único dios, el más grande entre dioses y humanos,
no semejante en su forma ni en su pensamiento a los hombres.

EMPÉDOCLES DE AGRIGENTO
(Fl. alrededor de 445 a. C.)

Entre los presocráticos ninguno tan abigarrado como Empédocles, cuya figura aparece revestida a la vez con los atributos casi chamánicos de un *theios anér,* un «hombre divino», y con los rasgos de un filósofo preocupado por la teoría y la observación empírica, poeta inspirado y entusiasta y arduo inventor de la teoría de los cuatro elementos, médico prestigioso y milagrero con un halo taumatúrgico. La leyenda de su muerte, al arrojarse al Etna para desaparecer como si fuera un dios, se basa en esa extraña personalidad, que fascinó a Hölderlin y a Nietzsche, entre otros. Compuso dos poemas amplios, de intención y temática diversa, uno *Sobre la naturaleza de las cosas* (que tuvo una gran influencia en la filosofía posterior, hasta en algunos pasajes del exaltado Lucrecio, adscrito

θεῖος ἀνήρ

a un sistema físico muy diferente), y otro titulado *Purificaciones (Katharmoí)*, del que traducimos algunos de los fragmentos más importantes (dando entre paréntesis la numeración de Diels-Kranz).

1 (112 DK)

Oh amigos que la gran ciudadela en el rubio Agrigento
habitáis, de la villa en lo alto, ocupados en nobles tareas,
venerables asilos de extraños, de maldad inexpertos,
os saludo. Que yo entre vosotros, un dios inmortal, no más
[hombre,
camino, ensalzado por todos, como bien me merezco,
coronando mi frente con cintas y verdes guirnaldas.
Cuando con ellas acudo a las muy florecientes ciudades
sus hombres y mujeres me adoran. Y a miles me siguen,
indagando la senda que puede al provecho llevarles,
los unos me piden oráculos, y otros reclaman
mi palabra que sirve de cura a sus varias dolencias,
traspasados por muy largo tiempo de crueles dolores.

2 (115 DK)

Hay una sentencia del Destino, una ley de los dioses,
sempiterna, sellada con grandes juramentos, que dice:
Cuando alguien con culpas en crimen de sangre las manos
se manche, y por odio pronuncie un traidor juramento,
de entre los seres divinos que muy larga vida lograron,
de los Felices se aleje errando en treinta mil estaciones,
naciendo en el curso del tiempo en cualquier forma mortal,
de las que entrecruzan las rutas del fiero existir.
Pues, de un lado, la fuerza del aire hacia el mar los empuja,
el mar los escupe hacia el suelo terrestre, y la tierra
a los rayos del sol fulgurante, y el sol los sumerge en el aire.
El uno del otro los toma, mas todos los odian.
Es que ahora uno de ellos soy yo, exiliado de los dioses
y vagabundo, confiado al furioso dominio del Odio.

3 (117 DK)

Pues yo he sido ya, antaño, muchacho y muchacha,
y un arbusto y un pájaro y un pez escamoso en el mar.

4 (132 DK)

Feliz aquel que la riqueza del divino saber adquirió,
y desdichado quien tiene una oscura opinión de los dioses.

TEOGNIS DE MÉGARA

Hemos conservado dos libros de elegías, atribuidos a Teognis de Mégara. En conjunto tenemos unos mil cuatrocientos versos, distribuidos en poemas de muy varia extensión, desde los formados por un simple dístico hasta poemas de unos veinte versos. Pero los problemas de autenticidad suscitados por esta colección de elegías son numerosos, porque se trata de un conglomerado de poesías, de los siglos VI a V a. C., formado por sucesivas adiciones sobre un núcleo de poemas original de este Teognis, al que conocemos sólo por lo que de sí mismo cuenta en sus versos. Su relación amorosa y pedagógica con Cirno, su desconcierto ante la decadencia de la aristocracia tradicional y la ascensión social de los plebeyos enriquecidos, su odio por ese estado nuevo, por la falsía de los más, su queja de la penuria, y su asombro ante la incomprensible abstención de los dioses en procurar una justicia mejor, etc., son rasgos que dibujan la personalidad de nuestro poeta. Sus consejos éticos manifiestan una cierta ambigüedad, producto de su origen social en la ideología de una clase noble amenazada por el progreso histórico. En los versos de Teognis los «buenos», *agathoí,* son siempre los nobles, y los «malos», *kakoí,* los plebeyos. Pero junto a la exhortación al cultivo de las virtudes de siempre, no deja Teognis de aconsejar la reserva y la doblez hacia esos villanos ascendentes, porque esos medios pueden conducir al éxito, y éste es necesario para la supervivencia de los aristócratas empobrecidos y asediados, como el mismo Teognis. Por lo demás, en estos versos se resume buena parte de la poesía tradicional, simposíaca, una poesía sincera, sencilla, áspera y fácil.

(1 - 38) Proemio

Oh soberano, nacido de Leto, hijo de Zeus, de ti nunca
me olvidaré al iniciar ni al concluir estos cantos;
sino que siempre, al comienzo, al final y en el medio,
te cantaré. Pero tú a mí escúchame y dame venturas.

Febo rey, cuando a ti te dio a luz la divina Leto
—que se abrazaba a una palmera con sus gráciles manos,
al borde del lago redondo—, a ti, el más bello Inmortal,
toda la isla sagrada de Delos colmóse
de un perfume divino, sonrió la tierra infinita,
y se alegró el profundo caudal de la mar espumosa.

Oh Artemis, hija de Zeus, Cazadora, a quien un altar
dedicó Agamenón, cuando a Troya partía con raudos navíos,
escucha mis súplicas, y aparta las Keres oscuras.
Para ti eso es poco, oh diosa, y mucho para mí.

Musas y Gracias, hijas de Zeus, que antaño a la boda
de Cadmo acudisteis y cantasteis la hermosa canción:
«Cuanto es bello nos es grato, e ingrato lo no bello.»
Este verso nos vino de vuestras bocas inmortales.

Cirno, a estos poemas que a ti yo te enseñé imponerles quiero
mi sello, y nunca así pasará inadvertido su robo,
ni nadie los estropeará, alterando lo bueno.
De modo que cualquiera dirá: «Son de Teognis de Mégara
esos versos: Un hombre famoso entre todas las gentes.»
A mis conciudadanos no puedo agradarles a todos.
No es nada extraño, Polipaides, pues ni el mismo Zeus
agrada a todos cuando llueve o detiene la lluvia.

Por mi afecto hacia ti voy, Cirno, a enseñarte
lo que yo mismo, de niño, aprendí de los hombres de bien.
Sé sensato y no intentes con actos innobles ni injustos
conseguir distinciones ni méritos ni siquiera riqueza.
Sabe que es así. Y no tengas tratos con gente mezquina,
sino que quédate siempre del lado de los hombres de bien.
Y bebe y come junto a ellos, y siéntate junto a ellos,
y procura agradarles a ellos, que tienen enorme influencia.
De los buenos aprenderás cosas buenas, y si a los malos
te mezclas, incluso el saber que tienes echarás a perder.
Aprendiendo esto, júntate a gente de bien, y dirás luego
que a los amigos yo sé darles mis buenos consejos.

(53 - 68)

Ah, Cirno, ésta es aún nuestra ciudad, pero es otra su gente.
Los que antes no sabían de leyes ni derechos,
los que cubrían sus flancos con pieles de cabras,
y fuera de esta ciudad, como gamos, pastaban,
ahora son gente de bien, Polipaides; y los nobles de antes
ahora son pobres gentes. ¿Quién puede soportar el ver eso?

Unos a otros se engañan burlándose entre sí,
y desconocen las normas de lo bueno y lo malo.
No te hagas amigo de ninguna de estas personas, Polipaides,
de corazón, por grande que sea tu apuro.
Pero de palabra aparenta ser amigo de todos,
y no colabores con nadie en cosas de importancia.
Porque te darás cuenta del talante de esos miserables,
cómo no puede haber confianza ninguna en sus hechos,
sino que aman las trampas, engaños y enredos,
tal como los hombres que no tienen remedio ninguno.

(133 - 142)

Nadie, oh Cirno, es culpable de su ruina o provecho,
sino los dioses que otorgan lo uno y lo otro.
Ninguna persona se afana sabiendo en su mente
si su acción será al fin provechosa o dañina.
A menudo quien creía obrar mal hizo un bien,
y pensando hacer bien ha hecho uno un mal.
A ningún hombre le sale bien cuanto quiere;
porque los límites de su impotencia lo frenan.
Los hombres en vano planeamos, pues nada sabemos.
Los dioses lo cumplen todo a su antojo.

(213 - 232)

Ah, corazón, modifica según cada amigo tu artero talante,
acomodando tu modo de ser al que tenga cada uno.
Toma el carácter del pulpo que, muy flexible,
se muestra igual a la piedra a que se ha pegado.
Ahora asimílate a ésta, y luego varía el color.
La astucia es mejor, en verdad, que ser intransigente.

No te angusties en exceso porque anden las gentes del pueblo
revueltas, Cirno. Tú toma el camino del medio, como yo.

Quien piensa que el prójimo todo lo ignora,
y que él es el único que tiene variados ardides,
ése es un imbécil, tarado de mente, un necio.
Pues todos tal vez conocemos los trucos igual,

pero uno no quiere emprender deshonrosos negocios,
y a otro le atraen mucho más los manejos desleales.

De la riqueza no hay prefijado a los hombres un límite.
Pues quienes ahora tienen más medios de vida,
ansían el doble. ¿Y quién puede saciarlos a todos?
El dinero resulta a los hombres motivo de locura.
Y de ésta proviene la ruina, que a veces envía
Zeus a los torpes, y ahora uno, ahora otro la acoge.

(237 - 254)

Alas a ti yo te he dado; con ellas el mar infinito
y toda la tierra en un vuelo podrás recorrer
sin fatigas. En todo banquete y festejo presente
te hallarás, albergado en las bocas de muchos.
Y al son de las flautas de tonos agudos los jóvenes
en rondas de amor, con bellas y suaves tonadas
te citarán. Y cuando a las cavernas de la oscura tierra
desciendas, a las lamentables mansiones del Hades,
ni siquiera entonces, muriendo, te ha de faltar tu gloria,
sino que conservarás entre la gente tu nombre inmortal,
Cirno; y vas a viajar por la tierra de Grecia y las islas,
y a cruzar la incansable alta mar habitada por peces,
sin montarte a lomos de caballos, pues van a llevarte
los espléndidos dones de las Musas de trenzas violeta.
Y para todos aquellos, incluso del mañana, que aprecien el [canto,
tú vivirás por igual, en tanto existan la tierra y el sol.
Y, sin embargo, de ti yo no recibo ni un poco de aprecio,
sino que, como a un niño pequeño, me engañas con cuentos.

(305 - 314)

Los malos no todos nacieron malignos del vientre materno,
mas trabando amistad con algunos malvados sus actos
ruines aprendieron y sus expresiones perversas y excesos,
creyendo que aquéllos decían en todo verdades.
Entre los comensales un hombre prudente hay que ser,
y que parezca que todo lo ignora cual si estuviera ausente,
y allí va a contar él sus chistes. Mas quédese serio al salir,

cuando ya conoce el carácter que tiene cada uno.
Entre los locos muy loco me hago, y entre los justos
soy el más justo de todos los seres humanos.

(341 - 354)

Cúmpleme, Zeus del Olimpo, mi ruego esencial y permite
que a cambio de tantas desdichas disfrute yo algún bien.
Morirme quisiera si no puedo una pausa a mis penas
hallar, y devolver no consigo daños por daños.
Tal es, pues, mi sino. Pero no se nos muestra el castigo
de esos tipos que mis bienes detentan por fuerza,
saqueándolos. Y yo atravesé como un perro el torrente,
y el río turbulento me ha despojado de todo.
¡Ojalá pudiera beberme la sangre de aquéllos, y velara por esto
un dios favorable, que cumpla a mi gusto tal cosa!
Ah mezquina pobreza, ¿por qué estás conmigo y no vas
a visitar a otro? No me ames contra mi voluntad.
Conque vete y frecuenta otra casa y no participes
siempre a mi lado de tan angustioso vivir.

(363 - 370)

Adula bien a tu enemigo. Y cuando esté a tu alcance,
dale su castigo, sin darte para eso pretexto ninguno.

Mantente en tu juicio, mas deja dulzura en tu lengua;
el corazón de los ruines descubre muy pronto su vileza.

No puedo descubrir el carácter que tienen las gentes del pueblo;
no consigo agradarles haciendo el bien ni el mal.
Muchos me hacen reproches, de igual modo malos y buenos.
Pero ningún ignorante de ésos sale capaz de imitarme.

(373 - 392)

Querido Zeus, asombrado me tienes. Pues tú a todos
gobiernas con gloria y enorme poder personal.
Bien conoces la mente y el ánimo de uno y otro hombre,
tuyo es el dominio supremo de todas las cosas, oh rey.
¿Cómo, entonces, oh Crónida, decide tu mente otorgar
un mismo destino a los hombres malvados y al justo,

tanto si el ánimo humano se goza en lo recto, o bien
al exceso se da, cumpliendo los hombres injustas acciones?
Nada ha dejado el destino prescrito a los hombres,
ni siquiera un camino a seguir que agradara a los dioses.
No obstante, unos tienen fortuna sin mengua, y otros,
que de acciones malignas apartan su mente, reciben a cambio
pobreza, que es madre de ahogo —por más que practican lo
[justo—,
y ésta arrastra el ánimo humano al error, y corrompe
en el pecho el pensar bajo el yugo de su ruda violencia,
y a soportar le acostumbra, a su pesar, numerosos ultrajes,
cediendo a la miseria, que es maestra en muchas desdichas,
en mentiras y fraudes y muy lastimosas discordias,
incluso para aquel que se niega. Ya nada encuentra mal.
Porque engendra pobreza esa amarga y dura impotencia.

(425 - 439)

De todas las cosas la mejor es no haber nacido
ni ver como humano los rayos fugaces del sol,
y una vez nacido cruzar cuanto antes las puertas del Hades,
y yacer bajo una espesa capa de tierra tumbado.

Engendrar y criar a un hombre es más fácil que darle
un ánimo noble. Pues nadie aún ha ingeniado tal cosa:
hacer un sensato de un necio y un noble de un malandrín.
Si un dios a los Asclepíadas lo hubiera otorgado,
el curar la maldad y el tortuoso carácter humano,
de eso habrían sacado ganancias cuantiosas y múltiples.
Si la inteligencia de un hombre forjarse e implantarse
pudiera, jamás de un buen padre un mal hijo saldría,
al atender a razones virtuosas. Mas por aprendizaje
nunca harás de un villano un hombre de bien.

(523 - 524)

No en vano, oh Pluto, te honran los hombres tantísimo.
Con cuánta holgura encubres, ah dios, la maldad.

(700 - 718)

Para la masa de gente tan sólo un modo hay de excelencia:
ser rico. No ve en lo demás provecho ninguno,

ni en que tuvieras la cordura del propio Radamante,
ni más trucos supieras que el Eólida Sísifo,
quien hasta del Hades volvió con sus muchos ardides,
tras haber convencido a Perséfona con seductoras palabras,
a ella que da a los mortales olvido dañando su mente.
Ningún otro aún eso habría tramado entre aquellos
a quienes la negra nube cubrió de la muerte,
y penetraron en la sombría región de los muertos,
tras cruzar por las puertas oscuras, que impiden
a las almas de los muertos regresar aunque quieran.
Pero incluso de allí regresó el héroe Sísifo luego
hasta la luz de nuestro sol con sus muchos saberes.
Ni siquiera en forjar embustes muy bien verosímiles,
con lengua tan diestra como aquella de Néstor divino,
y en ser más ligero de pies que las raudas Arpías,
y los hijos de Bóreas, que corren cual rayos.
Así que todos debieran hacerse a esta idea:
que la riqueza en todo consigue un poder decisivo.

(731 - 752)

Padre Zeus, ojalá que a los dioses grato les fuera
que los malos gozaran del exceso y en él complacieran
su ánimo, y cometiera sus crímenes quien corazón
impío tuviera, sin cuita de cuanto saben los dioses,
pero que pagara él mismo sus daños, y luego
no fueran las locuras del padre la ruina de sus hijos;
y los hijos de un padre injusto que atienden y cumplen
lo justo, oh Crónida, y, temerosos de tu ira,
desde el principio respetan las leyes civiles,
no vengan a sufrir por algún desafuero paterno.
¡Ojalá esto fuera a los dioses grato! Que ahora, en cambio,
escapa el culpable, y es otro después quien paga la pena.
¿Y bien, monarca de los inmortales, cómo es esto justo:
que un hombre que vive apartado de acciones inicuas,
que delito ninguno acomete ni da juramento perverso,
y que persiste en ser justo, no obtenga justicia?
¿Qué otro mortal, observando su ejemplo, va luego
a respetar a los dioses, y qué ánimo puede albergar,
cuando un tipo injusto e impío, que no se preocupa

le evitar el rencor de ninguno, sea hombre o inmortal,
·jerce el abuso, saciado de bienes, al tiempo
¡ue los justos perecen ahogados por dura miseria?

865 - 872)

A muchos tipos inútiles dios les da la riqueza,
ın bien, que mejores no hace ni a ellos ni a los suyos.
En cambio, la fama de nobleza jamás morirá.
Porque un buen guerrero mantiene a su país y a su pueblo.
Que sobre mí se desplome el enorme gran cielo de bronce
lesde lo alto —horror de los hombres nacidos del suelo—,
si no sirvo de ayuda yo a quienes son mis amigos,
y no he de ser un pesar y gran ruina de mis enemigos.

877 - 878)

Goza de tu juventud, corazón mío. Pronto serán otros
os hombres y, ya muerto, yo seré negra tierra.

879 - 884)

Bebe este vino que a mí en los valles del Taigeto
ne producen las viñas que el viejo Teotimo, tan grato
a los dioses, plantó en las faldas del monte,
:rayendo agua fresca del Platanistunte al viñedo.
Bebiéndolo ahuyentarás tus amargas tristezas,
y, armado de coraza de vino, estarás más ligero.

973 - 988)

Ningún hombre en cuanto lo deja cubierto la tierra,
y desciende hasta el Erebo, a las mansiones de Perséfone,
se deleita escuchando los sones de lira o de flauta,
ni acogiendo los dones amables de Dioniso.
Advirtiendo el hecho, alegraré mi corazón mientras tenga
ágiles mis rodillas y la cabeza mantenga bien firme.

Ojalá tenga amigo no sólo de lengua, sino en hechos;
que venga en mi ayuda a la vez con su brazo y dinero;
y no halague entre copas mi espíritu con sólo palabras;
sino que lo demuestre, si puede, haciéndome el bien.

... A las fiestas tengamos dispuesto nosotros el ánimo,
mientras aún pueden los goces amables sentir el placer,
pues pasa rauda como una visión la vivaz juventud;
ni siquiera es más rápido el ímpetu de esos corceles
que al galope conducen a un héroe a un duro trabajo
de lanzas, cruzando gozosos la fértil llanura.

(1063 - 1070)

Siendo joven se puede dormir junto a alguien coetáneo
la noche entera, colmando el deseo de amorosos abrazos;
se puede en el banquete cantar al compás del flautista.
Ninguna cosa es más placentera que esto para hombres
y mujeres. ¿Y qué me importan a mí el honor y el dinero?
El placer que acompaña un ánimo alegre a todo supera.

Insensatos y necios los hombres que lloran a los muertos
y no a la flor de la juventud que se va marchitando.

(1135 - 1150)

La Esperanza es la única diosa que habita entre humanos,
las demás se marcharon, dejándola atrás, al Olimpo.
Se fue la Confianza, gran diosa, se fue de los hombres
la Cordura, y las Gracias, amigo, dejaron la Tierra.
Ya no hay juramentos de fiar entre humanos ni justos,
ni nadie demuestra respeto a los dioses eternos;
se ha extinguido el linaje de hombres piadosos; ahora
ni normas legales conocen ni aún la Piedad.
Mas en tanto uno vive y ve el brillo del sol,
conserve piadoso su fe en la divina Esperanza,
rece a los dioses y, al ofrendarles los grasientos muslos,
en sus sacrificios invoque, al comienzo y al fin, la Esperanza.
Guárdese siempre del torvo discurso de hombres injustos,
que, sin recelo ninguno del ser de los dioses eternos,
de continuo a los bienes ajenos su vista dirigen,
y establecen infames apaños con ruines propósitos.

(1171 - 1176)

La inteligencia es, Cirno, el regalo mejor de los dioses.
El hombre con inteligencia domina los límites de todo.

Feliz quien la tiene en el ánimo. ¡Cuán superior es
a la desmesura dañina y al pérfido hartazgo!
—Que no tienen ahora los hombres peor mal que el hartazgo—.
Pues a partir de eso se engendra, oh Cirno, cualquier mal.

(1191 - 1194)

No anhelo quedar recostado en un túmulo regio
una vez haya muerto; quisiera gozar cualquier bien mientras
[vivo.
Tapices y zarzas ofrecen igual cobertor a un cadáver.
La madera le resulta a la vez algo duro y mullido.

AFO, ALCEO, ANACREONTE

La lírica monódica de época arcaica está representada por Safo, Alceo Anacreonte, tres poetas ampliamente famosos, y muy fragmentariamente onservados. Dos de ellos, Safo y Alceo, casi coetáneos, vivieron en el nismo ambiente, en la isla de Lesbos, lugar de una refinada cultura donle a lo griego se une una cierta elegancia oriental y unos prestigios exóicos. Contrasta el carácter ardiente y belicoso de Alceo, complicado en as intrigas políticas y desterrado luego, con el de Safo, melancólica y de na exquisita sensibilidad femenina. El llamado amor sáfico, amor donde a pasión y el sentimiento femenino se conjuga con un cierto aspecto itual, dentro de unos círculos de mujeres que no podemos precisar bien, pero que son algo específico de ese ambiente peculiar de Mitilene, impregna la poesía de Safo. Poesía extremadamente delicada y femenina, le sutiles matices, de colores brillantes, de mil flores, de quejas nostálgicas, de fiestas lunares. En cambio, el mundo poético de Alceo es un anto bronco: amenazas de tormenta, de traición, de violencia y de muerte e cruzan con imágenes más placenteras y vivaces. También el vino y la iesta entre camaradas son evocados con entusiasmo sincero.

El vino y el amor, el amor fugaz y acaso ya imposible para el viejo oeta, son tópicos de la poesía de Anacreonte, poeta cortesano en Samos y en Atenas, gozador de lo que la vida amable pone al alcance. Más conocido por las obras de sus imitadores, por esas tardías «anacreónticas», que por sus breves fragmentos auténticos, Anacreonte es muy superior a todos sus secuaces por la claridad de sus versos, por la sinceridad de sus expresiones y el brillo de sus imágenes, diluidas luego en tópicos un tanto amanerados y facilones.

SAFO DE MITILENE
(Fl. 600 a. C.)

1 (1 D)

Inmortal Afrodita, la de trono pintado,
hija de Zeus, tejedora de engaños, te lo ruego:
no a mí, no me sometas a penas ni angustias
el ánimo, diosa.
Pero acude acá, si alguna vez en otro tiempo,
al escuchar de lejos de mi voz la llamada,
la has atendido y, dejando la áurea morada
paterna, viniste,
tras aprestar tu carro. Te conducían lindos
tus veloces gorriones sobre la tierra oscura.
Batiendo en raudo ritmo sus alas desde el cielo
cruzaron el éter,
y al instante llegaron. Y tú, oh feliz diosa,
mostrando tu sonrisa en el rostro inmortal,
me preguntabas qué de nuevo sufría y a qué
de nuevo te invocaba,
y qué con tanto empeño conseguir deseaba
en mi alocado corazón. «¿A quién, esta vez
voy a atraer, oh querida, a tu amor? ¿Quién ahora,
ay Safo, te agravia?
Pues si ahora te huye, pronto va a perseguirte;
si regalos no aceptaba, ahora va a darlos,
y si no te quería, en seguida va a amarte,
aunque ella resista.»
Acúdeme también ahora, y líbrame ya
de mis terribles congojas, cúmpleme que logre
cuanto mi ánimo ansía, y sé en esta guerra
tú misma mi aliada.

2 (2 D)

Me parece que es igual a los dioses
el hombre aquel que frente a ti se sienta,
y a tu lado absorto escucha mientras
dulcemente hablas
y encantadora sonríes. Lo que a mí

corazón en el pecho me arrebata;
penas te miro y entonces no puedo
ecir ya palabra.
l punto se me espesa la lengua
de pronto un sutil fuego me corre
ajo la piel, por mis ojos nada veo,
s oídos me zumban,
e invade un frío sudor y toda entera
e estremezco, más que la hierba pálida
toy, y apenas distante de la muerte
e siento, infeliz.

(4 D)

as estrellas en torno a la bella luna
mbién oscurecen su rutilante aura
tiempo que ella con plenitud alumbra
bre toda la tierra... plateada.

(5 - 6 D)

quí ven, a este templo sacrosanto de Creta,
nde hay un gracioso bosquecillo sagrado
e manzanos, y en él altares perfumados
n olor de incienso.
quí el agua fresca murmura por las ramas
e manzano, y todo el recinto está sombreado
r rosales, y en su follaje que la brisa orea
destila sopor.
quí el prado donde pacen los caballos ya está
rido con flores de primavera, y soplan
avemente las brisas...
cude, pues, tú, Cipria, coronada de guirnaldas,
ara verter grácilmente en nuestras copas de oro
néctar que ya está aderezado y escáncialo
n nuestros festejos.

(25 D)

ipria y Nereidas, concededme que vuelva
asta aquí sin sufrir daño mi hermano

y cuanto en su ánimo desea que suceda
todo se cumpla.
Y que todos sus errores de antes corrija
y un gran gozo resulte a sus amigos,
y un buen azote de sus enemigos,
y ninguno nuestro.
Que a su hermana quiera hacer partícipe
de su prestigio, y de sus crueles penas
la libere, de los pesares de antaño...
...
Y a ti, Cipria, que te encuentre amarguísima
Dórica, y no pueda ufanarse luego
diciendo que por segunda vez con nostalgia
regresó a su amor.

6 (27 D)

Dicen unos que un ecuestre tropel, la infantería
otros, y ésos, que una flota de barcos resulta
lo más bello en la oscura tierra, pero yo digo
que es lo que uno ama.
Y es muy fácil hacerlo comprensible a cualquiera.
Pues aquella que mucho en belleza aventajaba
a todos los humanos, Helena, a su esposo,
un príncipe ilustre,
lo abandonó y marchóse navegando hacia Troya,
sin acordarse ni de su hija ni de sus padres
en absoluto, sino que la sedujo Cipris.
...
... También a mí ahora a mi Anactoria ausente
me has recordado.
Cómo preferiría yo el amable paso de ella
y el claro resplandor de su rostro ver ahora
a los carros de guerra de los lidios en armas
marchando al combate.

7 (40, 41 D)

Me enamoré de ti, Attis, hace tiempo. Entonces...
me parecías una muchacha pequeña y sin gracia...

(48 D)

iniste, hiciste bien, te anhelaba a mi lado,
ti, que enfriaste mi corazón ardiente de deseo.

(50 D)

mor ha sacudido mis sentidos,
omo el viento que arremete en el monte a las encinas.

0 (51 D)

como una niña hacia su madre he ido volando.

1 (58 D)

l morir quedarás yerta y de ti nunca memoria
abrá ni nostalgia en el futuro. Porque no participas
e las rosas de Pieria. Mas, ignorada aun en el Hades,
agarás revoloteando por entre oscuros difuntos.

2 (56 D)

Oh Gracias de brazos rosáceos, santas hijas de Zeus, acudid!

3 (80 D)

tú adórnate, Dica, con coronas, con lindos ramilletes,
renzando los tallos del anís agreste con tus suaves manos.
ues sólo a quien va engalanada con flores las Gracias
elices se dignan mirar, y rechazan a los no coronados.

4 (92 D)

a riqueza sin virtud no es vecino inofensivo.

5 (93 D)

as cretenses entonces de este modo armonioso
on pies gráciles danzaban en torno al bello altar
ollando las tiernas y suaves flores del prado.

6 (94 D)

Ya se ocultó la luna
las Pléyades. Promedia
a noche. Pasa la hora.
Y yo duermo sola.

17 (96 D)

De veras, estar muerta querría.
Ella me dejaba y entre muchos sollozos
así me decía:
«¡Ay, qué penas terribles pasamos,
ay Safo, qué a mi pesar te abandono!»
Y yo le respondía:
«Alegre vete, y acuérdate
de mí. Ya sabes cómo te quería.
Y si no, quiero yo recordarte...
cuántas cosas hermosas juntas gozamos.
Porque muchas coronas
de violetas y rosas y flores de azafrán
estando conmigo pusiste en tu cabeza,
y muchas guirnaldas entretejidas,
hechas de flores variadas,
alrededor de tu cuello suave.
Y ungías toda tu piel...
con un aceite perfumado de mirra
y digno de un rey
y sobre un mullido cobertor
junto a la suave...
suscitaste el deseo...
Y no había baile ninguno
ni ceremonia sagrada
donde no estuviéramos nosotras,
ni bosquecillo sacro...
... el repicar...
... los cantos...

18 (97 D)

Un cierto anhelo de morir me domina
y de ver las riberas del Aqueronte
florecidas de loto...

19 (98 D)

... Desde Sardes
muchas veces tendrá su pensamiento aquí
(recordando) cómo convivíamos.

i ti te veía Arignota semejante a una diosa,
con tu cantar del todo se alegraba.
ero ahora destaca entre las mujeres
e Lidia, como, al ponerse el sol,
luna de rosados dedos
distingue sobre todas las estrellas,
esparce su resplandor sobre el mar salado
a la vez sobre los campos cubiertos de flores.
e ha derramado el bello rocío y están
orecidas las rosas y el tierno perifollo
el meliloto con sus mil florecillas.
, mientras, ella vaga acá y allá recordando
su querida Attis con nostalgia
n su frágil corazón y su ánimo es devorado por la pena.
¡Venid aquí!», nos grita...,
ero el vasto mar que nos separa
o deja llegar hasta nosotros su llamada.

(103 D)

amos, divina lira, hazte parlera para mí.

(107 D)

a muerto, Citerea, el tierno Adonis. ¿Qué haremos?
-Golpeaos el pecho, muchachas, y rasgad vuestras túnicas.

(108 D)

ero no soy de los que recrudecen su rencor,
no que guardo un corazón silencioso.

(109 D)

o es lícito que haya canto de duelo en la casa
e quienes sirven a las Musas... No nos atañe eso.

(114 D)

ulce madre mía, no puedo ya tejer mi tela,
onsumida de amor por un joven, vencida por la suave Afrodita.

25 (116 D)

Cual la manzana que se cubre de rojo en la alta rama,
en la rama más alta, y los recolectores la olvidan...
¡Pero no, no la olvidan, es que a ella no pueden llegar!

26 (117 D)

Como el jacinto que en el monte los pastores
con sus pies aplastan y en tierra sus flores purpúreas...

27 (120 D)

Estrella de la tarde, tú traes todo
lo que dispersó la esplendorosa Aurora,
traes la oveja, traes la cabra,
traes junto a su madre al zagal.

28 (121 D)

Heraldo de la primavera, ruiseñor de voz seductora.

29 (123 D)

Arriba, alto el techo,
¡oh himeneo!,
levantad, carpinteros.
¡Oh himeneo!
Que viene el novio igual a Ares,
mucho más grande que un gigante.

30 (127 D)

¿A qué, querido novio, voy a compararte?
A un flexible tallo muy bien te comparo.

31 (128 D)

Novio feliz, ya tienes la boda, que al cielo pedías.
Se cumplió, ya tienes la doncella, que al cielo pedías.
—Gracioso es tu rostro, y tus ojos de miel, novia,
y en tu cara seductora se ha derramado la gracia de amor.
—Y a ti, joven, te ha honrado más que a nadie Afrodita.
—Sé feliz, joven novia, sé feliz, digno novio, mil veces.

2 (131 D)

(La joven desposada)
—Doncellez, doncellez, ¿adónde te vas y me dejas?
(La doncellez)
—Ya no volveré a ti, querida, ya nunca más volveré.

3 (137 D)

ros de nuevo, embriagador me arrastra,
ulciamarga, irresistible bestezuela.

4 (149 D)

1.—Quiero decirte algo, pero me lo impide
la vergüenza...
2.—Si tuvieras pasión por cosas nobles y bellas
y no revolviera tu lengua expresar algo malo,
la vergüenza no retendría ahora tus miradas,
sino que hablarías de lo que crees justo.

5 (152 D)

Tengo una preciosa niña, que a las flores de oro
puede parangonar su belleza, mi muy amada Cleis.
No la daría yo ni por toda la Lidia ni por la deseable...

6 (55 D) Bodas de Héctor y Andrómaca

... De Chipre...
llegó presuroso corriendo el heraldo y dijo
estas nuevas, Ideo el veloz mensajero...
...
«... gloria inmortal de esta tierra y del resto del Asia.
Héctor y sus compañeros a la grácil Andrómaca,
una joven de ojos oscuros, de Tebas la santa
y de Placia de aguas perennes conducen en naves
sobre el ponto salado. Y muchos brazaletes de oro
y vestidos de púrpura muy finos y joyas variadas
y copas de plata y marfil innumerables ya llegan.»
Así habló. En seguida se alzó el padre de Héctor.
La noticia llegó en la ciudad de anchas calles a todos
sus parientes y al punto las gentes de Ilión aprestaron

las mulas al pie de los carros ligeros. Montóse
el tropel de mujeres y muchachas de suaves tobillos.
Aparte también las hijas de Príamo...
Los jóvenes ante los carros uncieron caballos,
los mozos solteros...
...
... avanza hacia Troya.
Y la flauta de dulce tonada mezclaba a la cítara
y al repicar de los crótalos sus sones. Las jóvenes
cantaban su pura canción, y alcanzaba al éter
su eco infinito, y risas...
Había a lo largo de todo el camino...
Y jarros y copas...,
mirra, canela e incienso mezclaban su aroma.
Todas las mujeres mayores gritaban «¡Eleleu!»
Y todos los hombres con grandes gritos de gozo
invocaban a Peán, al Arquero, al dios de la lira,
y entonaban un himno a Andrómaca y a Héctor divinos.

ALCEO DE MITILENE
(Fl. alrededor de 600 a. C.)

1 (119 D)

De nuevo esta ola, como la de antes, avanza
contra nosotros, y nos dará mucho trabajo
resistirla cuando aborde nuestra nave.
...
... Aprestemos la defensa lo antes posible
y corramos al amparo de un puerto seguro.
Que a ninguno de nosotros la duda cobarde
le acose. Claro está que es enorme el empeño.
Recordad las fatigas que antaño soportamos.
Y que ahora todo hombre demuestre su valía.
Conque no avergoncemos por falta de coraje
a nuestros nobles padres que yacen bajo tierra.

2 (78 D) Los Dioscuros

Dejando la isla de Pélope, acudid,
poderosos hijos de Zeus y de Leda.

con benévolo ánimo apareceos,
ástor y Póllux,
ue la vasta tierra y la mar entera
ecorréis en vuestros veloces corceles,
sin esfuerzo salváis a los humanos
e la cruel muerte,
uando saltáis sobre lo alto del navío
surgís entre las jarcias fulgurantes
rayendo una luz en la noche terrible
l negro bajel.
..

(73 D)

Bebe y emborráchate, Melanipo, conmigo. ¿Qué piensas?
Que vas a vadear de nuevo el vorticoso Aqueronte,
na vez ya cruzado, y de nuevo del sol la luz clara
as a ver? Vamos, no te empeñes en tamañas porfías.
En efecto, también Sísifo, rey de los eolios, que a todos
superaba en ingenio, se jactó de escapar a la muerte.
Y, desde luego, el muy artero, burlando su sino mortal,
los veces cruzó el vorticoso Aqueronte. Terrible
y abrumador castigo le impuso el Crónida más tarde
bajo la negra tierra. Conque, vamos, no te ilusiones.
Mientras jóvenes seamos, más que nunca, ahora importa
gozar de todo aquello que un dios pueda ofrecernos.

(74 D) Helena y Tefis

Es fama, Helena, que la amarga ruina
a Príamo y a sus hijos les sobrevino
por tu culpa y Zeus arrasó con fuego
la santa Troya.
Cuán distinta era aquella doncella gentil
que el Eácida tomó del hogar de Nereo,
invitando a su boda a todos los dioses,
al conducirla
a casa de Quirón. La joven esposa
soltó su cinto virginal. Y unió el amor
a Peleo y la mejor de las Nereidas.
Y ella, al año

le dio a luz un hijo, héroe supremo,
feliz conductor de sus bayos corceles;
mientras que por culpa de Helena murieron
Troya y los frigios.

5 (77 D)

Hebro, hermosísimo río, que ante Eno
vas a desembocar en el mar purpúreo
tras cruzar, rugiendo, la tierra de Tracia
rica en caballos.
Y a ti acuden numerosas muchachas,
y con manos suaves a sus muslos llevan
como si fuera ungüento, hechizándose,
tu agua divina...

6 (42 D)

Los lidios, padre Zeus, que se han conmovido
por nuestras desgracias, dos mil estateras
nos dieron por si podíamos la sagrada
ciudad asaltar,
sin recibir ninguna promesa nuestra
y sin conocernos. Pero él, como un zorro
de artera mente, entre hábiles arengas
tramaba engaños...

7 (43 D)

Suena alegre la lira que participa
del festín. Entre sus torpes compadres
él anda de parranda...
... Que él, emparentado con los Atridas,
devore la ciudad, como con Mírsilo,
hasta que quiera Ares alzarnos en armas.
¡Si pudiéramos olvidar nuestra rabia!
Dejemos la angustia que el corazón nos roe
y la guerra civil, que algún olímpico
envió, que conduce al pueblo al desastre,
y da a Pítaco su maldito renombre.

3 (129 L - P)

Este recinto en común consagraron,
grande y bien visible, los lesbios, y dentro
elevaron altares a los dioses eternos
e invocaron a Zeus el Protector,
y a ti, ilustre diosa, la Eolia,
generadora de todo, y en tercer puesto
a éste, Piel de Corzo, a Dioniso,
devorador de carne cruda. Vamos,
con ánimo benévolo escuchad
nuestra súplica y salvadnos
de estos rigores y el amargo exilio.
Y que caiga sobre el hijo de Hirras
la Erinis vengadora de quienes antaño
juramos, con rito sagrado, no entregar
nunca a ninguno de los compañeros,
sino quedar muertos revestidos de tierra,
a manos de los hombres que entonces
mandaban, o matarlos y al pueblo
librarlo luego de sus penalidades.
Mas entre ellos el Panzudo no habló
de corazón, sino que sin reparos
los juramentos pisotea y devora
nuestra ciudad...

9 (130 L - P)

... yo, desdichado,
vivo a la manera de un campesino,
anhelando escuchar, Agesilaidas,
los gritos que pregonan la asamblea
y el consejo. Eso que mi padre y el padre
de mi padre tuvieron hasta viejos
entre esos ciudadanos siempre en rencilla.
Pero estoy alejado de ellos yo,
exiliado en la lejanía, y aquí,
como Onomacles, en país de lobos
habito resignado a la guerra.
No es mejor soportar la revuelta...
Aquí el recinto de los dioses felices

frecuento cruzando esta oscura tierra,
con otras compañeras de camino...
y, con mis pies lejos de males, vivo
donde las lesbias de rozagante peplo
vienen a competir en belleza. Aquí
en torno retumba el griterío inmenso
de mujeres en sus anuales fiestas sacras.
... ¿Cuándo de mis muchos pesares
me van a liberar los Olímpicos?

10 (283 L - P)

Y perturbó en su pecho el ánimo
de la argiva Helena, y, enloquecida
por el troyano traidor a su huésped,
marchó en su nave,
abandonando a su hija en palacio
y el suntuoso lecho de su esposo,
pues persuadió su corazón al amor
la hija de Zeus
y de Diona...
... a muchos de sus hermanos la negra tierra
los cubre, muertos en el llano de Troya
por culpa de ella.
Y muchos carros entre nubes de polvo
cayeron, y muchos mozos de ojos vivos
pisoteados quedaban, y a la matanza
venía Aquiles...

11 (304 L - P) Artemis

... A Febo de rubios cabellos al que la hija de Coos dio a luz
tras de unirse al Crónida ilustre que mora en las nubes.
Y Artemis hizo el gran juramento que hacen los dioses:
«Juro por tu cabeza que seré siempre virgen indómita,
y viviré cazando sobre las cumbres de los montes agrestes.
Así que, vamos, consiente en esto y dame esta gracia.»
Así dijo. Y al punto asintió el Padre de los dioses felices.
A la doncella «Montaraz cazadora de ciervos» la llaman
los dioses y los hombres con digno sobrenombre.
Y Eros que el desmayo produce, a ella no se acerca...

12 (2 D) Hermes

Salve, oh tú que reinas en Cilene,
pues mi ánimo quiere en himno celebrarte,
a ti a quien en santas cimas parió Maya,
tras unirse al Crónida en todo soberano.

13 (46 D)

Me desconcierta la revuelta de los vientos.
De aquí llega rodando una ola y por allá
otra, y nosotros en medio arrastrados
nos vemos en nuestra nave negra,
afligidos por la muy enorme tempestad.
El agua de la sentina ya cubre el pie del mástil.
Toda la vela está ya transparente,
y cuelga en grandes jirones su tela,
no logran asidero las anclas, y el timón...
... mis dos piernas se afirman en las jarcias
y sólo esto me mantiene a salvo.
Toda la carga arrastrada fuera de borda va.

14 (8 D) Eros

... el más terrible de los dioses,
al que dio a luz Iris de bellas sandalias,
tras de unirse a Céfiro de áurea cabellera.

15 (39 D)

Ahora hay que emborracharse y beber
hasta el colmo, ¡que ha muerto Mírsilo!

16 (104 D)

El vino, pues, es el espejo del hombre.

17 (91 D)

No hay que abandonar el ánimo a los males.
Pues nada avanzaremos con apenarnos,
oh Bicquis, y no hay mejor remedio
que mandar a por vino y embriagarnos.

18 (97 D)

No plantes ningún árbol antes que la vid.

19 (90 D)

Zeus hace llover, baja del cielo
una enorme tormenta y están helados
los cursos de las aguas...
Desprecia la tormenta, aviva el fuego,
sazona, sin escatimarlo, el vino
dulce como miel, y luego reclina
tus sienes sobre un blando cojín.

20 (96 D)

Bebamos. ¿A qué aguardar las candelas? Hay un dedo de día.
Descuelga y trae las grandes copas pintadas, en seguida.
Porque el vino lo dio a los humanos el hijo de Sémele y Zeus
para olvido de penas. Escancia mezclando uno y dos cazos,
y llena los vasos hasta el borde, y que una copa empuje
a la otra...

21 (94 D)

Báñate las costillas en vino, que ya vuelve la estrella,
y es penosa la época, y todo está sediento y con ardor,
y suena el son de la cigarra en el follaje; con sus alas
derrama su fuerte y continua canción en el verano ardiente...
Florece el cardo. Ahora son mucho más pesadas las mujeres
y débiles los hombres, porque Sirio abrasa su cabeza y seca
sus rodillas.

22 (134 D)

Si vas a decir lo que quieres, también vas a oír
lo que no quieres.

23 (135 D)

¿Qué pájaros son éstos de un país del confín del Océano,
que vienen como gansos de largo cuello y amplias alas?

24 (87 D)

... Al malnacido Pítaco de esta ciudad,
desdichada y cansina, le han hecho tirano,
después que todos lo elogiaron mucho.

25 (50 D)

... Has venido del confín de la tierra,
brayendo recubierta de oro
la empuñadura de marfil de tu espada,
y cumpliste una gran hazaña peleando
con los babilonios, y los libraste de agobios,
al matar a un guerrero tremendo
a quien sólo un palmo faltaba
para medir cinco codos reales.

26 (54 D)

Destella la enorme mansión con el bronce;
y está todo el techo muy bien adornado
con refulgentes cascos, y de ellos
cuelgan los albos penachos de crines
de caballo, que engalanan el arnés
de un guerrero. De ganchos que ocultan
que están enganchadas las grebas brillantes
de bronce, defensas del más duro dardo,
los coseletes de lino reciente
y cóncavos escudos cubren el suelo.
Junto a ellos están las espadas de Cálcide,
y muchos cintos y casacas de guerra.
Ya no es posible olvidarnos de eso,
una vez que a la acción nos hemos lanzado.

27 (101 D)

Pues cuentan que una vez Aristodamo
dijo en Esparta una frase indiscutible:
«El dinero es el hombre; ningún pobre
resulta hombre valioso ni apreciado.»

28 (92 D)

Bien, venga cualquiera a ponernos al cuello
las guirnaldas trenzadas de flores de anís,
y luego derrame la mirra olorosa
en nuestro pecho.

29 (142 D)

Cruel, insufrible daño es la Pobreza, que a un pueblo
grande somete a la par de su hermana, la Impotencia.

30 (66 D)

El vino, caro amigo, es también la verdad.

31 (99 D)

Ruego que alguno invite al precioso Menón,
si quiere que yo tenga mi gozo en el banquete.

32 (65 D)

¡Abre, que vengo de ronda, abre, te lo pido, te lo pido!

33 (63 D)

¡Coronada de violetas, sonrisa de miel, santa Safo!

ANACREONTE DE TEOS

(Fl. alrededor de 530 a. C.)

1 (1 D)

A ti te suplico, cazadora de ciervos,
hija rubia de Zeus, Señora de las fieras
monteses, Artemis soberana.
Tú que ahora sin duda, sobre las aguas
turbulentas del Leteo, velas desde arriba
por la ciudad de intrépidos guerreros,
alegre, ya que no pastoreas
un rebaño de ciudadanos salvajes.

2 (43 D)

Venga ya, tráenos, muchacho,
la copa, que de un trago
la apuro. Echale diez cazos,
de agua, y cinco de vino,
para que sin excesos otra vez
celebre la fiesta de Baco.
...

Vamos, de nuevo, sin tanto
estrépito y griterío ahora
practiquemos el beber con vino,
no al modo escita, sino brindando
al compás de hermosos himnos.

3 (2 D)

Oh Soberano, compañero de juegos
de Eros seductor y de las Ninfas
de párpados azules y de la purpúrea
Afrodita, tú que recorres
las elevadas cumbres de los montes.
A ti te imploro, y tú benévolo
acúdenos a escuchar
nuestro ruego agraciado.
Sé tú de Cleobulo un buen
consejero, y que acepte,
oh Dioniso, mi amor.

4 (5 D)

Echándome de nuevo su pelota de púrpura
Eros de cabellera dorada
me invita a compartir el juego
con la muchacha de sandalias de colores.
Pero ella, que es de la bien trazada Lesbos,
mi cabellera, por ser blanca, desprecia,
y mira, embobada, hacia alguna otra.

5 (3 D)

A Cleobulo yo amo,
por Cleobulo enloquezco,
de Cleobulo ando prendado.

6 (4 D)

Oh niño con mirar de doncella,
te persigo, y tú no me escuchas,
ignorando que de mi alma
tú conduces las riendas.

7 (8 D)

Yo ni la cornucopia
de Amaltea querría
ni ciento cincuenta años
ser rey en Tartesos.

8 (69 D)

Almorcé pellizcando un poco una ligera torta,
y apuré una jarra de vino. Ahora suavemente toco
la seductora lira festejando a mi querida niña.

9 (17 D)

Saltando de nuevo desde la roca de Léucade,
en el blanco oleaje me sumerjo, ebrio de amor.

10 (52 D)

Remonto ahora mi vuelo hacia el Olimpo con alas ligeras
para quejarme de Eros. Pues no quiere el niño compartir su
[juventud conmigo.

11 (34 P)

Eros, que al ver que mi barba encanece,
entre brisas de sus alas de reflejos de oro
me pasa de largo volando.

12 (54 D)

El que antes unos trapos anudados llevaba por tabardo
y unas tablillas de madera en las orejas
y un cuero pelado de buey para tapar sus costillas,
mugriento forro de un mal escudo, y que trataba
con mozas de mercado y prostitutas, el pícaro Artemón,
llevando una vida de bribón,
él, que puso muchas veces en el cepo su cuello, y en la rueda,
y a quien muchas veces le azotaron el lomo con el látigo,
tras de raparle el cabello y la barba,
ahora monta en carroza con pendientes de oro,
el hijo de Kika, y lleva una sombrillita de marfil,
rivalizando así con las mujeres.

13 (44 D)

Canosas ya tengo las sienes
y blanquecina la cabeza,
pasó ya la juventud graciosa,
y tengo los dientes viejos;
del dulce vivir el tiempo
que me queda ya no es mucho.
Por eso sollozo a menudo,
estoy temeroso del Tártaro.
Pues es espantoso el abismo
del Hades, y amargo el camino
de bajada... Seguro además
que el que ha descendido no vuelve.

14 (14 D)

Trae agua, trae vino, muchacho, y tráenos coronas
de flores, ve y tráelo, que ahora contra Eros boxeo.

15 (33 D)

... Guirnaldas tejidas con flores de loto
se enroscaron al pecho.

16 (34 D)

Son las tabas de Eros
delirios y rencillas.

17 (45 D)

De nuevo Eros me golpeó como un herrero con un enorme hacha, y me puso a lavar en un tempestuoso torrente.

18 (88 D)

Potrilla tracia, ¿por qué me miras
de reojo, y sin piedad me huyes,
y piensas que no sé nada sabio?
Ten por seguro que a ti muy bien
yo podría echarte el freno,
y con las riendas en la mano
dar vuelta a las lindes del estadio.
Pero ahora paces en los prados

y juegas con ágiles cabriolas,
porque no tienes un jinete
experto en la doma de yeguas.

19 (90 D)

De mis valientes amigos primero a ti te lloraré, Aristoclides
Perdiste tu juventud rechazando la esclavitud de tu patria.

20 (79 D)

De nuevo amo y no amo,
y deliro y no deliro.

21 (98 D)

En el laurel de oscuro follaje y el verde olivo oscila...

ALCMÁN DE ESPARTA, ESTESÍCORO DE HIMERA, ÍBICO DE REGIO

La lírica coral representa un tipo de poesía más complejo, más ligado a representaciones rituales y, por tanto, más difícil de comprender para nosotros que las canciones de los poetas lesbios. En estos cantos corales, de diversos metros y de muy varios motivos, el poeta habla a través de un coro —a veces de un coro femenino, como en el *Partenio* de Alcmán (fragm. 1)—, y mezcla en su poema temas personales, o de la fiesta ocasional en que su poema se presenta, con motivos míticos o religiosos. La lírica coral, que se compone en un dialecto dorio muy literario, puede servir de vehículo a tipos de poemas muy distintos, que coinciden, frente a las monodias, en ofrecer un lirismo muy rico en ornamentación, en una adjetivación suntuosa, en una solemnidad que alterna con una delicadeza sentimental y una sentenciosidad peculiar de cada poeta. Entre Alcmán, refinado cantor en una Esparta menos austera y seca que la de la época clásica, y Estesícoro, el gran evocador de los grandes temas de la épica y la mitología en este lenguaje brillante y un tanto impresionista, y el apasionado Íbico, poeta amoroso de inolvidables imágenes, y los posteriores maestros de la lírica coral, Simónides, Baquílides y Píndaro, cabe todo un mundo poético de abigarrados tonos. De esa poesía, difícil ya para los griegos de época tardía, es muy poco lo que nos ha llegado. Pero a través de las hebras adivinamos algo del tejido espléndido de estos cantos, que preludian los epinicios de Píndaro y la lírica coral de la tragedia y la comedia atenienses.

ALCMÁN DE ESPARTA
(Fl. alrededor de 630 a. C.)

1 (1 D) Partenio

... Que ninguno de los humanos vuele hasta el cielo,
ni pretenda desposar a Afrodita, la diosa soberana,
o a otra inmortal o a una hija del dios marino Porco.
Las Gracias de amorosos párpados la mansión de Zeus...
...
Inolvidables castigos sufrieron por tramar sus maldades.
Hay una venganza de los dioses.
Y feliz aquel que sereno y sin llanto
trenza hasta el fin su día.
Pero yo canto la luz de Agido.
La veo como un sol, como ése
que Agido invoca que brille
para nosotros. Pero ni elogiarla
ni hacerle reproches me permite
la famosa directora del coro, en nada.
Porque ella me parece que se distingue
así como si uno colocara entre un rebaño
un caballo robusto, ganador de trofeos,
de cascos resonantes por los sueños alados.
¿Acaso no la ves? Es un corcel del Véneto.
Pero la cabellera de mi prima Hagesícora
florece en destellos como el oro sin mácula.
Y es de plata su rostro.
¿A qué decirlo más claramente?
Hagesícora está ahí.
Pero Agido, la segunda en belleza, tras ella,
corre como un corcel escita junto a uno lidio.
Porque con nosotras, que a la Aurora
le llevamos el arado ritual,
compiten las Pléyades que surgen
cual la estrella de Sirio en la noche divina.
...

2 (3 P)

Musas del Olimpo, colmadme mi alma
con el anhelo de una nueva canción.

Corro a escuchar la voz de las doncellas
que al aire puro dan el himno de su hermoso cantar.
...
... dispersará el dulce sueño de mis párpados,
y el deseo me empuja a acudir al certamen
donde voy a agitar en seguida mi rubia melena.
... y con la pasión que afloja los miembros,
me dirige miradas más lánguidas que el sueño y la muerte.
Sin ninguna falsía es dulce ella.
Pero Astymeloisa nada me contesta,
sino que, sujetando la guirnalda,
como una estrella que el cielo fulgurante
cruza volando,
o como un tallo de oro o una ala suave...,
cruza con ligeros pies.
...
... quisiera ver si, de algún modo,
al acercarse me tomará de la suave mano,
y yo al momento me haría suplicante de ella.

3 (13 D)

No era un hombre rústico
ni torpe —ni siquiera entre sabios—,
ni un tesalio de origen,
ni un pastor de Erísique;
mas procedía de la encumbrada Sardis.

4 (94 D)

Muchachas de palabras de miel y voces claras,
ya no pueden alzarme mis rodillas. ¡Ojalá yo
un alción macho fuera para volar con otros
con bravo corazón sobre la flor de las olas,
un ave sagrada, del color cambiante del mar!

5 (67 D)

Ven, Musa, Calíope, hija de Zeus,
inicia un poema de amor; pon pasión
en el himno y gracia en la danza.

6 (92 D)

Estos versos y música Alcmán compuso
captando el cantar de parleras perdices.

7 (93 D)

Yo sé las tonadas de todas las aves.

8 (100 D)

Pues avanza, en lugar del hierro,
el bello sonar de la cítara.

9 (37 D)

Muchas veces, en las cimas de los montes,
donde a los dioses complace la fiesta fulgente,
llevando un cántaro de oro, gran jarro,
como los que llevan los pastores,
lo llenaste con tus manos de leche leonina
y cuajaste un queso grande y fresco para Hermes.

10 (36 D)

Afrodita no está, y el loco de Eros juega como un niño
posándose en las puntas en flor, las «no me toques», del juncal.

11 (101 D)

Eros de nuevo por decisión de Cipris,
inundándome el corazón, dulce me alegra.

12 (58 D)

Duermen de los montes cumbres y valles,
picachos y barrancas,
cuantas razas de bestias la oscura tierra cría,
las fieras montaraces y el enjambre de abejas,
y los monstruos en el fondo del agitado mar.
Y las bandadas de aves de largas alas duermen.

ESTESÍCORO DE HIMERA
(Fl. alrededor de 590 a. C.)

(5 D) (De la Gerioneida)
Tomando como vasito la copa que medía unos tres azumbres
Heracles), bebía sosteniéndola, que se la ofreció,
ras de haber hecho la mezcla, Folo.

(4 D)
Más o menos enfrente de la famosa Eritía,
unto a los manantiales inagotables, de raíces de plata,
del río Tartesos, en la gruta de una peña.

(6 D)
Helios, el hijo de Hiperión, en la copa de oro
se metió para llegar, tras cruzar el Océano,
a los abismos de la tenebrosa noche sagrada,
junto a su madre y su esposa legítima y sus amados hijos.
Pero él, el hijo de Zeus, se dirigió
nacia el bosque umbroso de laureles.

(10 D) (De la Helena)
Al rey le arrojaban, a su carro, muy muchos membrillos,
y muchos ramilletes de mirto,
y coronas de rosas y guirnaldas cuajadas de violetas.

(11 D) (De la Palinodia de Helena)
No es cierta la leyenda,
no fuiste en las naves de buenos bancos,
ni llegaste a los palacios de Troya.

(12 D) (De la Orestea)
Musa, desecha tú las guerras, y conmigo
celebra las bodas y banquetes de dioses
y héroes y las fiestas de los felices...

(14 D)
Estos cantos del pueblo a las Gracias de bellas melenas
hay que entonar, inventando una tonada frigia
de aires delicados, cuando llega la primavera.

8 (13 D)

Cuando en tiempo de primavera alborota la golondrina...

9 (17 D)

... Porque Tindáreo, en cierta ocasión,
al sacrificar a todos los dioses tan sólo olvidóse
a Cipris, la de dulces regalos; y ella, irritándose,
a las hijas de Tindáreo las hizo mujeres de dos
y tres bodas, y traidoras a sus esposos.

10 (22 D)

Y por eso mucho ama Apolo los juegos y canciones,
en tanto que Hades obtuvo como lote los plantos y gemidos.

11 (23 D)

Es de lo más torpe e inútil llorar por los muertos.

12 (16 D) (De la Rádina)

Vamos, Musa de aguda voz, comienza tu canto
celebrando con lira amorosa a los jóvenes samios.

ÍBICO DE REGIO
(Fl. alrededor de 540 a. C.)

1 (3 D)

... Ellos luego la vasta, muy ilustre, la próspera
ciudadela del dardánida Príamo arrasaron;
cuando partieron de Argos,
de acuerdo con los designios del gran Zeus.
Por la hermosa figura de la rubia Helena,
sostuvieron una contienda muy cantada en himnos,
por medio de una guerra que causó mucho llanto,
y hasta la muy atribulada Pérgamo ascendió la Ruina,
por obra de Cipris de cabellos de oro.

Pero no es ahora mi deseo el celebrar a Paris,
traidor a su huésped, ni a Casandra,
la de gráciles tobillos,

i a otros hijos de Príamo,
i el día sin nombre de la toma
e Troya, la de las altas puertas.
'ampoco voy a cantar
l muy soberbio coraje de los héroes,
; los que cóncavas naves de muchos clavos condujeron
ual desdicha de Troya, nobles héroes.
ı ellos el poderoso Agamenón los mandaba,
l descendiente de Plístenes, caudillo de guerreros,
ijo de un noble padre, de Atreo.

'ambién esto las Musas muy doctas del Helicón
odrían abordarlo con holgura de palabra;
ero un hombre mortal no es ágil
omo para relatar uno a uno los hechos
esde que Menelao con las naves de Aulide
arpó a través del mar Egeo y llegó
lesde Argos a Troya, criadora de caballos,
· los hombres de escudos de bronce, los hijos de los Aqueos,
le entre los que el mejor con la lanza
lestacaba Aquiles, raudo de pies,
· el gran hijo de Telamón, el valeroso Ayante...
..
.. y Zeuxipo (?), al que había dado a luz Hílide,
a de ceñidor de oro, y al que pronto con Troilo
os troyanos y dánaos parangonar querían,
omo al oro tres veces ya purificado
on el bronce, por su seductora belleza.
i a ellos les tocó la belleza para siempre,
ambién tú, Polícrates, tendrás una gloria imperecedera,
omo también será, por mi cantar, la gloria mía.

! (6 D)

En primavera los membrillos,
egados por las aguas corrientes
le los arroyos, allí en el jardín
ntacto de las Vírgenes florecen,
y rebrotan y crecen los racimos
ajo los tallos umbrosos de los pámpanos.

Mas conmigo el amor no reposa en ninguna estación.
Sino que, como el tracio Bóreas,
encendido por el rayo, precipitándose
desde la casa de Cipris, con abrasadores delirios,
oscuro e impertérrito asedia
con fuerza y desde el fondo
mi corazón.

3 (7 D)

Eros, de nuevo, bajo sus párpados azuloscuro,
me examina con ojos de lánguido mirar,
y con toda clase de hechizos
a las inmensas redes de Cipris me lanza.
En verdad que tiemblo al verlo cerca,
como un caballo de carreras,
ganador de trofeos antaño,
que, pesaroso, bajo el carro veloz
se ve uncir para otro certamen.

4 (8 D)

Eurílalo, flor de las Gracias brillantes,
mimado por las Horas de bellos cabellos,
a ti Cipris y Persuasión, la de párpados suaves,
te criaron entre capullos de rosas.

5 (16 D)

A Casandra de ojos glaucos,
la hija de Príamo de seductora melena,
la preserva la fama entre las gentes.

6 (11 D)

Entonces la ilustre, insomne alba despierta a los ruiseñores.

7 (22 D)

Tengo miedo de conseguir honor entre los hombres
cometiendo alguna falta ante los dioses.

8 (13 D)

Mirtos, violetas y crisantemos,
manzanas, y rosas, y suave laurel.

(9, 10 D)

obre sus ramas más altas se posan
nulticolores patos de variopinto cuello
rojos faisanes y alciones de amplias alas.

NÓNIMO

Epitafio [de Cleobulo de Lindos] para la tumba de Midas. En una estela, al pie de una Sirena de bronce)

Doncella de bronce soy, y yazgo sobre el sepulcro de Midas.
Mientras el agua mane y los árboles altos reverdezcan,
destelle el sol naciente y la espléndida luna,
nientras discurran los ríos y resuene el rumor de la mar,
permaneciendo aquí mismo, en este muy llorado sepulcro,
anunciaré a los viandantes que aquí enterrado está Midas.

SIMÓNIDES DE CEOS

(556-467 a. C.)

Nacido en la pequeña isla de Ceos, Simónides viajó por toda Grecia, componiendo obras de encargo para nobles y tiranos. Frecuentó las cortes de Tesalia, de Atenas (en tiempos de Hiparco, y después) y de Siracusa, en la época de Hierón. Se ha dicho de él que anticipa el tipo del sofista, educador itinerante y mercenario, en varios respectos. Uno de éstos es su aspecto de intelectual y crítico, al servicio de los ideales de sus patronos, y como exponente de un saber tradicional.

Simónides compuso una gran variedad de poemas: peanes y trenos, escolios, cantos triunfales y epigramas funerarios. Se le considera el inventor del *epinicio,* canto destinado a celebrar la victoria en un certamen atlético, que Píndaro llevó a su culminación artística. Sus trenos y sus epigramas le dieron singular fama. Su lenguaje sencillo y su contenido patetismo, así como su talento para la expresión sucinta de las sentencias, le hicieron impar en estos géneros. A Simónides se atribuyeron luego muchos epitafios famosos, de dudosa autoría. Desplazó a los dioses del centro de sus poemas para centrarlos sobre el trágico destino del hombre. Recomienda, como tantos otros, el ideal de la «prudencia», la *sophrosyne* tradicional, con tonos precisos e imágenes nuevas. Otras veces pinta una escena de sorprendente patetismo, como esa de Dánae encerrada en el arcón en medio del oleaje nocturno, abrazando a su niño dormido.

1 (48 D)

¿Quién, con un juicio cabal, elogiaría a Cleobulo de Lindo
que a los ríos de perenne fluir, a las flores de primavera,
al resplandor del sol y de la luna de oro,
y a las ondas del mar, contrapuso el poder de una estela?
Todo está, en verdad, sometido a los dioses.
Pero una piedra la quiebran hasta manos mortales.
De un tipo insensato fue tal ocurrencia.

2 (9 D)

De los humanos pequeño es el poder,
e inútiles los propósitos y cuitas.
En la breve vida hay pena tras pena.
Y la muerte ineluctable siempre espera.
Porque igual porción de ella reciben
los valerosos y quien es cobarde.

3 (6 D)

Siendo humano, jamás digas qué va a pasar mañana,
ni, al ver a alguien dichoso, por cuánto tiempo lo será.
Porque ni el moverse de la mosca de finas alas
es tan rápido.

4 (8 D)

Porque todo llega a la misma devoradora Caribdis,
las grandes excelencias y la riqueza.

5 (7 D)

Pues ni siquiera aquellos que antes hubo
y fueron héroes, hijos de los dioses
soberanos, a su vejez llegaron
tras vivir sin pesar, sin riesgo ni ruina.

6 (12 D)

Pero alcanza la muerte también al que huye del combate.

7 (5 D)

De quienes en las Termópilas murieron,
gloriosa fue la suerte, hermoso su final.

n altar es su tumba, su planto es alabanza,
en lugar de los llantos les rodea la fama.
emejante epitafio ni el viento del Este
i el tiempo que todo lo doma a borrarlo van.
ste recinto sagrado el buen renombre en Grecia
dquirió por tales guerreros. También lo atestigua Leónidas,
ey de Esparta, que ha dejado aquí de su valor
n gran monumento y una gloria inmortal.

(36 P)

. El humo es vano y el oro no se mancha,
ero es en todo la verdad vencedora.
Ías a pocos les dio un dios la virtud
asta el fin. Que no es fácil ser digno.
orque a uno, a su pesar, le domina
i codicia invencible o el aguijón
oderoso de la taimada Afrodita,
las rivalidades muy impulsivas.
)uien no pueda durante toda la vida
vanzar por un impecable sendero,
astará que sea, en lo posible, bueno.

(4 D)

.legar a ser de verdad un hombre bueno,
quilibrado de manos, pies, y espíritu,
orjado sin tara, es arduo empeño.
..
Ii siquiera la sentencia de Pítaco
ie parece acertada, aunque de un sabio
icha. Afirmaba que es arduo ser bueno.
ólo un dios puede tener tal privilegio.
Jn hombre no puede evitar el ser malo,
i un desastre invencible lo derriba.
Con buena fortuna cualquier hombre es bueno,
malo es cuando todo le va mal...
En general, son los mejores aquellos
los que los dioses tratan con cariño.
Por eso nunca, persiguiendo lo imposible,
o arrojaré la vida que me dé el destino

en pos de una esperanza irrealizable:
un hombre sin reproche de entre cuantos
consumimos el fruto de la ancha tierra.
Pero, si lo encuentro, os lo vendré a decir.
Ahora elogio y aprecio a todo aquel
que no hace por su gusto ningún daño.
Contra Necesidad ni los dioses batallan.
...
No soy amigo de censuras, que a mí
me basta quien no es malo ni intratable
en exceso, y conoce la justicia
que beneficia al pueblo, un hombre sano.
Y no seré yo quien le haga reproches.
Porque es infinita la estirpe de los necios.
En verdad, bien está todo aquello
a lo que no está mezclado lo vicioso.

10 (13 D) (Dánae)

... Cuando dentro del arca bien labrada
la arrastraban los soplos del viento
y el agitado oleaje,
se sintió sobrecogida de terror, y con mejillas húmedas
se abrazó a Perseo y le habló:
«¡Ah, hijo, qué angustia tengo!
Pero tú dormitas, duermes como niño de pecho,
dentro de este incómodo cajón de madera de clavos de bronce
que destellan en la noche,
tumbado en medio de la tiniebla azul oscuro.
No te inquietas por la ola que lanza
por encima de tus cabellos la espuma marina
ni del bramar del viento, recostando
tu bella carita en mi mantilla de púrpura.
Si para ti terrible fuera lo que es terrible,
ya habrías prestado oído ligero a mis palabras.
Pero te lo ruego, duerme, niño mío.
Que duerma también el alta mar, duerma la inmensa desgracia.
Ojalá se mostrara algún cambio,
Zeus Padre, movido por ti.

si con alguna palabra atrevida
al margen de lo justo te invoco, ¡perdóname!»

1 (29 D)

Al ver que expiraba su dulce alma, se echaron a llorar
or el niño de pecho de la joven coronada de violetas.

2 (27 D) (Orfeo)

obre su cabeza infinitos
os pájaros revoloteaban
los peces saltaban
uera del agua azul
l son de su bella canción.

3 (37 D)

Hay cierto relato que cuenta
ue la Virtud habita sobre rocas de difícil acceso,
onde la acompaña un santo coro de ninfas.
No es tampoco visible a las miradas
le todos los mortales, sino sólo a quien
e brota dentro el sudor de un ánimo esforzado,
llega a la cumbre del valor.

4 (57 D)

Pues, sin el placer, ¿qué vida humana
s deseable, o qué clase de poder?
Sin él, hasta la existencia de los dioses
o nos parecería envidiable.

5 (45 D)

Cuando los parleros ruiseñores
le verde cuello, primaverales...

6 (40 D)

Pues ni siquiera un soplo que agitara el follaje
evantaron entonces los vientos, que impidiera
que su voz se extendiera, dulce como la miel,
y se adentrara en los oídos de los humanos.

ALEXIS AQUINO PEREZ

17 (92 P)
Ilustre heraldo
de la perfumada primavera,
oscura golondrina.

18 (93 P)
El parecer incluso a la verdad doblega.

EPIGRAMAS ATRIBUIDOS A SIMÓNIDES

1 (92 D) (En Termópilas)
Extranjero, anuncia a los Lacedemonios que aquí
yacemos, obedeciendo las órdenes que nos dieron.

2 (118 D) (En Platea)
Si es el bien morir la más alta muestra de virtud,
a nosotros entre todos nos la otorgó el destino.
Porque, empeñándonos en defender la libertad de Grecia,
hemos caído, logrando así un perenne prestigio.

3 (121 D) (En Platea)
Dejando una fama inmortal aquí éstos en pro de su patria
se vieron envueltos en la negra nube de la muerte.
No están muertos, aunque murieran, pues su valor
del dominio de Hades los alza y corona de gloria.

4 (122 D) (En Tegea)
Gracias al valor de estos hombres al cielo no llegó
el humo de la vasta Tegea presa del incendio.
Habían decidido legar a sus hijos una ciudad floreciente
en libertad, y morir ellos en las primeras filas.

5 (123 D) (En Tegea)
Recordemos a hombres de recto valor, cuya tumba aquí est
Ellos murieron salvando a Tegea, la de buenos rebaños,
guerreros en pro de su ciudad, para no permitir la ruina
de Grecia, cuando iba a perecer su libertad tan preciada.

(83 D)

Tumba ésta es del ilustre Megistias, que antaño los Medos
nataron, después de vadear el torrente Esperqueo.
De un adivino que, aunque sabía su muerte cercana,
no quiso entonces dejar a los jefes de Esparta.

PÍNDARO DE TEBAS
(522-448 a. C.)

Aristófanes de Bizancio compiló las poesías de Píndaro conservadas en la Biblioteca de Alejandría en diecisiete libros. *Himnos a los dioses, Peanes, Ditirambos, Cantos de procesión, Partenios, Cantos de danza, Encomios, Trenos* y *Epinicios* formaban el conjunto de la vistosa obra de este gran autor. La tradición ha conservado hasta nosotros tan sólo los cuatro libros en que los alejandrinos catalogaron los *Epinicios,* ordenados según el lugar de la victoria atlética que celebraban en odas *olímpicas, píticas, ístmicas* y *nemeas.* Una serie no despreciable de fragmentos nos permiten dar un vistazo a otro tipo de poemas, pero Píndaro es, para nosotros, por la razón expuesta, el autor de esos cantos triunfales, característicos de la cultura griega de una época.

En esos cantos pueden distinguirse tres elementos: la temática mítica, que el poeta evoca de un modo libre y a través de alusiones e imágenes brillantes (sin relatar detenidamente el mito que los oyentes ya conocen), el motivo ocasional de la victoria atlética (que es también objeto de rápidas alusiones sin acudir a descripciones concretas) y la conclusión ética, es decir, la lección que el triunfo, premio a la virtud, ofrece, para gloria de la familia aristocrática que ha encargado el himno. Mito, sentencias morales (consejos) y datos ocasionales componen el esquema básico del entramado muy libre, sobre el que se edifica el himno triunfal.

Hemos elegido en nuestra versión la *Olímpica I* y la *Pítica I,* por ser las odas más famosas, la *Pítica IV,* una de las más amplias, con un tema mítico muy extenso, el de los Argonautas, y la *Pítica VIII,* más sencilla y sentenciosa, uno de los últimos poemas de Píndaro. Y luego añadimos un encomio: el dedicado al joven Teóxeno, con acentos un tanto personales.

Olímpica I
A Hierón de Siracusa, vencedor en las carreras de caballos (con su corcel Ferenico, en 476)

Lo mejor es, de un lado, el agua y, de otro, el oro, como ar-
[diente fuego,
que destaca en la noche por encima de la magnífica riqueza.

Y si certámenes atléticos celebrar
anhelas, querido corazón,
ni busques otra estrella más cálida que el sol
brillante en el día por todo el yermo éter,
ni ensalcemos otra competición superior a la de Olimpia.
De allí el himno clamoroso se despliega
a través de las mentes de los sabios
para que al hijo de Crono canten los que acuden
a la espléndida y feliz morada de Hierón.
El rige el cetro justiciero en Sicilia
rica en ganados, cosechando las cimas de todas las virtudes,
y a la vez resplandece
en el primor de la música y poesía,
por las obras que nosotros creamos,
los poetas frecuentes a los lados de su amistosa mesa.
Así que descuelga la doria lira
del clavo, si es que la gracia de Pisa y Ferenico
indujo tu mente a los más dulces pensamientos,
cuando, junto al Alfeo, precipitó su cuerpo
en la carrera, sin pretexto para ser espoleado,
y unció con la victoria a su dueño.
el rey de Siracusa, que ama los caballos. Su fama destella
en esta colonia noble del lidio Pélope.
De él se enamoró el Sostenedor de la tierra, Posidón,
en cuanto a Pélope lo sacó Cloto del fulgente caldero,
con un refulgente hombro tallado en marfil.
¡Cuán numerosos son los prodigios! Pero, sin duda, también
a la tradición de los humanos por encima del verídico relato
la engañan leyendas engalanadas con variopintos embustes.
La gracia, que hace dulces todas las cosas a los mortales,
al acrecentar el prestigio llega incluso a hacer creíble
lo que es increíble muchas veces.
Pero los días por venir
son los más sabios testigos (de la verdad).
Y le es conveniente a un hombre hablar
bien de los dioses. Pues será menor su culpa.
Hijo de Tántalo, voy a hablar de ti de modo distinto a los de antes.
Cuando tu padre les invitó a un muy bien ordenado
festín en su querida Sípilo,

freciendo a los dioses una comida de correspondencia,
ntonces te raptó el dios del famoso tridente,
ominado en su interior por el deseo, y con sus corceles áureos
e transportó a la excelsa mansión del muy honrado Zeus.
llí en tiempo posterior
ue también Ganimedes
or un uso parecido de Zeus.
Como te hiciste invisible, y no pudieron los hombres,
or mucho que buscaron, llevarte ante tu madre,
ronto alguno de los vecinos malpensados dijo murmurando
ue en el momento en que el agua hervía sobre el fuego
rocearon tus miembros con un cuchillo (y los echaron al cal-
sobre las mesas a la postre se repartieron [dero)
se comieron tus carnes.
Pero para mí es imposible llamar «loco voraz» a uno cualquiera
e los dioses felices. Me niego.
os blasfemos no tardan en recibir sus penas.
n verdad que si a algún hombre mortal honraron los guardianes
el Olimpo, ése fue Tántalo. Sin embargo, él no pudo
igerir su gran ventura, y por su desenfreno obtuvo
n desastre ineluctable, que el Padre (de los dioses)
uspendió sobre él una pesada roca,
que, amenazando siempre desplomarse sobre su cabeza, le arre-
[bata todo goce.
Y tiene ese vivir desasosegado, de perpetua tortura,
n cuarto pesar sobre otros tres, porque, tras robar
los Inmortales, entre sus coetáneos camaradas de festín
epartió el néctar y la ambrosía,
on los cuales a él le hicieron inmortal.
Pero si alguien confía en pasar inadvertido de los dioses
l hacer algo, se equivoca.
Por ese motivo reintegraron de nuevo los dioses a su hijo
la estirpe de los hombres de breve destino.
Luego, cuando en la floreciente adolescencia
e le cubría de bozo el mentón oscuro,
neditó conseguir la boda propuesta
or su padre, el rey de Pisa, con la ilustre Hipodamia.
Acudiendo a la orilla del mar espumoso, solo en la noche,
lamó a gritos al Señor del tridente de sordo bramido.

Y él se le apareció muy de cerca ante sus pies.
Pélope le habló: «Si en algo los caros dones
de Cipris, oh Posidón, tu agradecimiento logran,
detén la lanza broncínea de Enómao, condúceme en carro velo-
a Elide, y empújame a la victoria. [císimo
Porque él, tras de matar a trece pretendientes,
pospone el matrimonio de su hija.
No atrae a un hombre sin coraje el gran peligro.
Entre quienes tienen un fatal morir, ¿por qué rumiar
sentado en la tiniebla sin objeto hasta una oscura vejez?
Pero para mí está dispuesta
esa aventura. Dame tú un buen éxito.»
Así le dijo. Y no se empeñó en palabras inútiles.
El dios, que lo estimaba, le dio un carro de oro
y unos corceles incansables con alas.
Y venció a Enómao y desposó a la doncella.
Engendró seis hijos, caudillos guerreros, destacados en virtudes.
Y ahora con espléndidos sacrificios
sangrientos es honrado,
tendido junto al curso de Alfeo,
en una tumba bien cuidada junto a un altar
muy frecuentado por visitantes extranjeros.
Y la gloria de Pélope desde lejos fulgura
en las carreras de las Olimpíadas,
donde rivaliza la velocidad de los pies
y los audaces primores de la fuerza física.
Y el que vence consigue para el resto
de su vida una muy dulce placidez, gracias a los Juegos.
La repetida felicidad de cada día
resulta lo más alto para cualquier mortal.
A mí me es preciso coronar a Hierón
con hípica tonada y canto eolio.
Y estoy convencido de que ningún otro huésped,
al menos de los de ahora, a la vez sabio en virtudes
y más poderoso en su dominio,
se engalanará (como él) con los gloriosos loores de mis himnos.
La divinidad, que permanece velando por tus afanes,
se cuida de ese anhelo, Hierón.
Y si no te abandona de repente

nfío en alabarte en otra gloria más dulce,
ncontrando el camino reparador de los elogios,
ti junto con tu carro,
olviendo al destacado monte Cronio. Pues para mí
imenta la musa con su poder el más vigoroso dardo.
nos son grandes en unas cosas, otros en otras.
ero la más alta cima es corona de los reyes.
o otees más lejos.
jalá puedas escalar en esta vida la altura,
a mí me sea dado frecuentar a los tantas veces vencedores,
endo insigne por mi sabiduría
or doquier entre los griegos.

ítica I

ara Hierón de Etna, vencedor en la carrera de carros

urea lira, de Apolo y de las Musas de violáceas trenzas
resea justamente compartida, a ti te atiende
l paso de danza que da inicio a la fiesta,
obedecen los cantores tus avisos
uando de los preludios que arrastran al coro
ormas, vibrante, los primeros acordes.
ncluso el rayo, lancero de irrestañable fuego,
ú apagas. Y duerme sobre el cetro
e Zeus el águila, relajando
ambos costados su ala rauda,
a reina de las aves, cuando
obre su curva cabeza oscura niebla,
uave cerrojo de sus párpados,
ú has derramado, y dormitando ella
nece el lustroso plumaje de su lomo,
or tus efluvios dominada. Y hasta el violento
Ares deja a un lado la hiriente punta de su pica,
suaviza su corazón en el ensueño.
Tus saetas, sí, hechizan el ánimo también
de los dioses, por la magia del hijo de Leto
de las Musas de talle profundo.
Y todos aquellos seres que abomina

Zeus, se estremecen al oír la voz
de las Piérides, en la tierra
o en el mar indomeñable.
Incluso el que yace en el espantoso Tártaro,
el enemigo de los dioses,
Tifón, el de cien cabezas, a quien antaño
una famosa caverna de Cilicia crió.
Pero ahora, sobre él, los acantilados de Cumas,
batidos por el mar, y Sicilia le oprimen
el velludo pecho; y lo aprisiona
un pilar del cielo, el níveo Etna,
que todo el año agudo hielo nutre.
De sus abismos emergen rugientes
manantiales de fuego inaccesible.
Sus ríos derraman una corriente negruzca
y humeante durante los días.
Y en las tinieblas de la noche la llama roja
rodando arrastra las rocas con retumbo
hasta la honda cavidad del mar.
Aquella bestia es quien arroja en alto
los más terribles torrentes de Hefesto.
Un prodigio asombroso resulta contemplarlo,
y asombro es oírlo, cuando uno lo presencia.
Tal monstruo está preso entre las cumbres
de oscuras frondas del Etna y su llanura.
Y el lecho en que se tumba le desgarra
y todo el lomo le lacera.
¡Ah, si pudiera, Zeus, pudiera agradarte!
A ti que dominas esa montaña, frontal
de una tierra de bellas cosechas, cuyo nombre
su ilustre fundador dio a la ciudad vecina
y cubrió de gloria. Que en el estadio pítico
lo voceó el heraldo que proclama
la hermosa victoria de Hierón con su carro.
Les resulta a los pasajeros de un barco
un primer gozo que, al zarpar, les llegue
favorable a su viaje el viento. Pues uno piensa
que es probable que también al final consiga
un regreso mejor. Y el cálculo

obre estos éxitos de ahora induce a creer
ue en el futuro será ciudad famosa por las coronas hípicas
renombrada en las fiestas de bellas canciones.
Tú, soberano de Licia y de Delos,
ebo, que amas la fuente Castalia en el Parnaso,
jalá quieras guardar estos votos en tu mente
a esa región de buenos guerreros.
De los dioses, pues, proceden todos los medios
le la excelencia humana; por ellos los hombres
on sabios y de brazos vigorosos y hábiles de lengua.
Y al proponerme yo ensalzar a ese hombre
onfío no hacer como el que el dardo de broncínea punta,
ras blandirlo en la mano, arroja fuera del campo de tiro,
ino superar a mis rivales lanzándolo muy lejos.
Porque ojalá el tiempo siempre así la dicha
y dote de riquezas le ofrezca en recto pago,
y proporcione el olvido a sus fatigas
Cierto que podría recordar en qué batallas, en las guerras,
irme se irguió con intrépido ánimo,
cuando encontraron (sus hermanos con él) en manos de los dio-
[ses
n honor cual ningún otro de los griegos cosecha,
nagnífica corona a su riqueza. Ahora, por cierto,
siguiendo la pauta de Filoctetes,
se ha puesto en campaña. En la necesidad incluso
quien es muy arrogante le halaga para hacerle su amigo.
Cuentan que a sacarle de Lemnos (donde estaba)
corturado por su llaga acudieron
unos héroes semidioses a por el arquero hijo de Peante.
El destruyó la ciudad de Príamo, él puso fin
a los esfuerzos de los Dánaos;
aunque avanzaba con un cuerpo enfermizo,
sin embargo era el elemento de la Moira.
Que así la divinidad enderezadora sostenga
a Hierón todo el tiempo venidero, dándole el fruto que ansía.
Musa, ahora concédeme cantar en la morada
de Dinómenes el triunfo de esa cuadriga.
Pues no es un gozo ajeno la victoria de su padre.
¡Vamos, encontremos luego un himno grato al rey de Etna!
Para él esa ciudad en la libertad de divino cimiento

fundó Hierón según las leyes trazadas con doria plomada.
Quieren los descendientes de Pamfilo
y, en general, de los Heraclidas
que habitan al pie de las crestas del Taigeto,
persistir siempre en los preceptos de Egimio,
como Dorios. Y conquistaron Amiclas, venturosos,
partiendo del Pidno, y son de los Tindáridas
de blancos corceles vecinos afamados,
y ha florecido la gloria de sus lanzas.
Zeus cumplidor, que así siempre distinga
la suerte de los ciudadanos y sus reyes junto al agua del Amenas
el verídico relato de las gentes.
Y con tu ayuda ese caudillo,
delegando en su hijo, honrando al pueblo
lo dirija hacia una paz armónica.
Asiente, te suplico, Crónida,
a que, domado, se contenga en su hogar
el Fenicio y el alborotar de los Tirrenos,
que ya ha visto su violencia desastre de sus naves ante Cumas.
Tales pérdidas sufrieron derrotados por el rey de Siracusa,
que desde sus naves de raudo curso
arrojó en alta mar a sus jóvenes guerreros,
librando a Grecia de una pesada esclavitud.
Invoco junto a Salamina el favor de los atenienses, en tributo,
y en Esparta evoco la batalla ante el Citerón,
en donde fracasaron los Medos de arcos curvos.
Mas en la ribera de claras aguas del Hímera
celebrará mi himno a los hijos de Dinómenes,
que por su excelencia lo han merecido,
tras la derrota de los enemigos.
Si hablas lo preciso, concertando en breve
los términos de mucho, menor será el reproche de las gentes.
Pues el continuo exceso embota
las esperanzas repentinas.
Y apesadumbra el ánimo en secreto de la gente
el oír en demasía de los triunfos ajenos.
Pero, no obstante, ya que mejor es la envidia que el lamento,
no desistas del bien. Rige con justo timón
a tu pueblo, y forja en el yunque de la verdad tu lengua.

Que si algo vulgar se te escapa,
a a ser considerado enorme, por provenir de ti.
De numerosos asuntos eres juez.
Muchos son los testigos fieles de tus actos, buenos y malos.
Persistiendo en tu espléndido talante,
i deseas gozar siempre de amable reputación,
o te canses de gastar en exceso.
uelta, como un piloto,
oda la vela al viento. No te dejes, amigo,
ngañar por las ganancias atractivas.
ólo el póstumo resplandor de la gloria
evela la vida de los hombres que fueron,
través de cronistas y poetas. No se extingue
a prudente excelencia de Creso.
Pero al que en un toro de bronce quemaba (a sus víctimas),
Fálaris, de despiadada mente,
odiosa fama le envuelve en todas partes.
Y tampoco las liras lo acogen bajo techo
omo amable compañía para los cantos de muchachos.
El gozar de éxitos es el primero de los premios.
Buena reputación es el segundo acierto.
Y el hombre que lo uno y lo otro se propone y conquista,
éste se ha ceñido la más alta corona.

Pítica IV

A *Arcesilao de Cirene, vencedor en la carrera de carros*

Hoy debes detenerte en casa de un amigo,
del rey de Cirene, la de buenos caballos,
para que, junto a Arcesilao que da su festejo,
tú, Musa, acrecientes el airoso tropel de los himnos
que se deben a los hijos de Leto y a Delfos.
Allí una vez la sacerdotisa que se sienta
entre las áureas águilas de Zeus, estando Apolo presente,
predijo que Batto, colonizador de la fértil Libia,
iba a abandonar su isla sagrada (de Tera)
y a fundar una ciudad afamada por sus carros
en lo alto de una blanca colina.

Y daría cumplimiento a la profecía de Medea,
en la decimoséptima generación, aquella que antaño
a Tera vaticinó la inspirada hija de Eetes,
la reina de los Colcos, con su lengua divina.
Que así les dijo a los semidioses de la tripulación
del bravo guerrero Jasón:
«¡Escuchad, hijos de dioses y de magnánimos mortales!
Afirmo, pues, que de esta tierra zarandeada por el mar,
un día la hija de Epafo (Libia) hará brotar
una raíz de ciudades, gloriosa entre los hombres,
que florecerá junto a los terrenos de Zeus Ammón.
Trocando los delfines de alas cortas
por yeguas fugaces,
y los remos por riendas,
(sus habitantes) guiarán carros veloces como el viento.
Aquella profecía ha de cumplirse:
que de grandes ciudades será metrópolis Tera.
Según esto, una vez en la desembocadura del lago Tritónide,
Eufemo, que había bajado de la proa (del navío), aceptó
la tierra que como presente de hospitalidad le ofrecía
un hombre divino en apariencia, al tiempo que, presagio propi
el Crónida, Zeus Padre, daba el retumbo de un trueno. [cio
Sucedió mientras colgaban al costado de la nave
el ancla de mandíbula broncínea, freno de la rápida Argo.
Durante doce días antes habíamos transportado
desde el Océano sobre los desiertos lomos de la tierra
el marino armazón del navío, atendiendo a mis consejos.
Entonces, solitario viandante, sobrevino el dios,
revistiéndose la apariencia augusta de un hombre venerable.
Comenzó con palabras de amistad, cual los benefactores
dirigen para invitar al banquete a los extranjeros que llegan.
No obstante, el motivo del deseado regreso nos impedía
aguardar. Dijo que era Eurípilo,
hijo del inmortal Sostenedor de la tierra,
del Estremecedor de la tierra. Pero advirtió nuestra prisa.
En seguida tomando un puñado de barro con su mano diestr
trató de ofrecernos aquel ocasional don de hospitalidad.
Y no la rehusó Eufemo, sino que, saltando a la ribera,
encajando su mano en la mano del dios, el héroe

recibió la divina pella de tierra.
Sé que ésta cayó del barco al mar
y se sumergió en la onda salada
un anochecer, arrastrada por el húmedo oleaje.
¡Cuán a menudo había encargado
a los servidores que nos libran de fatigas
que se cuidaran de ella! Pero sus mentes lo olvidaron.
Así que en esta isla se ha derramado
la indestructible semilla de la vasta Libia
antes del tiempo de sazón. Pues si en su patria
la hubiera arrojado, junto a la subterránea boca del Hades,
al regresar a la sacra ciudad de Ténaro Eufemo,
el rey hijo de Posidón, señor de los caballos,
a quien la hija de Ticio, Europa, dio a luz antaño
en las riberas del río Cefiso,
su estirpe, en la cuarta generación de descendientes,
habría conquistado con ayuda de los Dánaos
aquel vasto continente. Fue en aquel tiempo cuando
emigraron de la gran Lacedemonia
y del golfo de Argos y de Micenas.
El caso es que ahora encontrará una descendencia escogida
en los lechos de mujeres de otra estirpe,
y sus hijos, con el aprecio de los dioses,
vendrán a esta isla y engendrarán al hombre
que ha de ser señor de esas llanuras de negras nubes.
A él se lo recordará luego Febo,
en su muy áurea morada, con sus oráculos;
cuando él descienda al templo pítico, mucho tiempo después,
le dirá que conduzca en sus navíos a muchos
hacia la fértil región del Nilo, santuario del Crónida.»
Así fueron las frases proféticas de Medea.
Se pasmaron, inmóviles y en silencio, los héroes
semidioses que habían escuchado su densa predicción.
¡Oh feliz hijo de Polimnesto!, a ti con ese relato
te enderezó el destino el oráculo de la abeja délfica,
con una respuesta no provocada, surgida de ella misma.
Ella a grandes voces te saludó por tres veces
y te proclamó predestinado rey de Cirene,
cuando tú la consultabas qué remedio habría

de los dioses para tu habla tartamuda.
Y cuán mucho después, en verdad, precisamente ahora,
como en la sazón de la primavera de variopintas flores,
florece entre sus hijos el octavo vástago, Arcesilao.
A él Apolo y Delfos le han otorgado,
por medio de los Anfictiones, la gloria del triunfo
en la carrera de carros. Yo lo transmitiré a las Musas
a él y al vellocino todo de oro del carnero.
Pues en pos de aquél navegaron los Minias,
y de ahí nacieron sus honras de origen divino.
Pues ¿qué comienzo tuvo la expedición naval?
¿Qué acerado riesgo los ligó con firmes clavos?
Había un presagio de que Pelías iba a morir
a manos de alguno de los nobles Eólidas
o por sus inflexibles añagazas.
Le llegó un vaticinio que heló su astuto corazón,
proferido desde el centro del «ombligo» (délfico)
de la madre tierra de bellos árboles.
Que por todos medios se mantuviera en total defensa
contra el hombre de una sola sandalia,
cuando de su escarpado reducto él acudiera
a la clara tierra de la ilustre Yolcos,
tanto si era extranjero o del país. Y, a su tiempo,
llegó, con sus dos lanzas, un hombre asombroso.
Una doble veste le cubría: la túnica típica
de los Magnetes se ceñía a sus admirables miembros,
y se abrigaba con una piel de pantera contra las lluvias frías.
Los espléndidos bucles de su cabellera no habían sido cortados
sino que cubrían, como una llamarada, sus espaldas.
Al momento avanzó en línea recta y se detuvo,
mostrando su intrépida decisión,
en medio del ágora repleta de gente.
No le conocían. Pero, al mirarle temerosos,
todo el mundo se dijo algo así:
«Este no es, desde luego, Apolo;
ni tampoco el esposo de Afrodita, el del carro de bronce.
Y cuentan que en la espléndida Naxos murieron ya
los hijos de Ifimedea, Oto y tú,
audaz soberano Efialtes.

Y también a Ticio lo mató una rauda saeta de Artemis,
surgida de su invencible carcaj,
para que desee todo el mundo aspirar
al contacto de aquellos amores que caen en lo posible.»
Los unos con los otros respondíanse
y tales cosas murmuraban. Y sobre su carro sólido
tirado por mulas, atropelladamente, presentóse,
presuroso e inquieto, Pelias. Se quedó al punto pasmado,
al divisar el muy famoso calzado (del extranjero)
que llevaba una sola sandalia en el pie derecho.
Disimulando en su ánimo el terror, le dirigió la palabra:
«¿Qué país, oh extranjero, nombras como tu patria?
¿Y cuál de las hijas de la tierra te sacó de su blanco vientre?
Sin ensuciarte con odiosísimas mentiras,
declara tu linaje.»
A él, con firmeza, pero con palabras amables,
así le respondió [Jasón]: «Proclamo haber recibido
mi educación de Quirón. Pues vengo de su cueva,
de junto a Cariclo y Filira; allí me criaron
las castas hijas del Centauro.
Al haber cumplido veinte años,
sin haber cometido ninguna acción ni dicho palabra indigna,
he venido aquí, a mi patria,
reclamando la antigua dignidad de mi padre,
arrebatada por otro rey contra lo establecido,
la dignidad que antaño otorgara Zeus
a Eolo, caudillo del pueblo, para él y sus hijos.
Me he enterado, pues, de que Pelias, contra la ley,
obedeciendo a su pérfida inteligencia,
la ha arrebatado violentamente a mis padres,
primeros y legítimos reyes del país.
Ellos, temiendo la brutalidad del feroz déspota,
apenas yo vi la luz primera,
dispusieron en la mansión un sombrío luto
como si hubiera muerto, y, entre el plañir de las mujeres,
en secreto me enviaron, en pañales de púrpura,
confiando mi escapada a la noche, a Quirón,
el Crónida, y a él me entregaron para que me criara.
Conque por estas palabras sabéis lo esencial.

Respetables conciudadanos, indicadme sin vacilar
la morada de mis antepasados de albos corceles.
Porque vengo como hijo de Esón, natural del país,
y no a una tierra extraña y ajena.
El divino Centauro al llamarme me daba el nombre de Jasón.»
Así habló. Mientras él avanzaba
le reconocieron los ojos de su padre.
Entonces brotaron las lágrimas de entre sus viejos párpados,
ya que se regocijó en toda su alma, al ver
a su hijo que destacaba como el más bello de los hombres.
Y sus dos hermanos acudieron también ambos
al rumor de su llegada. Feres de cerca,
dejando atrás la fuente Hipereida,
y Amitón desde Mesenia. Sin tardanza
llegaron Admeto y Melampo, para saludar a su primo.
Acogiéndolos con el debido honor de un banquete,
Jasón les dirigió dulces palabras
y les presentó los adecuados regalos de hospitalidad,
para extender toda la alegría de la fiesta
durante cinco noches seguidas y cinco días,
recolectando el sacro primor del vivir placentero.
Pero al sexto, presentando con seriedad toda su historia,
desde un principio, el héroe pidió la cooperación
de sus parientes, y ellos se dispusieron a seguirle.
Al momento se levantó de su asiento junto con ellos.
Y se presentaron en el palacio de Pelias.
Decididos se plantaron en su interior. Y al oírlos,
les salió al paso él en persona,
el hijo de Tiro, la de seductores bucles. Jasón,
desgranando con suave tono un discurso conciliador,
echó las bases de sus sagaces palabras:
«Hijo de Posidón Rocoso,
es el espíritu de los hombres demasiado pronto
a preferir una tramposa ganancia a la justicia,
pero con ello se encaminan a un amargo mañana.
Sin embargo, tú y yo debemos deponer nuestros rencores
ante lo justo, y tejer un porvenir dichoso.
Te hablaré como a quien sabe el tema. Una misma
fue la madre de Creteo y del intrépido Salmoneo.

Descendientes de aquellos en tercera generación
vemos ahora nosotros el fulgor dorado del sol.
Las Moiras se apartan de quienes
por una enemistad llegan a ocultar
el respeto mutuo por su común origen familiar.
No es decente que nosotros dos
con espadas de penetrante bronce ni con dardos
nos repartamos la gran dignidad de nuestros antepasados.
Ahora bien, yo a ti te cedo los rebaños de ovejas
y las manadas de rojizos bueyes y todos los campos,
que tú has arrebatado a mis padres y nutren tu fortuna.
Y no me apesadumbra que eso aumente demasiado tu hacienda.
Pero, en cuanto al cetro monárquico y al trono
en el que antaño se asentaba Salmoneo
a administrar sus sentencias a su pueblo de caballeros,
eso, sin originar un mutuo enojo,
cédenoslo, para que no surja de ello
un nuevo desastre.»
Así dijo entonces, y con calma le respondió Pelias:
«Así me comportaré. Que ya me envuelve
el manto de la vejez por mi edad. En cambio
tu juventud en flor ha poco que alza su ola.
Tú puedes aplacar la ira de los dioses subterráneos.
Pues reclama Frixo que traigamos de regreso
su espíritu, yendo hasta la mansión de Eetes,
y que traigamos también la piel de vellón denso del carnero,
sobre el que una vez él se salvó del alta mar
y de los sacrílegos embates de su madrastra.
Un prodigioso sueño me vino a hablarme de esto.
Ya he consultado el oráculo de la fuente Castalia
sobre si debía emprender alguna empresa. Y me incita
a cumplir lo antes posible la expedición en una nave.
Realiza de buen grado esa prueba. Y te juro
que te dejaré gobernar solo y ser rey.
Haya entre nosotros un fuerte juramento,
sea nuestro testigo Zeus, nuestro antepasado común.»
Tras de haber concluido este pacto se separaron.
Luego, en seguida, el propio Jasón envió
heraldos a proclamar por doquier la expedición naval.

Rápidamente acudieron tres hijos de Zeus,
incansables en la batalla: el nacido de Alcmena,
de oscuros párpados, y los de Leda;
y dos guerreros de alta melena,
de la estirpe del Estremecedor de la tierra,
respetados por su coraje, desde Pilos y la cumbre del Ténaro.
Su gloria quedó consagrada: la de Eufemo y la tuya,
poderoso Periclímeno.
De la estirpe de Apolo vino el tañedor de la lira,
el padre de los cantos, el muy alabado Orfeo.
Hermes, el de la varita de oro, enviaba
a dos hijos a tan ardua empresa:
a Equión y a Erito, desbordantes de juventud.
Presurosos acudieron los que moran
en torno a las faldas del Pangeo;
pues también muy de grado, con ánimo jovial,
los enviaba su padre, Bóreas, el rey de los vientos,
a Zetes y a Calais, que tenían ambos
a su espalda unas alas purpúreas que vibraban.
Y en los semidioses prendía Hera
el dulce anhelo, que de todo persuade,
hacia la nave Argo, para que ninguno se quedara
junto a su madre rezagado, gastando una vida sin riesgos,
sino que, incluso a costa de la muerte,
hallaran al lado de sus otros camaradas
el más hermoso botín de su excelencia.
Cuando en Yolcos se congregó la flor de los navegantes,
les pasó revista a todos dándoles la bienvenida Jasón.
Y, a sus órdenes, consultó los augurios
por medio de las aves y las suertes sagradas
el adivino Mopso, y, confiado, hizo embarcar a la tropa.
Y, una vez que sobre el espolón de proa
hubieron suspendido las anclas,
tomando en las manos una copa de oro
su jefe, erguido en la proa, invocó al Padre de los Celestes,
a Zeus que tiene por lanza el rayo, y a los embates de las olas
que aceleran la marcha, y a los vientos y las noches,
y los senderos de la mar y los días de bonanza
y la Moira amiga del regreso.

De las nubes le respondió la voz favorable
del trueno. Y fulgurantes surgieron rasgándolas
los resplandores del relámpago.
Los héroes suspiraron confiados en los signos
de la divinidad. Y el augur dio la voz
de que se aplicaran a los remos,
suscitándoles dulces esperanzas.
Y comenzó el bogar infatigable de sus raudos brazos.
Con los soplos del Noto impulsados
llegaron a la desembocadura del Mar Inhospitalario.
Allí dedicaron un santo recinto a Posidón Marino.
Tenían a mano un tropel rojizo de toros tracios
y la base recién construida de un altar de piedras.
Al ir a lanzarse al profundo peligro
hicieron súplicas al Señor de las naves
que los sacara salvos del movimiento imparable
de las Rocas entrechocantes. Porque eran dos, vivas,
que rodaban más vertiginosas que las ráfagas
de los vientos de hondo ulular. Pero desde entonces
el navegar de los semidioses les puso un fin.
Llegaron luego ante el Fasis.
Allí enfrentaron su violencia a la de los Colcos
de negra faz, en la morada del propio Eetes.
Pero la Soberana de las flechas más rápidas,
la diosa nacida en Chipre, desde el Olimpo,
atando sin escape por sus cuatro miembros
a una rueda al variopinto aguzanieves (en un rito mágico)
introdujo por vez primera el pájaro del delirio
y enseñó conjuros y fórmulas de hechizo
al prudente hijo de Esón (a Jasón),
a fin de que despojara a Medea del pudor ante sus padres,
y la pasión por Grecia la atormentara en sus entrañas,
abrasada de amor bajo el látigo de Persuasión.
Y pronto le indicó los recursos
a las pruebas propuestas por su padre.
Y con un aceite mezcló las drogas
que remediaban los más fieros dolores
y se lo dio para que se lo untara.
Y acordaron unirse uno con otro en común

y dulce matrimonio.
Así que, luego, Eetes hizo arrastrar
al centro del campo un arado de acero y unos toros,
que de sus belfos bermejos exhalaban llamaradas
de fuego abrasador, y al caminar
desgarraban el terreno con sus patas broncíneas;
él solo los condujo bajo el yugo y los hizo avanzar.
Los impulsaba trazando rectos largos surcos,
y hendía el lomo de la tierra de labor en una braza
de hondura. Y dijo así: «Si este trabajo
logra cumplirme vuestro rey, ése que
está al mando de la nave, puede llevarse
el cobertor indestructible,
el fulgurante vellocino de copos de oro.»
Cuando aquél habló así, despojóse Jasón de su túnica
azafranada, y luego, confiando en la divinidad,
se aplicó al empeño. No le turbaba el fuego
gracias a los hechizos de la maga extranjera.
Empuñando el arado, atando las cervices bovinas
a los aparejos del yugo, e hincando en sus amplios costados
el hiriente aguijón, el fornido héroe
cumplió hasta el fin la tarea propuesta.
Aulló, a pesar de lo inexpresable de su angustia,
Eetes, asombrado de su potencia.
Entonces sus camaradas tendían sus manos amigas
hacia el fuerte caudillo, y le coronaban
con guirnaldas de hierba y le vitoreaban con alegres palabras.
En seguida el prodigioso hijo de Helios (Eetes)
les dijo dónde había dejado la destelleante piel
la cuchilla de Frixo (después del sacrificio).
Confiaba en que Jasón no podría realizar
aquel tremendo esfuerzo aún restante.
Pues estaba guardado en una selva,
y lo retenían las ferocísimas fauces de un dragón,
que en lo ancho y lo largo sobrepasaba
a una nave de cincuenta remeros,
que han construido a golpes de hierro.
Largo me es avanzar por el camino ancho.
Porque la hora apremia. Y conozco también

el corto sendero. ¡Para muchos otros
soy un guía de sabiduría!
Conque, gracias a sus argucias, mató (Jasón)
a la sierpe de ojos glaucos y variopinto lomo,
oh Arcesilao, y raptó con su consentimiento a Medea,
la matadora de Pelias.
Se metieron por los espacios del Océano y en el Mar Rojo.
y se juntaron con la tribu de las Lemnias homicidas.
Allí también demostraron el vigor de sus miembros
en un certamen atlético, con un vestido por premio,
y se acostaron con ellas. Y entonces, en tierras ajenas,
se implantó una mañana o una noche la chispa divina
del rayo de vuestra prosperidad. Pues allí
quedó plantada la estirpe de Eufemo para siempre.
Luego adoptando el género de vida de los hombres
de Lacedemonia, colonizaron, con el tiempo,
la isla que antaño llamaron Hermosísima (Tera).
Desde allí os ofreció el hijo de Leto
partir, con los beneplácitos de los dioses,
a la llanura de Libia, para regir la divina
ciudad de Cirene de trono dorado
con la inteligencia y el buen consejo que habéis encontrado.
Interpreta ahora con la sagacidad de Edipo.
Si uno, pues, con un hacha de corte afilado
desmocha las ramas de una gran encina,
y destroza su admirable belleza,
aún con su fruto perdido ella da testimonio de sí,
bien cuando acaba tal vez en fuego un invierno,
bien cuando sostiene, con otras señoriales columnas,
un techo, y cumple su triste trabajo
entre muros ajenos, dejando desierto su terreno natal.
Tú eres el médico más acertado,
y Peán te ofrece su luz.
Tienes que cuidar la llaga de una herida
imponiéndole tu suave mano.
Porque es fácil agitar una ciudad
incluso para los menos dotados.
Pero que de nuevo se recobre sobre su lugar
eso ya es muy difícil, de no ser que de repente

la divinidad se haga su piloto al lado de sus gobernantes.
Los favores de los dioses se tejen para ti.
Esfuérzate en disponer todo tu afán
en favor de la feliz Cirene.
Y, acordándote de esta sentencia, de las de Homero,
préstale atención: decía que un buen mensajero
da el máximo relieve a cualquier encargo.
También la Musa se engrandece con la perfecta proclama.
Ya ha conocido Cirene,
y el gloriosísimo palacio de Batto,
el espíritu justo de Damófilo.
Porque él es un joven entre los adolescentes,
y en los consejos cumple como un viejo
que tuviera cien años de vida.
Despoja de bello rostro a la calumnia,
y ha aprendido a odiar al insolente,
no disputa en contra de los buenos,
ni da largas a ningún empeño. Pues entre los humanos
el momento oportuno tiene breve punto de ocasión.
Bien lo sabe. Como servidor lo busca,
no como desertor. Pero dicen que eso es lo más penoso:
conocer el bien y estar por fuerza
apartado de él. En efecto, también él,
como Atlante, ahora bajo el cielo combate
lejos de su tierra patria y de sus propiedades.
Pero el imperecedero Zeus liberó a los Titanes.
En el curso del tiempo, al calmarse el viento,
hay cambio en las velas. Así que él suplica,
habiendo apurado su funesta dolencia,
ver de nuevo su hogar, y, celebrando
junto a la fuente de Apolo sus banquetes,
entregar a menudo su corazón a la joven alegría,
y, sosteniendo en sus manos la lira torneada,
entre los sabios conciudadanos gozar de la serenidad,
sin dar a ninguno de ellos motivo de aflicción
y sin sufrir él molestias de ningún compatriota.
Y ahí podrá contarte, Arcesilao,
qué manantial de poemas inmortales ha hallado
en Tebas, donde fue hace poco mi huésped.

Pítica VIII
A Aristómenes de Egina, vencedor en la palestra

¡Oh benévola Tranquilidad, hija de la Justicia,
engrandecedora máxima de las ciudades,
tú que de los consejos y las guerras
guardas las llaves definitivas,
acoge el trofeo de la victoria pítica de Aristómenes!
Pues tú sabes realizar la placidez y disfrutarla,
a la vez, en el punto exacto y oportuno.
Y tú, siempre que alguno implanta
en su corazón el acerbo rencor,
implacable sales al encuentro de tus enemigos
y con vigor arrojas su insolencia al abismo.
No lo comprendió Porfirión al rebelarse
por encima de su sino. La ganancia más grata
es si uno la obtiene de los dominios de quien la da de grado.
La violencia incluso al muy jactancioso abate en el curso
del tiempo. El cilicio Tifón no la evitó,
ni tampoco el rey de los Gigantes. Fueron vencidos por el rayo
y por las flechas de Apolo, quien, con ánimo propicio,
ha acogido al hijo de Xenarces, que vuelve de Cirra,
coronado con follaje del Parnaso y con dorio cortejo.
Cayó no lejos de las Gracias
esta isla, como justa ciudad,
heredera de los Eácidas por sus ilustres virtudes.
Tiene una fama perfecta desde antiguo.
Por muchos es celebrada en cantos como nodriza
de atletas vencedores en los Juegos
y de excelentísimos héroes victoriosos en prontos combates.
Y en otras cosas se distingue por sus hombres.
Pero no tengo tiempo para desarrollar
todo un amplio discurso
al son de mi lira y con suntuoso lenguaje.
Que no venga el hartazgo a irritarnos. Pero mi actual empeño
vaya en tu favor, oh joven, y que la más reciente de tus hazañas
cobre alas movida por mi ingenio.
Porque siguiendo sus pasos en los juegos de lucha, no desmere-
de tus tíos maternos, ni de Teogneto en Olimpia, [ces

ni de la victoria en arduo combate de Clitómaco en el Istmo.
Enalteciendo la estirpe de los Meidylidas, cumples el dicho
que una vez expresó lapidariamente el hijo de Oicleo, al ver
a sus hijos resistiendo con la lanza en Tebas, la de siete por-
cuando desde Argos llegaron [tones,
en el segundo asalto los Epígonos.
Así dijo de los que combatían:
«Por naturaleza el noble talante se transmite
de padres a hijos. Contemplo claramente
el dragón jaspeado sobre el escudo negro de Alcmeón,
el primero en avanzar sobre las puertas de Cadmo.
Y él, que se había derrumbado por el primer dolor,
ahora resiste ante el anuncio
de un más favorable augurio,
el héroe Adrasto. Pero en su casa
la adversidad avanza. Y solo del ejército de los Dánaos,
tras de haber recogido los huesos de su hijo muerto,
por designio de los dioses regresará con su tropa salva
a las anchurosas calles de Abante.» Tal fue
lo que exclamó Anfiarao. Saludándole también yo
ciño a Alcmeón de coronas y las riego con mi himno,
porque, como vecino mío y guardián de mis riquezas,
me salió al paso cuando yo iba al tan cantado «ombligo de la
[tierra»
y me amparó con las congénitas habilidades de las profecías.
Y tú, Certero flechador, que diriges
el hospitalario, muy glorioso templo
en los valles de Delfos,
le has concedido allí la mayor de las alegrías,
y ante su patria le has empujado hasta el trofeo
seductor del pentatlo, en medio de vuestras fiestas.
Oh Soberano, te ruego que con ánimo benévolo
atiendas a todo aquello que compongo
en cualquier tonada.
Sobre el cortejo de cantores de dulce melodía
se halla presente la Justicia. Y la mirada de los dioses,
carente de envidia, invoco, Xenarces, sobre vuestros éxitos.
Pues si alguien ha conseguido fortuna sin un enorme esfuerzo,
a muchos les parece un sabio que entre insensatos

corona su vida con los instrumentos de la recta decisión.
Pero los éxitos no dependen de los hombres; la divinidad los da,
lanzando unas veces a uno a lo alto, y aplastando a otro.
Avanza con mesura. Tienes el premio ganado en Mégara,
y el del valle de Maratón, y en el certamen local de Hera
tres victorias, Aristómenes, conquistaste con tu empeño.
Sobre cuatro adversarios arremetiste
desde lo alto, planeando su daño.
Para ellos no se decidió de igual modo (que para ti)
en Delfos un regreso jubiloso,
ni al llegar de vuelta junto a su madre una suave sonrisa
suscitó el regocijo. Por las callejuelas,
a escondidas de sus enemigos
se deslizan temerosos, desgarrados por su fracaso.
Pero quien ha obtenido algún reciente triunfo
muy airoso se eleva
impulsado por su gran esperanza
sobre los alados poderes de su hombría,
y tiene una meta superior a la riqueza.
En breve espacio crece la dicha de los mortales. E igual
de pronto cae por tierra, zarandeada por un designio ineluctable.
¡Seres de un día! ¿Qué es uno? ¿Qué no es? El hombre es
el sueño de una sombra. Mas cuando le llega
un rayo de luz enviado por Zeus, un resplandor brillante
le distingue entre las gentes y su existencia es gozosa.
¡Querida madre Egina, en su libre curso
protege a esta ciudad, en gracia de Zeus y el poderoso Eaco,
y con Peleo y el noble Telamón y con Aquiles!

Encomio de Teóxeno de Ténedos

En su justo momento debiste los frutos de amor cosechar,
oh corazón, en el tiempo de tu juventud.
Mas quien, mirando los rayos que destellan en los ojos
de Teóxeno, no siente el oleaje del deseo amoroso
en su alma, tiene forjado de bronce o de hierro
su negro corazón, en la llama de una frígida fragua,
desamparado de Afrodita, la de vivaces párpados.

O acaso se tortura de modo brutal en afán de riquezas
o tras el femenino impudor acarrea su alma
con trabajo servil toda su ruta. Pero yo,
como devorado por esa pasión, como la cera
de las santas abejas, me derrito, cuando veo
la frescura de la adolescencia en los miembros de los muchachos.
Así ahora habitan en Ténedos la Persuasión y la Gracia,
que acompañan al hijo de Agesilao.

BAQUÍLIDES DE CEOS
(505-450 a. C.)

Gracias a dos rollos de papiro descubiertos a fines del siglo pasado en una tumba egipcia conocemos hoy una parte de los *Epinicios* y los *Ditirambos* de Baquílides, sobrino de Simónides y rival, algo más joven, de Píndaro como autor de himnos de victoria por encargo. Píndaro se compara a sí mismo con un águila. Baquílides, al final del poema que aquí he traducido, alude a su propia persona como «poeta de dulce lengua, el ruiseñor de Ceos». El contraste entre ambos destaca la superioridad de Píndaro y el cuidado y buen oficio de Baquílides, poeta delicado, muy buen narrador, elegante y correcto, sin el impulso del genio. Esta claridad de su composición y su estilo más fácil llevó a Hierón a preferirle como cantor de sus victorias olímpicas al altivo Píndaro. En la oda que hemos escogido para presentar aquí, Baquílides evoca una curiosa versión sobre el final de Creso, el rey de Lidia, cuyo trágico destino conmovió a los escritores griegos largo tiempo (recordemos el relato de Heródoto, I, 84-92) y enlaza el ejemplo histórico-mítico con consejos familiares a Hierón, el tirano de Siracusa, enfermo y beligerante, como Filoctetes, por entonces.

Epinicio III
(En honor de Hierón de Siracusa, vencedor en las carreras de cuadrigas en los Juegos Olímpicos, en 468 a. C.)

A la Soberana de Sicilia de óptimas cosechas,
a Deméter, y a su hija, a Cora, de violetas coronada,
celebra, Clío de dulces dones, y a los raudos
corceles de Hierón que en Olimpia corrieron.
Porque se lanzaron con la soberbia Victoria
y la Gloria en las márgenes del Alfeo de amplios
remolinos, y han hecho que el hijo feliz

de Dinómenes allí coronas obtuviera.
Y el gentío, admirado, clamó:
«¡Ah, tres veces bienaventurado el hombre
que, tras haber recibido de Zeus el dominio
del máximo poderío entre los griegos,
sabe no encubrir el torreón de su riqueza
bajo la tiniebla de oscuro manto!»
Rebosan los templos de festivos sacrificios
de bueyes, rebosan de hospitalidad las calles.
Brilla con sus centelleos el oro
de los trípodes de borde labrado que se yerguen
delante del templo, donde el magnífico recinto
de Febo junto a las aguas que brotan de Castalia
gobiernan los Delfios. A la divinidad, al dios,
dé uno gloria. Pues es la mejor de las dichas.
Es así que, antaño, al soberano
de Lidia, domadora de caballos,
cuando aquella fatal decisión
Zeus llevó a término y fue Sardes
capturada por el ejército de los Persas,
a Creso le salvó la vida
Apolo el del arma de oro.
Aquél, llegando a tan desesperado día,
no pensaba aguardar ya más para una esclavitud
fecunda en llantos, sino que una pira
ante el patio de muros de bronce se hizo alzar,
y a ella con su esposa muy fiel
y con sus hijas de hermosas trenzas, que lloraban
inconsolablemente, se subía. Y sus manos
levantó al alto cielo y dijo a voces:
«Divinidad de irresistible poder,
¿dónde está la gratitud de los dioses?
¿Dónde el soberano hijo de Leto?
Se derrumba el palacio de Aliates,
el que antes rebosaba de incontables
riquezas, ahora es sólo escombros.
Está devastada la muy noble ciudad,
y se cubre de rojo de sangre el Pactolo
de áureas corrientes; y de modo ultrajante

sacan a las mujeres de sus sólidos hogares.
Lo que antes odiaba me es grato. Morir es dulcísimo.»
Así habló, y dio a un esclavo lidio la orden
de prender fuego a la leñosa construcción.
Gemían las muchachas y hacia su madre alzaban
sus brazos. Pues para los mortales resulta
la previsible la más odiosa de las muertes.
Pero una vez que saltó del fuego tremendo
la fulgurante furia, Zeus
colocó encima una nube de negros repliegues
e iba apagando la rubia llama.
Nada es increíble de lo que cumple
el designio de los dioses. Entonces Apolo,
el nacido en Delos, llevándose al anciano
al país de los Hiperbóreos allí lo afincó,
en compañía de sus hijas de gráciles tobillos,
por su piedad, porque mayores regalos que nadie
había enviado a la muy santa Delfos.
Al menos de cuantos mortales en Grecia habitan,
ninguno, muy alabado Hierón, pretenderá
decir que más oro que tú a Loxias ha enviado.
Elogiar puede aquel
que no se sustenta de envidia
a un hombre piadoso, amante de los caballos, combativo
guerrero que el cetro de Zeus Hospitalario posee
y no olvida a las Musas de violáceas trenzas.
... en otro tiempo ...
... al efímero (¿goce?) ...
... atiendes. Breve es la vida.
La alada esperanza desboca el pensar
de los efímeros. El soberano Apolo
... le dijo al hijo de Feres:
«Siendo mortal, puedes albergar dos
opiniones: que sólo mañana
vas a ver la luz del sol,
y que durante cincuenta años
conseguirás una vida de profunda riqueza.
Así que alegra tu ánimo con pías acciones.
Pues eso es la más excelsa de las ganancias.»

Para el sensato voceo cosas razonables.
Alto es el éter impecable. El agua del mar
no se corrompe. Alegría es el oro.
Y al hombre no le es lícito, una vez que le llega
la canosa vejez, recobrar de nuevo la flor
de su juventud. Pero el brillo de la virtud
de los humanos no se marchita a la par del cuerpo,
sino que lo alimenta la Musa. Hierón, tú
mostraste a los mortales las más hermosas
flores de la dicha. A quien gran éxito tuvo
no le proporciona prestigio el silencio.
Y al tiempo que con la verdad te celebre,
también cantará todo el mundo la gracia
del poeta de lengua de miel, el ruiseñor de Ceos.

ANÓNIMO. CANTOS POPULARES

Canción de la golondrina (s. VI a. C.)

Llegó, llegó la golondrina,
que nos trae bellos tiempos
y nos trae bellos años,
por el vientre blanca,
y por el lomo negra.
Tarta de fruta tú saca
de tu casa tan rica,
y un vasillo de vino
y un cestillo de queso.
Tampoco el pan de trigo
y el de yema de huevo
la golondrina rechaza. ¿Nos vamos o lo tomamos?
A ver si das algo. Si no, no lo consentiremos.
Nos llevaremos la puerta o el dintel,
o a tu mujer que está sentada dentro.
Chica es, bien nos la llevaremos.

Bueno, si traes algo, tráelo grande.
Abre, abre la puerta a la golondrina.
Que no somos viejos, sólo chiquillos.

Canto de albada (s. IV a. C.)

¿Qué te pasa? No nos delates, te lo ruego.
Levántate antes de que él llegue, no nos cause
una enorme desgracia a ti y a mí, pobrecilla.
Ya es de día. ¿La luz no ves en la ventana?

CANTOS DE BANQUETE

1 (1 D)

Palas Tritogenia, soberana Atenea,
mantén en pie a esta ciudad y sus ciudadanos,
sin dolores ni contiendas civiles
ni muertes tempranas, tú, diosa, y tu padre.

2 (2 D)

A la madre de Pluto, la Olímpica, canto.
A ti, Deméter, en las estaciones que aportan
coronas de fiesta, y a Perséfona, hija tuya y de Zeus.
A ambas os saludo. Cuidad bien de esta ciudad.

3 (3 D)

En Delos antaño parió dos hijos Leto:
a Febo, de áurea cabellera, el soberano Apolo,
y a la flechadora de ciervos, la montaraz
Artemis, que sobre las mujeres tiene gran poder.

4 (4 D)

Oh Pan que señoreas la famosa Arcadia,
danzarín, compañero de las vibrantes ninfas,
ojalá rías, oh Pan, en estas fiestas mías,
y de estas canciones estés regocijado.

5 (6 D)
Ojalá saliera cómo es cada uno,
se le abriera el pecho, y luego la mente
se le viera, y de nuevo pudiera cerrarse,
para conocer al hombre amigo de corazón sin trampa.

6 (7 D)
Tener salud es lo mejor para un mortal,
lo segundo haber nacido hermoso de natural,
lo tercero, ser rico sin engaños,
y lo cuarto gozar de juventud entre amigos.

7 (9 D)
Así dijo el cangrejo
cogiendo con su pinza a la serpiente:
«Hay que ser recto con el compañero
y no pensar torcidamente.»

En honor de los tiranicidas

8 (10 - 13 D)
En un ramo de mirto ocultaré mi espada
como hicieron Harmodio y Aristogitón,
cuando los dos mataron al tirano
e hicieron igualitaria y libre Atenas.

Queridísimo Harmodio, aún no estás muerto;
sino que habitas, dicen, en las Islas de los Bienaventurados,
como Aquiles, el de los pies ligeros,
y también el Tideida Diomedes y el noble Idomeneo.

En un ramo de mirto ocultaré mi espada
como Harmodio y Aristogitón hicieron,
cuando en las fiestas de Atenea
a un tirano, a Hiparco, muerte dieron.

Vuestra gloria pervivirá por siempre en la tierra,
queridísimos Harmodio y Aristogitón,

porque muerte disteis al tirano
e hicisteis igualitaria y libre Atenas.

9 (14 D)

Aprendiéndote, amigo, la lección de Admeto,
a los buenos estima, y evita a los malos,
advirtiendo que poca gratitud hay en los ruines.

10 (17 D)

Ojalá yo fuera una bella lira marfileña,
y los bellos muchachos me llevaran al baile.

11 (18 D)

Ojalá yo fuera una bella, grande y pura alhaja de oro
y una hermosa mujer de limpio corazón me llevara con ella.

12 (20 D)

Bajo cualquier piedra se esconde, amigo mío, un escorpión,
adviértelo, no te hiera. Todo engaño se alberga en lo oscuro.

13 (21 D)

Tiene el cerdo una bellota, y ansía coger otra.
También yo tengo una hermosa muchacha, y otra deseo alcanzar.

14 (22 D)

La puta y el bañero tienen de siempre la misma costumbre.
En el mismo barreño ofrecen el baño al bueno y al malo.

15 (25 D)

Quien a un amigo no abandona, conserva grande estima
entre los hombres y los dioses, según mi parecer.

Epigramas atribuidos a PLATÓN (429-347)

1 (16 D)

Que son nueve las Musas afirman algunos, ¡cuán torpes!
Además está Safo de Lesbos, que es la décima.

2 (14 D)

Las Gracias, buscando ocupar un santuario que en ruinas
no cayera, halláronlo en el alma de Aristófanes.

3 (31 D)

Todo lo arrastra la vida. Alterar sabe el largo tiempo
el nombre y la forma, y el ser y el destino.

4 (6 D)

Llantos para Hécuba y las mujeres de Ilión
tejieron las Moiras en su existir de antaño.
Y para ti, Dión, apenas lograbas el epinicio de tus nobles actos,
los dioses desparramaron tus amplias esperanzas.
Ahora yaces en tu espaciosa patria, honrado por tus conciuda-
tú que mi corazón hiciste enloquecer de amor, Dión. [danos,

ARISTÓTELES DE ESTAGIRO
(384-322 a. C.)

A la Virtud (En honor de Hermias)

Virtud que múltiples esfuerzos procuras al género humano,
la más hermosa conquista de una vida,
en pos de tu belleza, oh virgen,
es en Grecia un destino envidiable morir
y soportar feroces, inacabables pesares.
Tal es el fruto que ofreces al espíritu,
un don inmortal, más precioso que el oro
y que los padres y que el aura suave del sueño.
Por ti el divino Heracles y los hijos de Leda
a mucho se arriesgaron proclamando en sus hechos
tu poder de atracción.
Por sus anhelos hacia ti Aquiles y Ayante
bajaron a las moradas de Hades.
Por perseguir tu belleza el vástago del benéfico Atarneo
se vio despojado de los rayos del sol.
Por eso, pues, será motivo de cantos por sus hechos,
y las Musas lo elevarán a inmortal,
las hijas de Mnémosine (la Memoria),
que ensalzan el respeto a Zeus Hospitalario
y honran la recompensa de la firme amistad.

CRATES DE TEBAS
(Fl. alrededor de 326 a. C.)

1

La ciudad de Pera está en medio de un vaho vinoso,
hermosa y opulenta, rodeada de mugre, sin dominio ninguno,
hacia ella no navega ningún tipo necio ni parásito,
ni el glotón que se deleita con nalgas de puta.
Pero produce tomillo y ajos, e higos y panes,
cosas que no mueven a guerras a unos con otros,
y en ella no visten armas por dinero ni honores.

2

Dale al cocinero diez minas, al médico una dracma,
al adulador cinco talentos, al consejero humo,
a la prostituta un talento, al filósofo tres óbolos.

3

Tengo cuanto aprendí y medité y en santas lecciones
me dieron las Musas. Las muchas otras riquezas tragólas el humo.

4

La pasión de amor la barre el hambre; si no, el tiempo;
y si no puedes servirte de estos remedios, la soga.

5

No tengo por patria una torre ni un solo techado,
sino que por toda la tierra está mi ciudad y un hogar
dispuesto a servirme sin más de morada.

FILEMÓN *(361-263 a. C.)*

1

De mí, en efecto, es dueño otro hombre,
pero de ésos, de ti, y otros mil, la ley;
de otros, un tirano; de los tiranos, el miedo.
Unos son esclavos de los reyes; el rey, de los dioses;
el dios, del Destino. Todos en bloque, si lo adviertes,
son, por naturaleza, menos que éstos y más que aquéllos,
y así son por turnos siempre esclavos los unos de los otros.

2

Si en verdad los que han muerto
su sentir conservaran, amigos, como algunos afirman,
yo me ahorcaría para poder ver a Eurípides.

Indice

Prólogo 7

Yambógrafos y elegíacos arcaicos 17
Calino de Efeso 20
Tirteo de Esparta 20
Arquíloco de Paros 24
Semónides de Amorgos 31
Mimnermo de Colofón 36
Hiponacte de Efeso 38
Solón de Atenas 39
Jenófanes de Colofón 47
Empédocles de Agrigento 50
Teognis de Mégara 52

La lírica monódica 63
Safo de Mitilene 66
Alceo de Mitilene 74
Anacreonte de Teos 82

El canto coral 87
Alcmán de Esparta 90
Estesícoro de Himera 93
Ibico de Regio 94
Anónimo: Etipafio para la Tumba de Midas 97
Simónides de Ceos 97
Píndaro de Tebas 103
Baquílides de Ceos 126

Composiciones de la lírica popular 133

Poemas sueltos de pensadores del siglo IV 137

ALEXIS AQUINO PEREZ

3400782

El período que transcurre entre los siglos VII y IV a.C. fue para el mundo griego una etapa de enorme impulso cultural y la época del nacimiento de la poesía occidental. La voz del poeta deja de ser una formulación anónima de lo ritual y colectivo para convertirse en vehículo de expresión de la personalidad individual. En esta ANTOLOGIA, que abarca las épocas arcaica y clásica y se detiene en los umbrales de la helenística, tienen cabida los diversos y bien delimitados géneros de la POESIA LIRICA GRIEGA: la elegía de eco homérico; la poesía yámbica, más apta para temas satíricos y eróticos; la lírica melódica culta y refinada, impetuosa en Alceo y más delicada y sutil en los poemas de Safo; la lírica coral centrada en las grandes fiestas ciudadanas, en las victorias de los certámenes atléticos o en el culto divino. Como observa CARLOS GARCIA GUAL (prologuista, antólogo y traductor de este volumen), «las palabras poéticas guardan un aroma que perdura y un color que las estatuas han perdido y que las prosas transmiten mitigado»; y así ocurre con esta poesía fresca y sencilla en torno a motivos esenciales como la muerte, el mar, las lanzas, la fugacidad del tiempo, el reclamo de la gloria o la invitación al goce.

Cubierta: Daniel Gil

P8-CWG-816

ISBN 84-206-1782-2

9 788420 617824

El libro de bolsillo
Alianza Editorial